

RUTH M. LERGA

¡MANOS ARRIBA!



Selecta

¡Manos arriba!
Enredos con la ley 2

Ruth M. Lerga

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

*A vosotras, las lectoras, que impulsasteis un relato tan corto como ¡Contra la pared!
en las listas de ventas y lo convertisteis en esta serie, «Enredos con la ley», con la que
os pienso dar la brasa mientras me lo permitáis.*

No sé si os merezco, pero no lo dudéis: os adoro.

Gracias

Capítulo 1

—O sea, que lo mejor para los desengaños es tirarme a un desconocido un sábado por la noche con una copa de más, ¿no? —Aitana intentaba hacerse oír por encima de la música pero sin que las escucharan los de la mesa de al lado.

—¡Exacto!

Isabel, amiga desde la facultad de Medicina y de las pocas personas con las que no había perdido el contacto al marcharse de Valencia diez años antes, la había invitado a ir «de fiesta, por los viejos tiempos» a los dos días de regresar a su ciudad natal. Habían sido tremendas durante sus salidas universitarias.

—¿Y le pregunto cómo se llama?, ¿o no es necesario? —le siguió la broma, porque esperaba que estuviera de cachondeo y no hablando en serio.

—Si quieres, hazlo, ¡pero no le digas tu nombre! Ni lo llesves a tu casa, tampoco.

«Eso seguro», corroboró, dado que todavía no había acabado de instalarse. Una empresa de mudanza había llevado los muebles y cajas llenas de objetos y ropa, pero aún había muchas cosas que colocar, y más todavía de las que deshacerse.

—¿Qué tiene de malo mi nombre? Después de treinta y ocho años le he cogido cariño. Y Aitana es una sierra preciosa, además.

—Ni nombre ni dirección, hazme caso. Cuando entres en su casa envíame la ubicación para que sepa dónde estás. Y que no se te olvide avisarme al salir. ¿O eres de las que se queda a dormir?

—¿A dormir con un desconocido sin tener ni siquiera una muda para ducharse a la mañana siguiente? Antes muerta—. No me pongas esa cara, no puedes haber olvidado todo lo que te enseñé. En fin, si a las once de la mañana no tengo noticias tuyas sabré dónde comenzar a buscar, al menos.

Aquella conversación se estaba poniendo demasiado seria.

—Isa, no flotes. ¿Acaso tú te has acostado alguna vez con un completo desconocido?

Sacudió la otra la mano izquierda, como restándole importancia a su inexperiencia, mientras con la derecha cogía su mojito y le daba un sorbo.

—¡No, claro que no!, pero yo soy médico, estoy en urgencias. No te imaginas lo que me encuentro los sábados y los domingos por la mañana si estoy de guardia. Se te van las ganas de tener sexo anónimo.

La tranquilizó saber que, a pesar de todas las locuras de juventud, su compañera de correrías seguía siendo prudente.

Le respondió con la misma cantinela:

—Pues si tú ves cosas de escándalo en urgencias, ¡imagina lo que me puedo encontrar yo!, que soy médico forense —fue su réplica medio en broma medio en serio.

Su amiga casi escupió su trago.

—Eres una cortarrollos, Aitana. ¿Qué probabilidades hay de que te maten por ir a pegar un polvo con un desconocido?

—Desconozco las estadísticas de aquí —encogió el hombro derecho—, pero te aseguro que a nivel nacional no son alentadoras. De todas formas, no hay que ser un genio de las matemáticas para saber que solo necesitas una vez para que ocurra. Es como lo de coger una enfermedad de transmisión sexual o quedarse embarazada.

Isabel se levantó, seria.

—Con esa actitud morirás sin volver a follar, lo sabes ¿verdad? —Rieron las dos—. Voy a la barra a por otro par. ¿Era Tankeray con Fever-Tree?

—Tankeray Rangpur con Fever-Tree —especificó.

Ambas tenían gustos caros cuyas nóminas no podían cubrir. Y también padres con dinero. El ático al que Aitana se había trasladado, en una calle peatonal al lado de la Bolsa de Valencia, fue de su abuela. Su familia lo había reformado tres años antes, cuando aquella murió. También el coche que llevaba estaba por encima de sus posibilidades: fueron sus padres quienes se lo compraron cuando tuvo un accidente de coche leve, argumentando que con un todoterreno como aquel no habría sufrido ni un rasguño y que hacía demasiada carretera, yendo y viniendo desde Salamanca tan a menudo. Habían pasado siete meses desde aquello. Ya había pedido el traslado al Ministerio del Interior cuatro meses antes, al romper con Carlos, y, por fin, le habían concedido Valencia.

Habría quien se avergonzaría de su dinero o quien, por el contrario, presumiría; ella simplemente agradecía haber nacido en el seno de una familia adinerada que le había permitido estudiar lo que quiso y, sobre todo, no haber tenido que compartir piso durante la residencia.

Apuró de un trago largo su *gin-tonic* y lo dejó en la mesa, volviéndose a otear la pista. La alegre salsa sonaba en el local y un montón de parejas se movían a su son. Bailaban bien, era un lugar habitual para sociales[1]. Había tomado clases de salsa, bachata y kizomba con Carlos, prescripción de su terapeuta de parejas para intentar salvar una relación que se hundía inexorablemente. No funcionó, pero le cogió el gusto al estilo. Adoraba bailar, había hecho años de *ballet* de niña. Para su suerte, Isabel compartía su afición, había ido a una academia en la ciudad y era quien había elegido dónde ir esa noche.

Regresó su amiga con sendas copas.

—Deberíamos entrar allí. —Señaló el centro de la discoteca—. Hemos venido a eso, ¿no?

—Primero bebamos y elijamos víctima —bromeó una vez más, guiñándole el ojo.

Después de diez minutos alguien en la pista llamó su atención. Sonaba una bachata y un hombre bailaba con una chica inexperta, a juzgar por la inseguridad de sus movimientos. Observó con más atención: era él quien le hacía los adornos, le llevaba los brazos e, incluso, rotaba su cintura en los momentos lentos. Ella se limitaba a hacer el paso básico y dejarse llevar, o lo intentaba.

«He ahí un tío que sabe moverse», reconoció para sí. Estaba convencida de que podría hacer bailar a un palo.

Pasó toda la canción, cuya letra prefirió ignorar, fascinada viendo cómo la manejaba. En su mente imaginaba cómo hubiera ella ejecutado alguna figura o la corregía si erraba en el pie de salida. Le sorprendió la paciencia de él tanto como su habilidad para adaptarse a sus fallos.

En cuanto la canción terminó se dieron dos besos y se separaron, cada cual en busca de nueva compañía, ella con una sonrisa radiante. Que te hicieran bailar cuando no sabías era una experiencia reconfortante.

Vio alejarse unos hombros anchos, una espalda amplia y un trasero fantástico.

—Diría que ya has elegido, Aitana. Y está buenísimo, te lo reconozco.

Apartó la vista del cuerpazo de más de metro ochenta que se alejaba y se volvió a Isabel, asombrada.

—¿Lo has visto bailar?

—¿A quién, a Alberto? Un montón de veces, es un asiduo.

—¿Has bailado con él?

—Claro.

La miró con ojo crítico.

—¿No te lo habrás montado con él, por un casual?

Le molestaba pensarlo. No se acostaban con los ligues de la otra, era una norma que dejaron bien clara cuando comenzaron a salir juntas de marcha. Había hombres suficientes, no hacía falta darles pie a comparaciones y vaciladas de críos inmaduros.

—No, todo tuyo. —No es que fuera a acostarse con él, claro... o no de entrada... pero le encantó saber que no le estaba vetado—. Y deja de mirarlo como si fuera un bistec, al final se va a molestar.

Roja, giró la cabeza. En efecto, se lo estaba comiendo con los ojos.

—Tienes razón, pero... ¿tú lo has visto bien?

—Moreno, ojos negros, labios carnosos, uno ochenta y cinco de altura y unos ochenta kilos de puro músculo. No, no lo he visto en mi vida, ¡no te jode! Tendría que estar ciega. Yo y todas las mujeres de la sala.

Se acabó el cubata, se cambió los zapatos por los de baile, amarillos con pequeños cristales cosidos que brillaban conforme se movía, y se puso en pie.

—Voy a ver si muevo el culito un poco, ¿vienes? ¿Segura? Vale, pues vigila las cosas hasta que te canses de beber.

Caminó sola hasta la pista y se quedó en un lado, esperando a que la balada terminase. A partir

de ese momento no dejó de bailar, cambiando de pareja en cada canción. Una hora después necesitaba un respiro, así que se acercó primero a la barra a por un par de bebidas y después a la barandilla que separaba la pista de la zona de mesas, solo para vips —su amiga conocía al organizador de aquella velada, que se celebraba una vez al mes en un lugar distinto—, elevada un par de escalones y separada por la balastrada de metal, y pidió por señas a Isabel que cogiera la suya. Dio un trago a su *gin-tonic* y cogió aire despacio, recuperando la respiración después de la última salsa rápida.

Supo que el guaperas estaba detrás de ella porque su amiga comenzó a hacer muecas, era eso o que le estuviera dando un síncope. Y malditas las ganas que tenía de colocarla en horizontal y montar un numerito.

—No irás a decirme que ya no vas a bailar más, por favor. —El «por favor» había sido una mera formalidad, la voz sensual; no pedía aunque no exigía—. Me romperías el corazón —terminó con voz divertida.

Se giró a él con una sonrisa. Su voz había hecho que se le acelerara el pulso, como cuando era una adolescente. El alcohol, tres cubatas después de meses sin beber, le robó la vergüenza.

—Si no te importa bailar con alguien que va un pelín achispada, adelante.

Tomó la mano que le tendía y se colocaron al fondo, en la zona más oscura. Como no se calmara, la que iba a colapsar sería ella.

En cuanto escuchó la batida reconoció el estilo, y en el siguiente compás, la canción: «Paraíso Perdido». Le encantaba la kizomba francesa, tan suave, tan íntima. Levantó los brazos, la mano derecha con su mano izquierda, grande y cálida, y la otra sobre su hombro ancho. En dos estrofas él le cerró la posición, abrazándola de algún modo, las manos de Aitana reposando alrededor de su cuello. Se movieron con sensualidad, a ritmo, con agilidad. Como sospechara cuando lo vio, ese hombre sabía bailar y manejaba su cuerpo con facilidad.

Sus fosas nasales se vieron invadidas por su olor: Chanel Egoiste Platinum. Cada varón que baila elige una colonia y Aitana era capaz de reconocerlas casi todas. La mezcla de jazmín con sándalo, musgo y cedro la excitó. Era, para ella, la combinación perfecta en un hombre, la masculinidad hecha perfume.

Su mente caprichosa se preguntó si en la cama se lo montaría igual que en la pista, con movimientos suaves y seguros, dictando el ritmo; o si tal vez se volviera más exigente en sus demandas, no dejándose llevar.

Pero a diferencia de otras veces, por primera vez sentía una curiosidad real por saberlo y no le pareció tan mal lo de tener sexo con alguien nada más conocerlo. Estaba soltera y nada le impedía... bueno, la corrigió su mente, faltaba que el interés fuera mutuo, además de las estadísticas de...

Comenzó una bachata y la miró, demandándole otro baile. Cambiaron de postura y Aitana dejó de pensar y se dejó llevar por sus brazos, que la guiaban sobre los costados; sus manos, cuando bajaban a la cadera para mecerla o a la cintura para plegarla; por el contacto constante de sus

muslos y por las caricias de la palma de su mano cuando la pasaba por la nuca. Todo el cuerpo de aquel desconocido bailaba y la hacía mecerse a ella sin importar qué sonara. Él era todos los acordes que Aitana necesitaba.

Pasaron mucho tiempo juntos sin hablar, con caricias disimuladas que fueron volviéndose más obvias hasta que fue ella quien, casi sin querer, le dio un ligero beso en el cuello.

—Quizá deberíamos irnos a un lugar más tranquilo, ¿no te parece? —le susurró al oído la voz grave, excitada de él.

La había derretido, estaba rendida contra su cuerpo, el deseo venciendo cualquier objeción.

—Vamos.

Sin soltarle la mano, la acompañó hasta la barandilla de nuevo. Isabel no estaba, a Aitana sin embargo no le preocupó. Cogió su chaqueta y su bolso.

—¿Quieres buscar a tu amiga?

—Le enviaré un mensaje —dijo, levantado el hombro derecho, eludiendo explayarse.

—Vamos, entonces.

Salieron al frío de la calle, la semana anterior habían sido Fallas.

—¿Has venido en coche? —preguntó, dudosa.

Era preferible no aparcar su todoterreno en la calle, había mucho idiota que rayaba los coches con una llave solo porque eran caros, así que por la noche solía moverse en taxi. Además de que, como esa noche, podía darse el caso de que bebiera.

—¿Y tú? —preguntó a modo de respuesta; Aitana negó con la cabeza—. El mío está en la siguiente manzana.

Pasaron en silencio. Se estaban acercando a un Volkswagen Golf cuando sus luces se encendieron, intermitentes. Él le abrió la puerta, esperó a que entrara y la cerró antes de rodear el coche y subirse al asiento del conductor.

Todo un caballero además de estar como un tren, se felicitó ella por su elección.

—¿Dónde quieres ir? —volvió a preguntarle él con voz serena.

Al parecer era ella quien debía elegir. Le gustó no sentirse presionada.

Contigo, al fin del mundo, como en el anuncio, pensó con la mente algo obnubilada. Demasiado Tankeray...

¿Le dejaría elegir también en la cama qué prefería o sería menos dócil sobre el colchón? El cuerpo le cosquilleó y sintió que se le endurecían los pezones.

—¿Tu casa? —se decidió.

Lo vio asentir y arrancar el coche. Alberto —recordó su nombre— puso música y permanecieron el viaje sin hablar, acompañados de una suave kizomba, hasta Algirós, el barrio aledaño al Cabañal. Se detuvo frente a una puerta de garaje en una finca mucho más moderna que las de alrededor, todas ellas de los años sesenta, accionó un mando del llavero y la cancela se abrió. Bajaron dos plantas de *parking* y aparcó con destreza, marcha atrás, al lado de una moto BMW blanca en esa misma raya y que debía, por tanto, de pertenecerle.

—Ni tu coche, ni tu casa. ¿Tampoco sabré tu nombre? —esa vez preguntaba en serio.

Recordó la advertencia de su amiga y le sonrió, juguetona.

—Te lo diré si decido al final de la noche que te lo has ganado.

Aceptando el reto, la tomó por la nuca y se vio impulsada hacia unos labios persuasivos que la atraparon en un beso húmedo y caliente. Cuando se separaron Aitana pensó que le diría, incluso, el número de su cuenta corriente si se lo pedía. Salieron del vehículo, la dirigió al ascensor y de ahí al cuarto piso. En la puerta, le recordó con amabilidad:

—No has avisado a tu amiga de que te marchabas.

Algo en su mirada le decía que sabía que lo que iba a enviar por wasap era su ubicación. Le gustó que no le importara, que le diera permiso, incluso. Le hizo sentirse segura. Un psicópata no permitiría que dejara un rastro tan fácil de seguir, ¿no? Sacó el móvil del bolso, hizo lo propio y le quitó la voz, guardándolo de nuevo.

Alberto abrió sin prisa, se apartó y la dejó entrar primero. Aitana solo alcanzó a ver un marco sin puerta con una de esas barras extensibles para hacer flexiones; después todo se precipitó a un ritmo vertiginoso y sensual.

Horas más tarde, en un taxi, enviaba un mensaje a Isabel avisándola de que regresaba a casa. Miraba por la ventanilla la ciudad, todavía oscura; faltaba una hora para que amaneciese. Recapituló su noche, reconociendo que en la cama Alberto era más fogoso que en el baile, que sus movimientos eran más directos y apasionados, que no era dócil pero tampoco brusco, que había buscado cada punto de placer de su cuerpo y le había dejado explorar a ella también, que su voz se volvía más caliente mientras le susurraba al oído lo que quería hacerle y que la había hecho gritar como ningún otro hombre.

¡Ojalá la noche y las fuerzas no se hubiesen acabado nunca!

Después de tres coitos con un par de orgasmos cada vez, que solo podían describirse como auténticos polvazos, había rechazado la invitación a la ducha y se había vestido sin hablar. Sin insistir él, la acompañó desnudo hasta la puerta.

No se pudo resistir a echarle una última mirada a su cuerpo. Dudaba de que fuera a olvidarlo en mucho tiempo.

—Aitana —fue todo lo que dijo a modo de despedida.

El taxista la dejó en la calle de los Libreros, entró en el portal, llamó al ascensor y pulsó después el botón del ático —la suya era la única vivienda del último piso—, y una vez en su casa fue directa al baño y le dio al agua caliente, que salió con presión por la alcachofa del techo. Su piel todavía olía al perfume masculino, un olor que el gel no terminó de quitarle. Desnuda, se metió en la cama y se quedó dormida en menos de un minuto.

Capítulo 2

La despertó la insistencia del timbre de su puerta a las nueve y media de la mañana. Cansada todavía, se puso un camisón y fue a abrir. Isabel llevaba dos cafés del Starbucks para llevar y una bolsa de papel que, seguro, contendría deliciosas calorías.

—Buenos días.

La invitó a entrar, franqueándole el paso.

—Ya pueden serlo, me enviaste el mensaje pasadas las seis de la mañana.

—Y vienes a despertarme tres horas después. Tú no conoces el significado de la palabra piedad.

Su amiga estaba colocando el manjar en la mesita de enfrente del enorme sofá esquinero blanco de lino arrugado.

—Quedamos en que esta mañana te ayudaría a acabar con el traslado. Come, adecéntate y, mientras tanto, yo me pondré con tu ropa. Me reservo el privilegio de tirar todo lo que esté pasado de moda o sea hortera.

Estaba demasiado agotada para explicarle que no tenía nada hortera y que su fondo de armario era impecable.

—Pon en una bolsa enorme para Cáritas a los pies de mi cama lo que consideres que no podré usar aquí, porque dudo que tengamos temperaturas bajo cero. La ropa de esquí está ya colocada, así que no necesitaré los suéteres de lana gruesa que tanto aborrezco.

—¿Y por qué los has traído, entonces?

Prefirió responderle que había huido cual delincuente de su anterior morada, optando por no cribar nada, evitando recuerdos, asociando dejar la ciudad con el proyecto de vida que se había roto con Carlos. A él no lo añoraba; la vida en pareja, no obstante, sí. Valencia le daría fuerza para cerrar definitivamente la puerta de su vida anterior; para darle un señor portazo, en realidad.

Desayunaron en silencio, Aitana no era una persona de mañanas y la otra lo sabía, habían compartido piso el año que se fueron de Erasmus a Florencia.

Se unió a Isabel y a su afán renovador de armario después de asearse y calzarse unos vaqueros, una camiseta y unos calcetines de Snoopy a topitos. Le gustaba tener alta la temperatura de su casa e ir en manga corta y descalza. Lo de llevar capas cual cebolla no iba con ella.

Tras una hora larga de trabajo y varias discusiones sobre un par de vestidos y tres faldas, Isabel

no pudo más y atacó.

—¿Y bien? ¿No vas a contarme nada?

Suspiró Aitana, con pocas ganas de compartir lo de la noche anterior. De momento quería que «Alberto y Aitana» fueran solo ellos, nadie más; aunque no existiera un Alberto y Aitana.

—¿Nada, sobre qué?

—Sobre la fiabilidad de las autopsias digitales sin necesidad de abrir el cuerpo, ¿no te jode! Pues sobre el tío bueno de la discoteca, ¿de qué va a ser? Siempre le he tenido curiosidad, aunque al parecer yo no he llamado su atención. ¿Qué tal fue? Pasaste más de cuatro horas allí, así que es obvio que debe ser muy bueno en la cama. ¿Es de los activos o de los vagos que prefieren dejarse hacer?

Lo suyo había sido salvaje e íntimo a la vez y pasaba de contárselo.

—Ya no tenemos veinte años, hay cosas que no se cotillean...

—Solo si la otra persona te importa. Ay, dios, ¿te importa ese tío?!

—No digas tonterías... y pásame la caja con los camiones, por favor. No lo conozco de nada —continuó, como si nada—, ¿cómo va a importarme alguien que me es ajeno y anónimo?

—Sabes cómo se llama, dónde vive y por dónde sale de fiesta. No es poco si quieres volverle a ver y que deje de ser anónimo. Porque lo de ajeno no me lo trago, debes saberte cada centímetro de su cuerpo.

¿Quería, acaso, volver a verlo? El cosquilleo en su estómago le dijo que sí. Su cabeza le gritó que no.

—Acabo de llegar a la ciudad, mañana empiezo a trabajar en un sitio nuevo y aún estoy a medio instalarme. Sí, hoy acabaremos la mudanza, pero pasarán semanas hasta que todo esté a mi gusto. ¡Si ni siquiera tengo quien venga a limpiar! Para hombres estoy yo...

—Mañana le pregunto a Marisa si puede venir a tu casa un par de días a la semana. Le daré tu teléfono si me dice que sí.

—Gracias.

Acabó con los camiones y buscó la bolsa con la ropa de deporte. Había etiquetado todas las cajas con diligencia.

—¡Aitana! —protestó la otra.

—Isaaa —le advirtió ella, acortando su nombre a modo de aviso.

La vio lanzar una prenda y unas braguitas brasileñas rojas de Intimissimi la despeinaron. Las cogió, las dobló y se las tendió para que las guardara en el cajón con su sujetador a juego.

—Dime al menos si fue bien.

Suspiró. No iba a dejarla en paz si no le contaba algo, lo que fuera.

—Fue bien, ¿de acuerdo? Fue mejor que bien, el tío es una máquina.

—¡Y tú te lo has tirado! ¡Qué envidia más mala me está dando!, de esa que hace que te salgan arrugas alrededor de los ojos de la rabia —la acusó, riendo—. Debí insistir más. Si tú lo describes como una máquina, es que debe de ser un portento.

—Hasta aquí puedo leer.

Permanecieron calladas menos de cinco minutos.

—¿Portento físico o porque es muy caliente? Tiene que ser por lo de caliente, claro. Físicamente ya se ve que está en forma. —Silencio—. Claro que a lo mejor lo dices porque tu ex era un vago en la cama, ¡qué se yo! —Más silencio—. No, no creo que lo fuera aunque nunca me hablaras de eso, tú no hubieras aguantado a un compañero pasivo ni soso. ¡Madre mía, cómo debiste de disfrutar! ¿Cuántos fueron?

La miró simulando severidad.

—Voy al baño a colocar lo de aseo. El jueves, cuando llegué, saqué lo justo para el día a día. Ayer por la tarde me volví loca buscando el maquillaje.

—¡Voy contigo! Me va a encantar descubrir tus secretos de belleza.

Cosméticos, cremas, perfumes... Y más preguntas:

—¿Fue cariñoso?

—No voy a contarte nada más, lo digo en serio. —A pesar de todo su perseverancia la hacía reír con su interrogatorio.

—Vale, pues hablemos de otra cosa.

—Perfecto.

—¿Se interesó por ti? ¿Te pidió el teléfono o algo?

—¡Eso no es otra cosa!

—Ya no te pregunto por el sexo, te estoy preguntando si tu amigo se dio cuenta de que eres una mujer maravillosa.

Recordó la noche anterior: entre el primero y el segundo habían hablado un poco sobre baile, extrañado él de no haberla visto nunca. Esquivó la respuesta sin decirle que estaba recién llegada de Salamanca. Tampoco Alberto le contó mucho, aunque sí quedó claro que ninguno de los dos tenía pareja. Con un hombre nunca se sabía...

Entre el segundo y el tercero se había quedado traspuesta. Abrió los ojos descansada cuando le preguntó si quería quedarse a dormir y vio que solo habían pasado veinticinco minutos. Por su olor y su frescura supo que él se había duchado. Cuando Aitana declinó, Alberto se había sentado a su lado y le había acariciado el estómago, preguntándole así si quería irse o tenía ganas de más.

Y después de ese más, se había vestido y le había dicho su nombre, para marcharse haciéndose la interesante. Ahora le parecía dramático, ridículo.

—Como bien has dicho sé dónde encontrarlo. Si quiero intentar algo, puedo buscarle, no pasa nada por dar yo el siguiente paso.

—¡Hey, yo no he dicho lo contrario! Creo firmemente en la igualdad.

Sonó el móvil justo entonces.

—Mierda, es Carlos —se quejó, apartándolo.

—¿No vas a cogerlo? Me dijiste que habíais acabado bien.

—Son menos de las once. Lo que quiere saber es si estoy despierta para conjeturar a qué hora

me acosté y, de paso, intentar averiguar dónde estoy. Y si estoy sola o no.

—Capullo.

—Capullo conjetrador para ser exactas. Y no pienso entrar en ese juego. Si llama mucho cambiaré su melodía por una canción que me guste y al menos disfrutaré con su insistencia.

Con mirada traviesa, Isabel extendió la mano.

—Dámelo.

—¡Ni se te ocurra llamarle! —la amenazó, entregándole el teléfono. Confiaba en ella a pesar de que la mayor parte del tiempo estaba fatal de la cabeza. No descolgaría ni daría al botón de rellamada.

La vio trastear antes de devolvérselo.

Un instante después el aparato volvió a sonar, Carlos de nuevo, el «Cara al Sol» a todo volumen.

Escandalizada colgó, roja como un tomate.

—¡Venga, no me jodas! ¿Existe ese politono?

—Solo para tu ex.

Lo cogió y empezó a trastear el teléfono.

—Isabel, esto no se quita —protestó, pasando pantallas como una loca.

—Lo he protegido.

—¿Sabes hacer eso? Es obvio que sí. Quitame esa mierda. —Más que enfadada, sonó desesperada.

—No, será divertido oírlo sonar.

—Lo será para ti, quítalo.

—No.

Abrió el grifo y la salpicó, riendo. La otra soltó una risotada.

—La próxima vez será con la ducha si no descodificas el tono de llamada.

Sonó una tercera vez y rompieron en carcajadas sin poder evitarlo.

La mañana pasó rápido, pidieron coreano para comer —había uno excelente cerca del mercado de Colón— y a las cinco de la tarde la casa estaba libre de trastos. Mejor que eso: estaba ordenada, femenina, con incienso de jazmín con narcisos perfumando la estancia principal, discriminado lo inútil y depositado en el rellano para que al día siguiente Ana, una amiga de su madre, fuera a recogerlo y lo llevase a la parroquia.

Incluso las fotos personales y los búcaros estaban dispuestos en lugares que, seguramente, serían los definitivos. Isabel tenía un don para el interiorismo.

Se hicieron un par de selfies que subieron a su Instagram con el hashtag #bienvenida#amigasparasiempre y se despidieron.

A eso de las siete se dio una ducha rápida, comió algo ligero y se fue a la cama, estaba exhausta y quería dar una buena imagen en su primer día de trabajo.

Alberto y David, compañeros de curro y buenos amigos, salieron del club de salsa pasadas las nueve de la noche.

—¿Cenamos algo?

—Algo rápido, esta semana voy de mañanas.

Enfrente había una cervecería que hacía raciones y bocadillos buenísimos. Entraron, pidieron en barra lo acostumbrado y se sentaron. La gente que solía ver el fútbol allí se había marchado ya, el encuentro que daban no era interesante. Los grandes habían jugado el día anterior porque entre semana habría competiciones europeas.

—Te has empeñado en la tía de ayer y te has perdido a la morenaza que no dejaba de mirarte.

Alberto torció el gesto.

—Amparo no quería nada, solo darle celos a su ex. La conozco.

—¿Quieres decir que no te la hubieras podido llevar a la cama?

—Tal vez sí, tal vez no. Pero no me gusta que me utilicen.

A David le gustaban las mujeres y no entendía las reticencias de su amigo. La tal Amparo estaba para hacerle un favor.

—Ahora me dirás que necesitas que te digan que te quieren.

A su pesar, se le escapó la risa.

—No es eso, pero me apetece que sea algo más personal, te lo he intentado explicar cien veces. Además no soy el segundo plato de nadie. Si una mujer se acuesta conmigo, es a mí a quien debe desear, no al tipo que pasa de ella y que pretende poner celoso.

—Sí, sí, el rollo ese de desearse, conocerse, jugar un poco... y después tirársela. Desde el respeto, me parece una pérdida de tiempo.

—Me gusta la espera, perdóname si no me acuesto con desconocidas a la primera de cambio, como tú.

—Con tías buenas desconocidas, si no te importa. Y desde luego que tú no lo haces, porque a la de anoche la habías visto, ¿cuántas veces?

Lo de la noche anterior había sido una excepción. No practicaba sexo anónimo, entre otras cosas, por temor a una enfermedad venérea. Cuando era un crío un vecino del barrio se infectó con el VIH. Era toxicómano, vivía en una comuna e iba todos los días a comer a la casa de su santa madre. Poco antes de morir parecía un muerto andante, con la cara cadavérica y solo hueso y pellejo. Por aquel entonces Alberto debía de tener unos ocho años y le impresionó muchísimo, a él y a todos sus amigos de aquella época. El «póntelo, pónselo» había calado en su pandilla del colegio.

No es que anoche hubiera sido la primera vez que se acostaba con una mujer nada más conocerla, pero, si lo había hecho antes, siempre era la conocida de alguien de confianza y tenía la seguridad de que no era una cabeza loca, al menos.

Pero es que Aitana lo había cautivado. Le había parecido guapa al verla, tenía algo especial aunque no tuviera demasiadas curvas, pero fue al bailar cuando sintió una necesidad urgente. Su olor, su piel, su calor... le habían vuelto loco de deseo.

—Déjalo, ¿vale? Un desliz lo tiene cualquiera.

—Si hubiera sido un desliz no habríamos venido a buscarla hoy. Te recuerdo que esta tarde jugaba el Valencia.

—Pfff—bufó—, para lo que nos hemos perdido...

Su equipo había caído con estrépito en un campo en teoría fácil.

—¿Te dijo que vendría?

—No, lo supuse. No la había visto nunca y, dado que yo no suelo salir a bailar los domingos, pensé que tal vez ella sí lo hiciera.

—¿No tienes su número? —David se sorprendió ante su negativa—. ¿Su dirección? ¿Nombre y apellidos tampoco? ¿Nada?!

—Ella sabe dónde encontrarme —dijo con más seguridad de la que en realidad sentía. Su forma de mirarle antes de irse... era como si hubiera querido memorizarlo para siempre, como si su despedida fuese un hasta nunca.

—Eso si le da por buscarte. Hoy no ha aparecido. Claro, que a lo mejor ella sí quería ver el encuentro.

—David, ¿vas a joderme la cena?

—No es mi objetivo. Demasiado esfuerzo, ya sabes.

—Pues cambia de tema.

El dueño del local subió el volumen del televisor: daban un resumen extenso del partido del Valencia.

Mientras daban cuenta de sus bocadillos protestaron sobre la calidad de los jugadores, el desacierto del entrenador en los cambios y crucificaron al presidente. Aquel club tenía tantos entrenadores como aficionados.

Media hora después, acabados ya el programa y la cena, pagaron y se despidieron. David vivía cerca, Alberto tenía la moto aparcada en la esquina.

—¿Te veo mañana en comisaría?

—Eso si no entra nada extraño esta noche.

La madrugadas de los domingos podían ser infernales.

—Si pasas la mañana en Jefatura, llámame y almorzamos.

—Hecho.

Sin más, cada uno tomó su camino.

Capítulo 3

—¿Muerta?, ¿qué coño significa muerta? —Alberto no levantó la voz, pero su tono hubiera podido congelar el desierto del Sáhara, tan frío se mostró.

—La han encontrado en su casa, señor —respondió el oficial Puig—. Una mujer, supuestamente una vecina, escuchó una discusión acalorada... «chillidos histéricos de ella, llantos, y también a un hombre a voz en grito; insultos como ‘maldita zorra’ o ‘eres un hijo de puta’; amenazas del tipo ‘voy a acuchillarte’ y ‘te juro que te mato’, así como golpes y también objetos de cristal o porcelana rompiéndose», según recoge el informe del 016.

—¿Quién ha ido a hablar con la señora?

—La llamada fue anónima, señor.

—Pues envía a García y a Ferrer al edificio y que llamen puerta por puerta. No me importa que aún no sean las ocho y cuarto, necesito saber si alguien vio a un hombre salir de su casa o del portal, ya fuera habitual o no. ¿Lo sabe Llagaria, por cierto?

—¿El inspector de la UDYCO? —se extrañó el oficial—. No, señor.

Mierda, aquella testigo no solo era importante en un caso de homicidio múltiple. Fue un ajuste de cuentas entre dos bandas y la Unidad de Drogas y Crimen Organizado contaba también con su declaración. El juicio por tráfico de drogas y posesión de armas iba a celebrarse en menos de un mes, aunque en Homicidios no lo supieran más que él y su comisario.

—Yo se lo diré. —Habían trabajado juntos durante tres años—. Hablad con todos los vecinos, mirad si en la zona hay cámaras de seguridad: de tráfico, cajeros automáticos... lo que sea. —La frustración lo llenó de furia, no podía hacer nada, solo esperar al informe de Científica y al forense.

Se le estaba escurriendo un caso sencillo por entre los dedos.

David, a quien Alberto también conoció al mando de Llagaria antes de aprobar él las oposiciones a inspector y ser trasladado a Homicidios, estaba en el SAID, el Sistema Automático de Identificación Dactilar. Al parecer sí almorzaría con él como quedaran durante la cena la noche anterior, si los de inspecciones oculares trabajaban de prisa y el lugar no era demasiado grande.

—Puig, antes de que te marches —le requirió—. ¿Tenemos la autopsia?

—Todavía no, señor.

Mierda.

—¿Cómo es posible? El aviso fue esta madrugada a las —buscó la hora en el informe— 4:30 a.m. ¿No había nadie de guardia en Medicina legal?

—El viernes se jubiló Ayala. Hoy comienza el nuevo forense.

—Pues qué bien —contestó con ironía.

Al parecer los astros se habían alineado contra ellos.

Marcó la extensión del Grupo IV de Estupefacientes y preguntó por el inspector. Tenía turno de tarde.

Con la confianza que daban los años y dada la urgencia, llamó a su número personal. Llagaria lo cogió al segundo tono.

—Si me llamas por lo de la testigo, ya me he enterado.

Laura, la pareja de Martín Llagaria, era también la jueza de instrucción, su señoría Laura Mora. Supuso que debía de haber sido ella quien le habría dado el aviso a primera hora de la mañana. Así que le llevaba veinte minutos de ventaja.

—¿Sabes algo que yo no sepa?

—Van a empezar la autopsia casi ya. Me has pillado en la zona forense.

—En menos de diez minutos estoy allí.

Abandonó del edificio, cogió un coche oficial del parque móvil y salió hacia la Ciudad de la Justicia, donde se hallaba el Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses, a cinco minutos exactos, además del instituto y la clínica forenses.

Durante el trayecto llamó a Científica y pidió que le pasaran con el subinspector Moreno.

—¿Vendrás a almorzar? —le preguntó David, animado.

—Voy de camino a una autopsia.

—Mala noche.

—Pésima. —No le contaría más por el momento; cada brigada guardaba su trabajo con celo, aunque la colaboración entre todo el CNP fuera fluida. La discreción era esencial en su oficio—. ¿Te ha llegado algo de una vivienda en la calle Mestre Marçal?

—¿Torrefiel? —Era un barrio al norte de la ciudad—. Siguen allí, la pepa[2] salió pasadas las siete de la mañana, cuando el juez de guardia levantó el cadáver. ¿Tan urgente es?

—Jodidamente urgente como para que los servicios fúnebres salieran tan tarde. Imagino que el comisario de Homicidios os dará aviso.

—Así de mal, ¿eh?

—Peor.

Por supuesto, David no preguntó en qué consistía y dudaba que recibiera información relevante sobre la víctima.

—Si llega algo de provecho aquí lo miro y te aviso.

—Gracias, el almuerzo lo pago yo.

Le vino justo cortar la comunicación y entrar en el aparcamiento de los juzgados. Subió a la planta baja, enseñó la placa al guardia civil de la entrada, evitó el arco al ir armado y cogió el

ascensor.

Encontró en el pasillo de las autopsias al inspector y a la jueza. Supuso que fue ella quien llevó la instrucción de Estupefacientes, porque la de Homicidios la llevaba todavía el juez Fuentes y estaba por concluir. Todos tenían semblantes graves, el veredicto podía complicarse mucho.

—¿Qué demonios ha pasado? —Martín rara vez decía palabrotas.

—¿Has leído el informe del 016? Pues eso es todo lo que sabemos. Inspecciones sigue en el escenario del crimen, nosotros estamos con los vecinos y las cámaras. ¿Vosotros?

Le hizo un resumen rápido de lo que sabía la UDYCO, que era poco.

—¿Quién pudo matarla? —fue la jueza quien preguntó.

—¿Y quién no? Cualquiera de los que tienen que sentarse en el banquillo el próximo mes pudo hacer el encargo. Añade a tráfico de estupefacientes y la tenencia de armas homicidio múltiple y suma las penas.

Entre veinte y veintisiete, y ello porque los asesinatos se considerarían delitos continuados.

—¿No estaba la víctima en Protección de Testigos?

—Solo aceptó que se patrullara con regularidad por la zona. Seamos serios: era una prostituta que estaba captando clientes en un polígono en el momento equivocado. Lo último que quería era al CNP pegado a su culo.

—Al menos tenemos la declaración de aquella noche. Fue bastante específica.

—Y el reconocimiento en rueda de testigos.

—¿Dónde coño está el forense? —se desesperó Alberto, que a diferencia de Martín sí decía palabrotas a placer cuando no había ciudadanos a quienes dar mala imagen.

—La forense —lo corrigió Laura.

—¿Es mujer?

Por extraño que pudiera parecer, todos los forenses del equipo de Valencia eran hombres.

—Sí —corroboró la magistrada—, tenemos chica nueva en la oficina.

—¿Y se llama Farala y es divina? —le siguió la broma su novio.

A Alberto no le hizo ninguna gracia la bromita del anuncio de los noventa.

—No desesperes —lo animó su compañero—. Rojas le está enseñando la clínica y el anatómico forense. No tardará.

El doctor Rojas era un capullo a punto de cumplir los cincuenta al que le encantaba flirtear con todas las mujeres que le salían al paso.

—Genial, nosotros hasta el cuello y la dama siendo cortejada.

—Laura —le pidió su novio—, ¿nos avisas cuando llegue? Creo que voy a sacar al inspector Ríos de aquí antes de que ponga a la doctora Mendoza en busca y captura.

Con un pequeño empujón, lo alejó de la sala de autopsias y se alejaron hacia los ascensores, camino de la cafetería.

—Por cierto, no os vi el sábado —cambió de tema Alberto, sin ganas de enfadarse más por la absurda dilación.

Su novia había convencido a Martín para que se apuntara a bailar con ellos, lo que había convertido a Llagaria en el cachondeo del grupito. La salsa no era lo suyo... ni la bachata ni la kizomba tampoco, pero, a pesar de su seriedad habitual, se lo tomaba con bastante humor.

—No quieras saberlo todo. Los sábados por la noche no sirven únicamente para bailar, colega.

—¿Quién te dijo que yo me dedicase solo a hacer figuras en la pista? —le dijo, en una vacilada

—Vaya, vaya... creo que pediré solo un café y almorzaré con David, a ver qué me cuenta de tu sábado.

Mientras Moreno se limitara a hablarle del sábado, y no de su excursión del domingo en busca de la chica...

—Almorzaremos los tres: va a avisarme en cuanto tenga algo. Y si no me llama, iré igualmente solo por el placer de acosarlo.

—Eres un sádico.

—Y él un cabezota: que se presente de una buena vez a inspeccionar y dejaré de obligarle a que me salude como corresponde.

Rieron un poco, rebajando la tensión, aunque la realidad era que, al no ser su superior directo, no le debía nada por decreto.

Aitana estaba empezando a hartarse: aquello no era un maldito museo, era un macrojuzgado. Y si había aprobado Medicina, el MIR y la oposición del Ministerio de Justicia, algo le decía que sería capaz de encontrar la cafetería y los baños sin necesidad de una vuelta de reconocimiento previa. Además, preguntando se llegaba a Roma, ¿no era cierto? ¿Qué importaba que un par de módulos estuvieran en la acera de enfrente? No iba a perderse cruzando la calle, y estaban señalizados, por el amor de Dios.

—Si me acompaña a las salas de la planta baja, le presentaré a los jueces de instrucción de lo penal, que suelen ser quienes...

¡Suficiente! El compañero que se había ofrecido a hacerle de guía turístico no le hacía ninguna gracia, como tampoco le gustaba cómo le había mirado el culo mientras subían las escaleras. El muy cabrón la había hecho pasar delante para tener un primer plano de su trasero, como si no supiera que cuando hay escalones es el hombre quien se adelanta para evitarle a la mujer tan incómoda situación.

—Intuyo que sus señorías estarán demasiado ocupados trabajando —hizo hincapié en la referencia laboral para ver si se daba por aludido y se ponía a lo suyo o, al menos, la dejaba a ella empezar su jornada—, y estoy convencida de que, además, los lunes debe de haber faena pendiente del fin de semana para nosotros a pesar de las guardias, doctor Rojas.

—Mucha, mucha —corroboró—. Estamos desbordados, ha sido una suerte que te hayas incorporado tan rápido.

¿Por qué la tuteaba si ella no lo hacía?

Era un sí: aquel tipo era un gilipollas.

—Entonces, por favor, lléveme a mi zona de trabajo. No quiero hacer esperar a nadie en mi primer día.

El otro se echó a reír e hizo un mal chiste sobre que los cadáveres eran pacientes mientras la tomaba del brazo para dirigirla hacia el ascensor. Se desasíó sin disimulo de su contacto, lanzándole una mirada de advertencia, y entró en el cubículo. Cuando se detuvo y se abrieron las puertas le indicó la derecha, esa vez sin tocarla.

En el pasillo había una mujer rubia con toga.

—Vaya, qué afortunado soy, dos de las señoritas más hermosas del edificio juntas. —Aitana pudo ver que la otra mujer hacía un mal gesto; ni siquiera se molestó en disimular su desagrado al manido halago. Al parecer Rojas no tenía un club de fans, precisamente—. Permitidme que os presente...

—Déjalo —lo interrumpió la desconocida—, tienes a Rosales esperándote en tu despacho.

El juez Rosales no era conocido por su aguante ni por su educación. El médico se despidió y salió a toda prisa.

—Me anoto lo del juez Rosales —comentó Aitana con sorna—, si es capaz de hacer correr a Rojas.

—Descubrirás que aquí todos quieren un trocito de escenario. La doctora Mendoza, imagino. Soy la jueza Mora. Laura. —Y le extendió la mano con una sonrisa.

—Aitana —le correspondió en el apretón y en el gesto amable. Algo le dijo que iba a gustarle aquella mujer—. ¿A qué debo el honor?

Mientras hablaban la médico abrió la puerta de la sala con la llave que le habían entregado a primera hora y en la que solo había tenido tiempo de dejar el maletín con el instrumental y su ropa de trabajo antes de ser asaltada y arrastrada por el enorme edificio. El olor a muerte la puso en movimiento.

Laura se puso seria.

—Me temo que no formo parte del comité de bienvenida: la fallecida era una testigo capital en varios procesos.

Se puso la bata blanca, en claro contraste con la negra de la jueza, sacó su móvil y el material necesario, se recogió y cubrió el pelo y ofreció una mascarilla a la magistrada antes de ponerse la suya.

—Vamos allá —se animó.

—¿Te importa si bajan un par de inspectores? Están que echan humo. El suceso ha descolocado a varias unidades de la Nacional.

—No me gusta tener a gente a mi alrededor mientras trabajo, si puedo elegir.

La otra no pareció ofenderse.

—¿Quieres que salga yo?

Suponía que debía de ser la jueza de instrucción, por tanto...

—Es tu decisión.

En ese momento trajeron el cuerpo. Lo dejaron sobre la mesa, bajaron la cremallera de la enorme bolsa que contenía el cadáver y se pusieron todos en acción: la luz, la cámara de fotografía, las básculas...

La jueza decidió dejarles hacer.

—Creo que me marcharé a mi despacho, no tengo vistas hasta las diez. ¿Me avisarás cuando...?

—En cuanto termine, sí. Gracias.

También Laura decidió que le gustaría aquella doctora: era joven, guapa y se la veía cómoda en su piel. No tenía pelos en la lengua pero tampoco avasallaba. Y había puesto en su sitio al imbécil de Rojas, el terror de las jóvenes. Si era competente, intentaría unirla a su grupo de colegas del juzgado.

Aún llegó a escuchar el inconfundible sonido del iPhone que comenzaba a grabar y la voz de su nueva compañera, segura, mientras cerraba con suavidad la puerta.

—Nueve y doce del veintiocho de marzo de dos mil veinte. Doctora Aitana Mendoza. Se inicia el estudio de...

Pasó más de tres horas frente a la camilla. Hizo el informe en menos de quince minutos, el sistema operativo de su teléfono tecleaba sus notas de voz de manera automática e incluía las fotos, también, aunque las hiciera con la cámara réflex, con lo que al final solo tenía que rellenar la parte oficial y enviarlo a quien estuviera al cargo. Antes de comenzar con la siguiente autopsia decidió contar sus impresiones a la jueza y a los dos inspectores. La magistrada le gustaba y los otros habían respetado su decisión y no la habían interrumpido, poco habitual en su anterior destino.

Quince minutos más tarde, ya desinfectada y después de haberse afeitado en el baño, buscó en el directorio del ordenador el número de su señorita Mora. Su secretaria le indicó que podría encontrarla en la cafetería, almorzando.

Puso rumbo al pequeño restaurante, percatándose de que estaba hambrienta después de cenar tan temprano la noche anterior, y convencida de que a nadie iba a gustarle lo que tenía que decir.

Capítulo 4

Alberto había regresado a Jefatura hecho una fiera al saber que la nueva forense no permitía audiencia en sus autopsias, ni que su sala fuera un palacio. Al parecer la *damita*, como había decidido apodarla, era una diva. Y, según el doctor Rojas, a quien se había cruzado cuando se marchaba a la oficina, era preciosa. Laura, desde luego, no había hecho ningún comentario al respecto, se había limitado a explicarles que la doctora Mendoza —incluso el nombre tenía un punto pijo— prefería trabajar sin la presión de público, que parecía una mujer muy eficiente y una buena profesional. Pero claro, la jueza no solía hablar mal de nadie, y no solo porque quisiera llegar a la Audiencia en cuanto cumpliera quince años de carrera judicial, sino porque no estaba en su naturaleza juzgar a las personas sin conocerlas antes.

Tampoco lo estaba en la suya, pero la animadversión que había sentido hacia la desconocida había sido inmediata. Con seguridad se debía al contratiempo que suponía el asesinato de la testigo sumado a la frustración de la tarde anterior, al no encontrar a Aitana; cada vez le gustaba más su nombre, se dijo, sonriendo involuntariamente por primera vez en toda la mañana. Esa noche había soñado con ella. Sus sábanas aún conservaban el femenino olor que no había logrado reconocer, una mezcla de vainilla y fresa con café, caramelo y regaliz. Pocas mujeres usaban perfumes tan *gourmand* y, ese en concreto, le pareció tan sofisticado como ella.

En la cama le había parecido elegante en cada movimiento. A pesar de esa desenvoltura innata, el sexo había sido muy húmedo y caliente, sin complejos ni tabúes: era una mujer apasionada y le había hecho disfrutar como no recordaba haberlo hecho antes.

Sintió un incómodo tirón en la entrepierna y cambió el rumbo de sus pensamientos. David, el subinspector Moreno, no había podido ayudarle, al menos de momento. Las huellas que habían traído los compañeros de Inspecciones de la vivienda de la víctima no estaban registradas, así que o descubrían al cabrón que la había matado y lo atrapaban o su muerte quedaría impune.

Gran parte de la acusación se basaba en su testimonio, ninguno de los detenidos había confesado ni aceptado pacto alguno con la Fiscalía. A pesar del informe de balística, de las huellas halladas en las armas y de los resultados de los kits de disparo, la defensa alegaría circunstancialidad; como siempre hacía. La declaración inicial y el reconocimiento de la víctima eran prueba de cargo suficiente para desvirtuar la presunción de inocencia, pero haberla subido al estrado, que el jurado la hubiera podido escuchar, hubiera sido definitivo.

Todavía recordaba las palabras del presidente del Tribunal Constitucional cuando le preguntaron qué opinaba sobre la nueva ley del jurado popular, hacía alrededor de veinte años: «Si soy inocente prefiero ser juzgado por un profesional del Derecho, pero si soy culpable... ¡mejor un jurado popular!»; había concluido con una sonrisa sardónica al descalbro de incluir en el tercer poder a la ciudadanía.

Regresaba de nuevo a la cafetería de los juzgados. Llagaria, que iba de tarde, había pasado la mañana allí esperando que la forense saliera de la sala de autopsias y se dispusiera a preparar el informe. Martín estaba también interesado en la situación, pues durante la inspección del lugar de los asesinatos habían encontrado un par de coches tan llenos de armas y estupefacientes como de huellas para incriminar a los narcos, muchos con las manos impregnadas en pólvora. Él lo tenía más sencillo tras los informes de Científica y, aun así, seguía en la Ciudad de la Justicia a la espera de tener todos los datos posibles.

—¿Ha dicho algo? —le preguntó en cuanto el compañero de la UDYCO le había llamado para avisarle de que faltaba poco para tener las conclusiones forenses.

—No ha soltado prenda.

Jodida *damita*, se dijo.

—Parece que la tal Mendoza acaba de llegar y ya está haciendo amigos, por lo que veo.

—Bueno, no necesita ser simpática, es preciosa.

—Si lo dices tú, que solo tienes ojos para tu chica, debe de estar como un tren.

—No es del estilo sexi explosivo, si es a eso a lo que te refieres; es una mujer elegante, sofisticada, con mucha clase.

—Una *damita*, ¿no? —se vengó para sí.

Lo escuchó reír.

—Más o menos. Para nada tu tipo, ahora que lo pienso.

—Ni de coña. Te dejo, estoy entrando en el *parking*, llego en tres minutos.

Colgó y una vez más, como por capricho, Aitana volvió a su mente. Había resultado ser una mujer elegante, sofisticada y... ¿cómo había dicho Martín? ¡Ah, sí!: con mucha clase. Su forma de hablar, de caminar, de mover las manos, eran exquisitas. Sus palabras durante el sexo harían del infierno un congelador, tan explícitas eran, y aun así no le había resultado soez, solo caliente.

En el ascensor rememoró su físico: metro setenta y dos, unos cincuenta y cinco kilos, con curvas suaves pero no exuberantes, unos pechos pequeños y firmes, unas piernas largas y contorneadas y, a saber por qué se había fijado, unos pies delicados y preciosos. Melena muy oscura a tres cuartos de espalda, negra y lisa, nariz recta, labios carnosos y unos espectaculares ojos azules.

Si durante los años de patrullaje había adquirido la capacidad de poder describir a una persona y sus ropas solo con una ojeada rápida, con ella se había explayado, pues le había hecho el amor con la luz encendida y a conciencia.

Encontró a su compañero, a Laura sentada en frente y de espaldas a Alberto y fuera de su visión a una mujer con bata blanca y una larga melena recogida en una coleta alta cuyo tono hubiera

reconocido en cualquier parte.

¿En serio?! No podía ser, sería demasiado... demasiado...

—¿Ríos! —lo llamó Martín antes de que pudiera decidir qué «demasiado» era aquella coincidencia.

Vio cómo la forense se volvía hacia él en busca de la tercera persona interesada en su informe y cómo le reconocía. Sus ojos se abrieron como platos, las mejillas se le tiñeron de un rosa tan sugerente como cuando la había hecho alcanzar el orgasmo, cada vez, y su boca dibujó una perfecta «o» aunque no saliera sonido alguno de ella. La forma de sus labios le recordó cómo los había penetrado.

«¡Oh, joder!», ¿se estaba sonrojando también él? «Concéntrate en la víctima, en la putada que supone, y olvídate del sábado noche o tus pantalones van a ponerte en evidencia». Se arrepintió de no llevar el uniforme, más ancho, sino unos levi's más obvios en caso de... de ponerse duro, como le estaba pasando.

«¡Oh, joder!», repitió, exhalando e intentando respirar con normalidad. Hizo una seña hacia la barra, indicando que pedía un café y se acercaba, y ese fue el tiempo que necesitó para calmar su libido.

Taza en mano se encaminó a la mesa, preguntándose si ella confesaría que ya habían sido presentados. Aunque, se dio cuenta, no había habido una introducción formal entre ellos. Sí mucha introducción pero... el platillo y la taza le temblaron en la mano y casi le cayó la cucharilla. Se apresuró a llegar hasta ellos y sentarse frente a la médica, con sus amigos uno a cada lado.

—Buenos días —saludó, sin más.

Fue la jueza quien hizo de maestra de ceremonias.

—Doctora Mendoza, te presento al inspector Ríos, de homicidios. Alberto, ella es Aitana, la nueva forense, que sustituye a Fuentes.

Se miraron una décima de segundo, tiempo suficiente para que entendiera que él le daba a elegir cuánto quería contar.

—Encantada, inspector Ríos.

¿Ni siquiera le tuteaba? *Damita* de las narices.

—Doctora Mendoza...

—¡Cuánto formalismo! —se quejó Martín—, ni que no tuviéramos todos la misma edad y estuviéramos del mismo lado.

Su novia lo miró con jocosidad: los jueces y el CNP no solían tener una relación fluida, los primeros atentos al estricto cumplimiento de la ley, los segundos convencidos de que los otros eran unos puristas demasiado blandos con los delincuentes. De hecho su noviazgo había comenzado con una buena bronca cuando ella le negara una orden de registro.

—¿Y bien? —preguntó él con brusquedad; con demasiada brusquedad.

—Me temo que no hay buenas noticias.

—¿No has conseguido nada? —La miró con reproche—. ¿Tienes un cuerpo casi cuatro horas y

no has logrado...?

—Ríos, cállate —lo interrumpió su colega.

Cuando se llamaban por el apellido, como compañeros desconocidos, la tensión subía de voltaje.

—Suicidio —concluyó Aitana, molesta.

—Y una mierda —se le escapó—. Perdón —se disculpó al momento—. Lamento mucho haberte faltado al respeto —se justificó una vez más—, estamos a pocas semanas del juicio, ha sido un contratiempo inesperado y... y el sábado dormí muy poco y ayer no recuperé las horas de sueño.

Ella apartó la mirada. Nada en su semblante la delató en esa ocasión, una vez pasada la sorpresa inicial.

—Quizá la excusa suene forzada, Aitana —lo ayudó Laura—, pero te garantizo que normalmente Ríos es un buen tío.

—Gracias por eso. Te debo una salsa. ¿El sábado en Asúcar? —sonrió el aludido.

No había podido evitar dejar caer dónde podría encontrarle Aitana si lo buscaba. Se sintió un adolescente descerebrado y sobrehormonado y su malhumor creció.

—¿Os importa si nos centramos? Entro a trabajar a las tres, cuando todos os larguéis a casa, y me gustaría pensar que no he desperdiciado la mañana.

—Suicidio —repitió la forense, con voz más suave pero igual de firme.

—Me gustaría un diagnóstico diferente, la verdad —se enconó Alberto, sin especificar si no le gustaba el de ella o si quería una segunda opinión, lo que sería ofensivo.

—E imagino que a la víctima le hubiera gustado una vigilancia distinta, inspector. Pero no siempre obtenemos lo que deseamos.

La otra pareja levantó las cejas, sorprendida por la brusquedad de ambos.

—Si hubieras leído el informe completo sabrías que rechazó una vigilancia más estrecha.

—Si leo el informe antes de la autopsia, este puede condicionarme, así que disculpa si prefiero la ignorancia —y apostilló con toda su mala leche—, como también tú la prefieres, al parecer.

Aitana vio que su ligue del fin de semana hacía un esfuerzo supino por no levantarse y... y a saber qué, ese hombre era muy hábil en todo hasta donde ella había comprobado.

¿Por qué lo provocaba? No era la primera vez que dudaban de su diagnóstico, la veían más joven de lo que era y, cuando la Policía Nacional tenía otra idea sobre la causa de la muerte, solía presionarla.

Quizá había sido rudo en su primer comentario, pero se había disculpado; dos veces seguidas. Y había parecido sincero y arrepentido.

Lo miró bien. Llevaba gomina para mantener su pelo estático, lo que le hizo pensar que rara vez llevaba el uniforme o, en concreto, la gorra. Recordó el tacto de sus mechones, gruesos y suaves, que había acariciado mientras bailaban. Iba perfectamente afeitado, no como el sábado, donde una barba incipiente remarcaba todavía más sus labios increíbles.

Parecía otro hombre. Otro igual de «follable», si es que esa palabra existía. Para no valorar

tirarse a desconocidos, Alberto Ríos parecía ser la excepción que confirmaba la regla, ya fuera informal o rollo trabajo. Algo le dijo que de uniforme la volvería loca: a ella, que había visto más policías en su vida que el Makinavaja.

—¿Has examinado el cuerpo? —inquirió ella, negando él con la cabeza—. Valiente oposición la tuya, entonces.

Se cubrió la cara con las manos, sintiéndose un estúpido.

—Lo siento.

—De nuevo —le pinchó, aunque ahora le sonreía.

—Sí, de nuevo. Era una testigo presencial en un par de casos importantes, y más de dos docenas de hombres, narcos y asesinos, querían verla muerta. Necesitaban matarla, de hecho. No encuentro sentido alguno a que se suicidara y estoy pagando mi frustración con el mensajero.

—Alberto, ¿estás bien? —No era su estilo discutir una autopsia ni lo era tampoco disculparse con tantas explicaciones. Llagaría lo sabía y le preocupaba—. ¿Quieres que siga yo y tú vas a hablar con Moreno?

—Ya lo he hecho por teléfono, después te cuento.

—Ahorcadura —sentenció Laura.

Era la forma de suicidio más habitual y de las menos frecuentes en caso de asesinato. Sí, era cierto que si alguien había «colaborado» en su perpetración podía conocer esos datos, pero la autopsia por ahorcamiento solía ser sencilla y concluyente.

—Línea argentina marcando el surco —prosiguió la forense—, infiltraciones hemáticas en estructuras musculares, signo de Martin, signo de Amussat...

—¿Yugular, no carótida?

—Ingurgitación, sí. Menos corriente, pero posible. He enviado a histología muestras de tejidos, aunque dudo que vayan a decirnos nada nuevo.

—¿Hora de la muerte?

—Entre las cuatro y las cinco de la madrugada según la temperatura hepática.

—¿Cómo fue? —Esta vez era la jueza quien se interesaba.

—Con una cuerda de tender. Lento.

—¿Tiene la cuerda Científica?

—David no me ha dicho nada. Le llamo a ver. Aunque la tendrán los de ADN, no el SAID.

Mientras Alberto hacía la llamada y le pedía a su amigo que hablara con la otra sección, los otros dos explicaron a la doctora la profesión de la víctima y su reticencia a un plan severo de protección de testigos.

Cuando colgó, preguntó.

—¿Cuándo tendremos el informe?

—Está ya enviado.

Era eficiente, eso no pudo negárselo.

Justo entonces Laura se puso en pie.

—Si me disculpáis, tengo una vista.

—Yo también me marcho. —Martín se levantó también, presto a acompañarla y despedirse, supuso Ríos—. Quizá queráis quedaros a ver si sacáis algo más en claro.

—Creo que no —respondió él, seco—. ¿Traes coche o te acerco a Jefatura? He venido en un zeta.

Y apartó su silla, también, dispuesto a salir de allí cuanto antes.

—He venido también en coche patrulla.

Fue la forense la última en levantarse.

—Lamento vuestra situación. Será mejor que baje, tengo un par de autopsias más.

—Bienvenida de nuevo. —Le tendió la mano Llagaria, a modo de despedida.

—Adiós, Aitana —fue lo único que dijo Alberto, sin mirarla siquiera.

Nada de doctora Mendoza, solo Aitana, tal y como hiciera ella el sábado noche.

Quizá él se ganara saber su nombre después de una madrugada de sexo increíble, pero ella no se había ganado nada aquella mañana.

Enfadado, se largó a grandes zancadas.

Capítulo 5

Dos días después...

De: Inspector Ríos.

A: Doctora Mendoza.

Asunto: Expediente #338.-

Buenos días,

Después de estudiar el informe y dadas las circunstancias que envuelven a la víctima, le agradecería me confirmase que, a pesar de su conclusión de suicidio, se han buscado igualmente indicios de una posible agresión, aunque el resultado fuera lesivo y no mortal.

Saludos cordiales,

Ríos

De: Doctora A. Mendoza.

A: Inspector Ríos.

Asunto: Expediente #338.-

Eran buenos días,

Imagino que con «indicios de una posible agresión» se refiere posibles lesiones defensivas, hematomas recientes, ADN bajo las uñas y ese largo etcétera que cree necesitar recordarme.

Si le parece conveniente, puede venir usted mismo a realizar una segunda autopsia, dados sus, al parecer, superlativos conocimientos en mi materia. La otra opción es que lea de nuevo mi informe, esta vez sin saltarse párrafos (o las palabras que no conoce).

Solo saludos,

DOCTORA A. MENDOZA

De: Inspector Ríos.

A: Doctora Mendoza.

Asunto: Expediente #338.-

Que sean días, sin más.

No es mi intención poner en duda sus conocimientos, pero dada su edad supongo su menor experiencia y, dado también que la mayoría de sus erudiciones tienen una base teórica, solo pretendo ayudarla a resolver mejor su autopsia.

Sin saludos, pues,

Ríos

De: Doctora A. Mendoza.

A: Inspector Ríos.

Asunto: Expediente #338.-

Confío en que nuestra mañana mejore cuando deje de iluminarse nuestra bandeja de correo, aunque comienzo a tener serias dudas.

Calculo, en cualquier caso y permítame el atrevimiento, que debemos de tener una edad similar, así que si usted dice tener más experiencia colijo que se debe, con toda probabilidad, a que comenzó desde la escala básica y no accedió directamente al puesto de inspector tras aprobar —o no— una licenciatura. Por esta razón temo que le haya costado la mitad de su carrera policial (como mínimo la mitad, pues sus mails me hacen pensar que todavía le queda mucho por aprender sobre Medicina Legal) llegar a comprender cómo funciona la labor de un médico forense. Ese mismo tiempo que usted ocupó intentado con mayor o menor éxito situarse en mi campo, le informo, lo empleé yo en la universidad de Medicina, aprendiendo mi oficio con unas notas excelentes.

En cuanto a su oferta de ayuda, me veo en la necesidad de sacarle de su error: soy yo quien le está ofreciendo mi auxilio para resolver un caso cuya investigación, al parecer, no sabe por dónde comenzar. Le recomiendo, si me permite, que escriba menos y actúe más, en estos momentos se diría que hemos intercambiado los papeles que usted nos ha adjudicado con tanta amabilidad y que soy yo la mujer de acción y usted el estudiante teórico.

Sin comentarios,

DOCTORA A. MENDOZA

De: Inspector Ríos.

A: Doctora Mendoza.

Asunto: Expediente #338.-

La experiencia es un grado; la soberbia, el abismo donde suele desaparecer hasta el mérito verdadero (Juan Motalvo).

Ríos

De: Doctora A. Mendoza.

A: Inspector Ríos.

Asunto: Expediente #338.-

Cuando habla de grado ¿se refiere a su grado de inspector?, ¿o todos mis grados y posgrados?

Respecto de su siguiente afirmación, no sabe cuánto cerebro saber que lee, sino en una biblioteca, sí, al menos, los sobres de los azucarillos en el bar.

DOCTORA A. MENDOZA

P.S.: ¡Váyase usted a la mierda! (Fernando Fernán Gómez).

—Es un capullo, Isa, un capullo al que deberían dar un diploma olímpico a la capullez.

La otra reía por el teléfono mientras le leía los emails.

—El sustantivo «capullez» no existe.

—¿Sigues leyendo la RAE? —replicó con fastidio.

Su amiga pasaba las guardias del hospital, en las que era incapaz de dormir, leyendo el diccionario.

—A ratos, pero no divaguemos. ¿Significa eso que al fin vas a contarme qué tal es en la cama? Y, sobre todo, ¿puedo intentar tirármelo? Total, si ya no te importa...

Aquella broma no le pareció divertida, lo que la cabreó todavía más.

—¿Te estás haciendo la obtusa para torturarme?

La carcajada fue contagiosa, tanto que Aitana no pudo evitar sonreír, lo que la calmó. ¡Cuánto había echado de menos su amistad en la distancia, que no solo midió en kilómetros!

—Tú ganas, Aitana: es un capullo. Con ingenio, eso es innegable, pero un capullo si es lo que te gusta que pensemos de él.

—Exacto, empiezas a ser mi mejor amiga de nuevo.

—En sus correos, ¿había faltas de ortografía?

—¡Claro que no! —lo defendió sin querer, para cambiar de actitud al momento—. Pero no le atribuyas tantos méritos, los ordenadores tienen corrector, ¿sabes?

—El corrector no te enseña a escribir, solo te salva de la ignorancia más obvia.

—¿Siempre estás tan filosófica a media mañana?

—No me has dicho si sabe.

—Si sabe, ¿qué?

—¡Pues escribir! Te preguntaría también si sabe follar, pero sigues sin querer contármelo a pesar de que es un capullo que no te importa.

No estaba segura de si su voz destilaba sarcasmo o solo diversión.

—¿Estás disfrutando, Isa?

—Tanto como debiste de disfrutar tú el sábado por la noche.

—Imposible —se le escapó.

—¡Lo sabía! ¡Es mucho más que una máquina! Si serás... —Aitana se alegró de que le ahorrara la palabrota—. Debe de saber latín, y tú callada como una...

Mierda, más palabrotas veladas. ¿Por qué ese día todos se confabulaban contra ella?

—¿Dejamos de lado los polvos en cuestión, por favor?

—¿En plural?... vale, vale, ya me callo. Pero olvidamos también la palabra capullo, si no te parece mal. Detesto las reiteraciones. ¿Podemos dejarlo en imbécil?

—Deberías dedicarte a escribir, Isa, serías un éxito de ventas. —Silencio—. ¿Estás escribiendo y no me lo has dicho? —Más silencio, todavía más elocuente—. ¿Cómo te atreves a ocultarme algo así?

—Estoy haciendo mis pinitos, ya veremos...

Su colega era buena en todo lo que se proponía.

—¿Qué ilusión! ¿Puedo leer...?

—No mientras no esté terminada.

—¿Y si te cuento qué tal Alberto en la cama? Con detalles escandalosos... —bajó la voz, en

plan teléfono erótico.

Rieron las dos.

—Ni así. La escritura también es muy íntima.

—Cambio de tercio, pues. ¿Qué tal la semana?

—Horrible, entre la gripe, que ha llegado tardía, y la de pirados que vienen a urgencias, creo que casos de verdad llevaré un par al día. No estudié Medicina para esto —protestó, fruto seguramente del agotamiento. Isa adoraba su trabajo.

—¿Sigues soñando con hacer una traqueotomía con un tenedor, en un restaurante, al grito de si hay un médico en la sala? —se burló de ella, intentando levantarle el ánimo.

—Eso te lo conté borracha con diecinueve años, no puedo creer que aún lo recuerdes. Tu memoria privilegiada es infinita, maldita seas. ¿Qué tal tu semana, a parte de los correítos de tu primer caso?

—He conocido a una compañera de juzgados encantadora. Se llama Laura y es jueza de instrucción. He almorzado con ella estos tres días, me está introduciendo en su grupo.

—¿Tengo que odiarla?

No es que fuera posesiva, pero acababan de reencontrarse y no quería compartirla todavía. Ella tenía el mismo sentimiento, en realidad.

—Al contrario, te va a encantar. Y tiene pareja y por tanto una vida ocupada. —Continuó de corrido, la falta de novio de ambas podía hacer parecer que sus vidas eran huecas—. También baila, así que no creo que tardemos en coincidir por ahí alguna noche.

—¿Qué tal este sábado, en Asúcar?

Era una pregunta trampa. El lunes, cuando llamó a Isa a explicarle lo cruel que era el karma con ella y que se había reencontrado con el bombón de la discoteca para descubrir que era un sieso malhumorado, le dijo que Alberto había dejado caer dónde estaría ese sábado.

—Ni harta de vino.

—¿Y si te hartó de *gin-tonics*?

—Hablo en serio: ni de coña.

¿Otro rasgo a destacar de Isa?: su perseverancia.

—Cerca hay un buen japonés que trabaja solo con productos de la Albufera.

—¿Cerca? —Sabía dónde estaba ese japo y no era precisamente cerca donde ella pretendía insinuar.

—Cerca de tu casa, quiero decir: en el mercado de Colón. Nada, diez minutitos andando por el centro... De ahí podemos irnos a la disco en un taxi, hartas de vino si lo necesitas para darte valor.

—No. Y no me provoques como si estuviéramos en el patio del cole. Tengo casi treinta y ocho años, no necesito demostrarte mi coraje.

—Aitana, acabarás cediendo y las reservas allí son complicadas. Di ya que sí y ahorrémonos tener que hacer cola.

—He dicho que no, ¿estás perdiendo audición? ¿Algún otorrino tío bueno en tu hospital que te pueda hacer una buena revisión?

—Ninguno. Y paso de tirarme a compañeros —su voz decayó—. Después de lo de Javi...

El doctor Javier Pozuelo, pediatra, había sido un cabrón que, después de un año de relación y de asimilar fatal que Isabel le dejara, estuvo contando a todo el que quiso escucharle lo que le gustaba y lo que no le gustaba a ella en la cama, además de cotillear sobre el dinero de su familia. Para su amiga fue humillante.

Aunque supo que se había vengado de él rayándole la chapa de su preciado Mercedes clase C con una llave, un grafiti monísimo en el que se podía leer «peligro: conductor con micropene».

—Qué le den a Javi, búscate a un buen tío y a la mierda en lo que curre, médico o bombero.

—Aplicáte el cuento y vayamos a bailar el sábado.

—Claro, qué gran idea. Y cuando nos veamos ¿cómo lo trato?, ¿como el tío bueno del sábado o como el capu... imbécil de hoy?

—Oye, pues la idea tiene un punto morboso: entre semana lo esquivas... no, mejor todavía, en el trabajo haces como que lo evitas, pero te quedas sus casos solo por joderle. Y los fines de semana haces la encontradiza y te lo montas con él. Y lo haces delirar de placer hasta convertirte en la reina de sus pajas.

Tuvo que apartar el cable del teléfono —siempre usaba auriculares— para que la carcajada no la dejara sorda de verdad. Dejó el móvil en la mesa y se tapó la cara con las manos, muerta con la broma, sintiendo cómo le caían las lágrimas de risa. Le pareció que también Isabel lloraba del cachondeo.

—¿Como el doctor Jekyll y mister Hyde?

—No, ese es un extraño caso... esto tiene que ser más pornográfico. ¡Que sea como Bruce Wayne y Batman?

—¿Batman te parece pornográfico?

—Una traqueotomía en un restaurante, con un tenedor y con Batman presente es mi fantasía más recurrente.

Más risas.

—Tú estás muy loca.

—Y tú también solías estarlo. ¿Vendrás conmigo a Asúcar el sábado? Por fiiiiii.

Al final se quiso dejar contagiado por la locura que hacía años que guardaba, se olvidó de la seriedad que se prometió cuando juró el cargo y, además, se fue a vivir con Carlos.

¡A la mierda las formalidades!

—Encarga la mesa a eso de las diez y media. Quiero llegar elegantemente tarde.

—Tarde y divina.

—Eso siempre.

—¡Las chicas salen! —Escuchó un aplauso entusiasmado de fondo—. Hasta el sábado, pues, te enviaré confirmación. Te dejo, se me acabó la hora del descanso.

—*Ciao*, bella.

Aunque sabían que hablarían antes sobre la ropa que ponerse. Le encantaba comportarse como una adolescente con ella.

Llagaria y Ríos habían quedado a última hora de la mañana por el caso de la testigo muerta.

—¿Qué tal llevas la investigación del presunto homicidio?

—¿Podemos empezar de manera más sutil?

—¿Secreto de sumario?

—Además de que no tengo una mierda.

—Alberto, irán a prisión, todos ellos —le hablaba con tono serio, convencido—. Tenemos pruebas más que suficientes para que les caigan, al menos, diez años. Y eso contando con que el testimonio de la finada sea refutado por el juez, lo que es muy dudoso dada la cadena de custodia de las pruebas. Había huellas en las armas, no lo olvides.

Era probable que les cayeran muchos más, pero no terminaba de verse satisfecho. Se sentía responsable de la muerte de la testigo.

—Tal vez, pero quizá no lo haga el cabrón que la mató. Y esa es la parte en la que yo fracaso.

—¿Por qué estás tan convencido de que no fue suicidio? La autopsia es concluyente.

—¿Qué sentido tendría que se hubiera suicidado?

—¿Qué sentido tiene un suicidio, después de todo?

Ríos calló, valorando lo que Martín acababa de decirle. Era un hombre muy juicioso que no tardaría, además, en llegar a IJ, inspector jefe, entre otras cosas por su intuición y por cómo dirigía a su equipo.

—¿Especulamos?

Un policía nacional nunca conjetura pero, en alguna ocasión en la que no encontraban sentido a nada, dejaban volar sus mentes olvidando las pruebas.

—De acuerdo.

—Empiezo yo —pidió Alberto—. A las tres y media de la mañana un esbirro contratado para matarla por los traficantes se hace pasar por un cliente, ella le deja entrar, él la ata, le dice quién es y lo que le va a ocurrir porque es un sádico malnacido, ella pierde los nervios y comienzan los gritos, que él acentúa con los golpes y las amenazas. El asesino se encarga de que parezca todo muy pasional. Y después la ahorca y se larga. Lleva guantes todo el tiempo. No deja pruebas. —Incluso a él le sonaba una estupidez ahora que lo había dicho en voz alta—. Mierda —se quejó.

Debió haber hablado antes con su amigo.

—Me toca. —Sonrió Martín, leyendo los pensamientos de Alberto—. A las tres y media de la mañana entró un cliente de verdad, un habitual dadas las horas y que ella le abriera la puerta. Discutieron por cualquier chorrada: igual el tío iba pasado, no se le levantaba y, pasados los

veinte minutos pagados, no había logrado correrse y quería más sin tener que soltar otros veinte euros. Ella se negó, él comenzó a insultarla, la prostituta tal vez hizo referencia a su falta de hombría... a saber. Nada nuevo hasta aquí: gritos, amenazas, insultos, golpes, objetos que se rompen.

Tenía sentido. Pero...

—¿Y se suicidó? ¿Sin dejar una nota siquiera?

—No todos dejan nota, solo los que tienen algo que decir y a quienes dirigirse. Aquella pobre alma era una prostituta toxicómana, nadie ha venido a recoger el cuerpo. Quizá iba tan mal como él, tal vez decidió vengarse del tipo dejando caer el peso de su suicidio sobre su conciencia, si era un habitual y se conocían bien. Si en alguna ocasión habían trasgredido el límite del sexo.

Era tan ridículo como plausible. En ocasiones las prostitutas y sus clientes acababan creando un vínculo. Aunque lo más ridículo era la cantidad de casos de trastornados que, después una bronca con sus parejas, familiares, amigos... se suicidaban, pasados de todo según toxicología, creyendo que así harían el resto de la vida de quien les había perturbado imposible de sobrellevar.

La mente, colgada, era imprevisible.

—Es una conclusión de mierda.

—Lo es, pero nada indica que la mataran y a los vecinos les sonaba la voz de quien estuvo con ella. Nos hemos quedado sin testigo porque fue ella quien decidió libremente que no quería una mejor protección. No hubiera podido ejercer su profesión; ni consumir, tampoco. Olvídate de sentirte culpable: siento decirte que no eres un superhéroe. Asímelo, es una putada además de un jodido trastorno para nosotros, pero fue suicidio.

¿Habían salido dos palabrotas seguidas de la boca Martín? Conversación concluida, sin duda.

—Lo sé. Te juro que lo sé, pero eso no me hace sentir mejor.

Poco tiempo en homicidios, le había dicho su comisario al ver su empeño en un caso que parecía cerrado. Venía de la UDYCO, donde solo había malos; en homicidios era distinto, morían inocentes. Ya haría callo, había concluido tratando de animarlo.

—Entonces piensa —concluyó Llagaria— en que, gracias a lo bien que hicimos el trabajo en su momento, todos juntos, tenemos a los narcos pillados por las pelotas.

En efecto: bola, set y partido. Le encantaba hablar con su amigo cuando se sentía frustrado. Era poco habitual, pero a veces necesitamos con quien vaciarnos el pecho.

—Tú ganas. Creo que te tendré que pagar una copa el sábado, aunque solo sea porque pueda cerrar el expediente tranquilo.

—¿Una copa? Aceptaré encantado, así me darás una excusa para mi falta de coordinación.

Sonrieron.

Aunque el inspector Ríos debía algo más, supo: una disculpa a cierta doctora preciosa y de respuestas viperinas. Dudaba mucho, no obstante, de que ella la aceptara encantada, precisamente.

Capítulo 6

Pasando de plantearse por qué había terminado claudicando y yendo a aquella discoteca y no a otra. Aitana se había vestido para matar, había evitado el vino para asegurarse no hacer el ridículo y entraba a Asúcar con Isa pisándole los talones, engalanada también para seducir.

Con un vestido de viscosa negro, corto, halter con cuello de V, broche a la espalda descubierta, falda asimétrica que realzaba la estrechez de su cintura y cuyo cuerpo moldeaba sus pechos sin ceñirlos, medias invisibles envolviendo sus largas piernas, los zapatos de baile amarillos con cristales de Swarovski, un bolso de mano de piel negro de Furla en sobre y el pelo recogido en una coleta prieta que se movería al mismo tiempo que sus caderas, entró en el local pisando fuerte. Se había maquillado muy natural a excepción de los labios, de un rojo subido.

La seguía Isa, con un top de lentejuelas verde, unos pantalones negros pitillo tobilleros de The 2nd Skin, taconazos negros, bolso de mano también en verde y la media melena pelirroja suelta, dejada caer en ondas surferas. Los pendientes largos de jade cerraban un *outfit* elegante y sexi.

Llamaron la atención nada más entrar. Como si no fueran conscientes de la cantidad de miradas masculinas que recaían sobre ellas, miraron la zona de las mesas para no encontrar ninguna libre, así que se acercaron a la barra —quien no estaba tomando algo en una mesa estaba en la pista bailando— a pedir una copa.

—Un San Francisco, por favor —solicitó, siempre educada, Aitana al camarero.

—¿Estamos abstemias? —protestó Isa; tampoco habían bebido en la cena más que agua—. Un Shirley Temple para mí, pues.

El joven la miró como si le hubiera pedido las valencias de la tabla periódica.

—Lima-limón con zumo de naranja y granadina —le explicó Aitana con voz resignada al chico para mirar después con fastidio a su amiga.

—¿Qué? —se defendió—. ¡Tú has pedido un San Francisco!

—Todos conocen ese cóctel. El tuyo es bebida de pijas.

—Claro, porque tú eres una choni —se burló.

El camarero movía la coctelera mientras las escuchaba, divertido y admirado a la par. Estaba preparando la segunda copa cuando alguien se acercó a Aitana por detrás y la llamó por su nombre. Se volvió para encontrarse con Laura, la jueza Mora.

—¡Hola! —la saludó encantada—. ¡Qué sorpresa!

Se dieron dos besos, sonrientes ambas, y le presentó a Isabel.

—¿Acabáis de llegar?

—Justo ahora. Queríamos tomar tranquilas algo antes de arrancarnos, pero está todo lleno. Así que igual dejamos las copas en una mesa alta y...

—¡Acercaos a la nuestra! Está justo delante de la zona de baile y, si nos apretamos, cabremos. —Los asientos eran bancos acolchados—. Estoy con Llagaria. Mi chico —le explicó a la otra enseguida, buscando evitar que se sintiera excluida—, y también han venido Ríos y Moreno. Necesito refuerzos: son tres contra una. ¡No podéis negaros y dejarme tirada!

Isabel asintió con entusiasmo, le gustaba aquella mujer, y Aitana las siguió. A fin de cuentas, a eso había ido ¿no?, a encontrárselo. Ahora llegaba el momento de improvisar... eso que a ella se le daba como el maldito culo.

Lo vio antes de llegar y leyó su mirada: enfado primero, curiosidad y engreimiento justo después. Los tres sentimientos cruzaron por sus ojos antes de volverse a, supuso, el tal Moreno, pues era el único al que no conocía, y seguir hablando como si tuviera toda la intención de ignorarla.

Un Moreno, por cierto, rubio cual noruego, que apenas la miró por encima antes de posar su atención en Isabel de una manera muy, pero que muy muy apreciativa. Si en el trabajo aquellos dos amigos eran igual de transparentes, le caía un mito sobre la imperturbabilidad del Cuerpo Nacional de Policía.

Laura hizo las presentaciones, hubo besos, dejaron ellas las copas, les hicieron hueco para sus traseros y sus bolsos y se hizo un pequeño silencio incómodo que la jueza cubrió hablando del poco tiempo que Martín llevaba bailando y de que necesitaría de la ayuda de ambas para que practicara en sociales. Llagaria sonrió, como disculpándose ya por todos los errores que fuera a cometer guiándolas.

—Espero que no seáis muy expertas o mi complejo de inferioridad se hará tan grande...

—Como su ego —terminó Ríos por él, haciéndolos reír a todos.

En general a la gente que baila no le *gusta* el baile: es su pasión. Así que todos hablaron de cómo habían llegado a pisar el parque, de qué estilo preferían, de canciones legendarias... hasta que la conversación fue diseminándose por gustos. Sonó una salsa lenta —al parecer, *su* canción —, y Laura y Llagaria se perdieron entre el gentío.

Isabel le explicaba algo a Moreno en su lado de la mesa y, si conocía a su amiga, la tensión flotaba en el ambiente... pero tensión de la mala, de la de «como no puedo matarte, bailaré sobre tu tumba». ¿Cómo habría logrado aquel subinspector enfadar a su mejor amiga tan rápido?

—Al final no sé qué es lo que más te gusta bailar... —La voz de Ríos, muy cerca de su cuello, le puso la piel de gallina.

Era cierto, había escuchado las preferencias de otros pero no había hablado de la suya, pues coincidía con él y ya se había dicho todo lo necesario. No se había percatado de cuán cerca estaban.

—Bachata sensual —le informó con una sonrisa.

La otra noche era lo que más habían bailado; y había sido muy muy sensual.

—¿Daniel y Desireé?

Se refería a una pareja, con toda probabilidad la más conocida del baile, y la mejor, si le preguntabas a ella.

—¿Y a quién no? Son pura química y crean magia en cada movimiento.

—Hay quien dice que eso no es bachata —la picó, respondiendo a su sonrisa.

Su estilo añadía a la bachata tradicional otros bailes, desde aires de tango hasta el *hip hop*.

—Hay quien dice que el baile no debería evolucionar —lo retó—. ¿Eres un purista?

—Daniel y Desireé —coincidió con ella.

Sonrió Aitana, alegre porque sí, como si la pregunta trascendiera el baile; no le gustaban los que eran más papistas que el Papa.

—Lo sabía. —Y su sonrisa se ensanchó—. Por cómo movías los pies la semana pasada y el juego de brazos; por la forma en que me llevabas, lo supe.

Lo que la definía en, como mínimo, bachatera de nivel de medio a avanzado.

—¡Ah!, ¿así que me recuerdas? —No había engreimiento en su voz, pero sí ese toque de orgullo masculino que muchos hombres tienen.

Era su momento, se dijo ella. O comenzaba un juego y, quizá, un romance de fines de semana, o intentaba algo más tradicional y, sobre todo, sencillo.

Pero estaba harta de lo tradicional, así que a la mierda si la cosa se ponía difícil. Que lo enviaría a la mierda, vamos, era lo que quería decir.

Estaba cansada de las complicaciones innecesarias.

Pretendió que su respuesta tuviera un toque ambiguo.

—Siempre recuerdo a los hombres que me dejan moverme y no solo pretenden que les siga el ritmo.

Era cierto, había parejas que te llevaban de tal modo que no permitían que bailaras, solo que ejecutaras los pasos que marcaban. Como en el sexo.

—¿Hablamos de la pista... o de la cama?

Se puso como un tomate y quedó convencida de que, a pesar de la oscuridad, pudo ver sus mejillas ardiendo. ¡Pues vaya una seductora estaba hecha! Demasiado tiempo sin salir a ligar, se reconvinó.

—Hablábamos de baile —carraspeó, esperando una respuesta.

Alberto pensó que estaba adorable así de azorada. Se la veía insegura, nada que ver con la forense a la que se había enfrentado durante la semana.

—Así que ¿solo recuerdas el baile?

Ella no pudo evitar sonreír ante su gesto, un mohín infantil y unos ojos pícaros.

—Recuerdo el baile y recuerdo el sexo —admitió—. Y si necesitas oírlo es que eres un engreído —se burló, aunque su voz era pura risa contenida—. Yo no te he preguntado nada.

Cierto, aunque se moría por saber si también él había recordado los momentos de placer durante la semana.

—Me encanta escucharte decir que nos has recordado, no lo negaré. Aunque mi curiosidad va más allá: quiero saber cuánto más de mí recuerdas ahora mismo.

Así que había intuido su juego. Claro que, si no le había soltado ninguna indirecta sobre los correos ni preguntado por trabajo, parecía un acuerdo tácito de, al menos, no agresión.

—No sé de qué me hablas.

—¿No?

—*Nope* —insistió.

—De acuerdo, pues intentaré que no se te olvide lo que ya sabes. ¿Bailamos?

Pasó de acabarse la copa. Tomó la mano que le tendía y se dejó llevar. Alberto le colocó la mano en la espalda para dirigirla hacia una esquina, donde podrían moverse con mayor libertad, sin riesgo de chocar con nadie. Aitana sentía el tacto caliente de su piel a través de la tela, y su mente, obnubilada por su presencia, recordó sus dedos acariciándola íntimamente.

¡Y no habían empezado a bailar! Mucho se temía que por primera vez iba a excitarse en una discoteca.

¡Oh, joder!, se quejó.

Y eso que no sospechaba que aquella era, exactamente, la intención de él.

En cuanto se acercaron el uno al otro, tal y como ocurriera la noche en que se conocieron, se olvidaron de las figuras aprendidas y se convirtieron en música, moviéndose al unísono. Aquella noche Miguelón, el afamado DJ, debía de sentirse romántico, porque tiró de baladas, versionándolas a ritmo de salsa y bachata: Enrique Iglesias, Jesse y Joy, los *featuring* de Nicky Jam o Shakira... Aitana no era muy enamoradiza, pero la noche invitaba al querer.

Las manos de Alberto comenzaron a hacer magia en su cuerpo, acariciándole los brazos, la nuca, llegando al límite de los pechos y el culo cada vez que la movía, tanto que deseó haber elegido la misma ropa que su amiga Isabel, vaqueros para poder acariciarle con las piernas, y un top, pero uno que le dejara el máximo de piel a su alcance. ¡Dichoso vestido! Quería quitárselo, quería desnudarse, necesitaba sentirlo a todo él encima de su cuerpo.

Al final fue ella la que se rindió:

—Vámonos de aquí —le susurró en la oreja, sabiendo que la calidez de su aliento en el oído le había excitado, acabando con un pequeño mordisco en el lóbulo mientras la kizomba de fondo mantenía un ritmo lento.

No necesitó más acicate. La tomó de la mano y, sin mediar palabra, cogió su bolso y se dejó llevar.

Ya fuera, la dirigió calle arriba, seguro de las respuestas que iba a recibir. Aun así, lo correcto era preguntar.

—¿Mi coche? —La vio asentir. Cuando subieron al Golf, inquirió en el mismo tono, el de quien pregunta cuando ya sabe la respuesta—: ¿Mi casa?

Y arrancó sin esperar a que se lo confirmase.

Todos los semáforos de la ciudad debían de estar en rojo para ellos, se quejó Aitana para sí, rígida ante el silencio; la semana anterior había puesto música para evitar una conversación incómoda o un mutis todavía peor. A los cinco minutos la tensión se desbordó y decidió seguir con el juego: marcar las normas, más bien.

—No me has dicho en qué trabajas.

—Tampoco tú —contestó sin mirarla.

Quedaba claro: no se habían visto en la Ciudad de la Justicia ni cruzado mails bastante duros aquellos días.

El interrogatorio era un juego que se le daba mejor a él, se dio cuenta Aitana. Mas no buscaba ganar, solo prolongar la idea de que eran dos completos desconocidos.

—Soy doctora.

—¿En medicina? ¿O de doctorado en contabilidad?

La contabilidad debía de ser el trabajo más aburrido del mundo, así que a punto estuvo de asentir solo por diversión. Pero había algo que le importaba: nada de mentiras en lo que fuera que comenzaban.

—Doctora de las de la facultad de Medicina.

—¿Especialidad?

—¿Para qué necesitas saberlo? —Hizo un mohín de niña aunque su voz fuera un ronroneo y su mano le acariciara el cuello, los hombros y bajara por sus brazos—. ¿No quieres jugar a médicos conmigo?

«¿La semana anterior era tan musculoso?», se dijo.

—¿Me harás un reconocimiento? —le siguió Alberto la broma.

—Uno muy completo... —Le encantó escucharle reír—. Aún no me has respondido. ¿En qué trabajas?

—Funcionario —fue conciso.

—Mi experiencia me dice que cuando un hombre da esa respuesta trabaja para Interior o para Hacienda. —Se mantuvo callado—. ¿Y bien? ¿Vas a hacerme la declaración?, ¿o a tomarme declaración?

La sonrisa que le dedicó fue muy caliente.

—Quizá tenga que cachearte si intuyo que me ocultas algo...

En ese momento llegaron a la puerta de su garaje, ahorrándole una respuesta que, seguro, no hubiera estado a la altura.

Volvió el silencio y Aitana sintió un cierto cosquilleo entre las piernas. El semblante del policía era inescrutable.

Tuvo una extraña sensación de *déjà vu* al entrar en su casa y volver a ver la barra de flexiones en el marco de la puerta de la derecha, justo antes de que la volviera hacia él y comenzara a besarla con la luz apagada. En cuanto recibió su asalto, Aitana se olvidó de cualquier cosa que no fuera el cuerpo masculino pegado al suyo, la espalda contra la pared, las manos de él en su culo, amasándose rítmicamente cada vez con más fuerza, las palmas de ella en su nuca intentando acercarlo a una distancia imposible. Parecía querer fundirse en él.

Durante minutos no hablaron, no se movieron del sitio; estaban absortos el uno en el otro, besándose y acariciándose sin control. Solo algunos gemidos o pequeños sollozos de impaciencia rompían el silencio. Cuando la elevó para que lo abrazara con las piernas y retiró el vestido hasta su enjuta cintura para poder embestir entre sus muslos, duro contra el tejido de su pantalón, Aitana apartó sus manos del cuerpo que tan frenética la volvía, le ofreció su cuello para que lo mordisquease y comenzó a bajarse ella misma la cremallera lateral del vestido primero y a tirar del bajo de este hacia arriba después, desesperada por sentir su piel, tanto lo deseaba desde que comenzaran a bailar. Esa danza sensual era privada ahora, ya no había espectadores y la ropa le estaba desesperando.

Con una pequeña risa, Alberto la deslizó contra su cuerpo, sintiendo cada centímetro de ella, hasta que los tacones regresaron al suelo. Sin contemplaciones, tiró del vestido y casi se lo arrancó. Recibió a cambio una mirada codiciosa, llena de necesidad. Sin apartar los ojos de él, Aitana se bajó las medias y las apartó de una patada junto con sus zapatos, restando solo un pequeño conjunto interior negro de seda de su marca favorita. Se sabía deseable y lo sentía en cada poro de él.

—Eres demasiado hermosa para no mirarte...

Se apartó de ella, sin embargo, aunque fuese solo para encender una luz más lejana y poder disfrutarse en penumbra. La idea la excitó. Adivinar tanto con el tacto como con la vista le pareció provocador; muy caliente.

Al volver llevaba algo en las manos, algo que estaba colocando ya en su bolsillo trasero. Preservativos, dedujo la forense, y el cosquilleo entre sus piernas se acrecentó. Lo deseaba tanto que su cuerpo no podía estarse quieto. En cuanto llegó a ella tiró de su polo y le desnudó el torso.

—¿Estabas tan bueno la semana pasada? —le susurró antes de comenzar a lamerle los pezones planos, a pasear la boca por su piel.

Le encantó sentir cuánto lo disfrutaba.

—Espero que te lo pareciera —bromeó, aunque su voz era demasiado gruesa, dura, para tomarla a broma.

Tan gruesa y dura como el bulto que se adivinaba contra su bragueta. El recuerdo de su pene, enterrado en profundidad dentro de su cuerpo, la volvió loca y se arrodilló frente a él sosteniéndole la mirada, dispuesta a darse un festín. Tal y como sus rodillas tocaron el parqué se vio elevada de nuevo.

—Todavía no, preciosa. —Con delicados empujones, mientras la besaba sin tregua, la fue

moviendo hacia la puerta de la derecha, quedando ambos justo bajo el umbral—. Manos arriba — le pidió.

—¿Esto es un atraco? —no pudo evitar responder ella a pesar de lo caliente del momento, divertida.

En un movimiento rápido y seguro sus manos estaban por encima de su cabeza, sujetas por las muñecas con una de las suyas, mucho más grande, mientras veía cómo con la otra hurgaba en la parte de atrás de sus vaqueros para sacar ¡unas esposas! Aitana tragó saliva, nerviosa e impaciente a partes iguales.

Era lo último que hubiera esperado. ¡Iba a atarla!

—Manos arriba —repitió con voz seca, soltándola por menos de tres segundos.

En un momento se vio esposada, la cadena de los grilletes rodeando la barra, inmovilizada y de puntillas. Su cuerpo ardió.

—El sujetador se desabrocha por delante —susurró con voz grave.

—¡Qué suerte para mí! —la tentación había vuelto a su voz.

Pero aún tardaría mucho en quitárselo; antes se dedicó a su propia ropa. Aitana no supo dilucidar si se quedó desnudo ante sus ojos porque, como a ella, le molestaba la tela, o para hacerla sufrir. Porque verlo y no poder tocarlo la hizo sollozar de anhelo. Se acercó buscando su cuerpo con el propio, pero fue detenida con un agarrón por la cintura.

—Manos arriba y sin moverte. —Volvía a ser la voz autoritaria de un policía. ¡Joder!, iba a correrse sin que la tocara si seguía con el juegucito. ¿Sería él consciente?—. Y las piernas abiertas.

Sí, desde luego que lo era; sabía cuán al borde estaba cuando no le permitía unir sus muslos, pues arrastró con su pie los tobillos femeninos para evitarlo.

Con las palmas de las manos firmes le acarició los costados, que al parecer recordaba que en su cuerpo eran muy sensibles. Arriba, abajo, sin prisas, una y otra vez, en cada ocasión más cerca de sus senos pero sin llegar a tocarlos. Por dos veces los acercó Aitana a sus manos y por dos veces él los evitó.

—Por favor —le suplicó.

—De verdad que me gustan las mujeres educadas. ¿Me darás las gracias si hago que tengas el mejor orgasmo de tu vida?

Debió molestarle la vacilada, pero la realidad era que ya lo había hecho: la semana anterior había tenido el mejor sexo jamás contado.

—Te daré lo que me pidas —respondió incitante.

Y logró su objetivo: Alberto se le echó encima, volvió a rodearse la cintura con las largas, femeninas y bien contorneadas piernas y, desabrochando el sujetador, bajó la cabeza hasta los senos, visiblemente excitados.

Lamió un pezón para succionarlo y mordisquearlo después, y de ahí dedicó todas sus atenciones a la cima gemela. Pareció no saber por cuál decidirse, porque los unió con las manos y paseó su

boca, frenético, por una y otra. Su lengua caliente, el roce de la barba en el escote y las prisas descontroladas la hicieron gemir.

—Más —exigió.

—¿Quieres más? ¿Qué más quieres?

—Todo, lo quiero todo.

Notó cómo restregaba su erección contra la seda de su ropa interior, que debió de encontrar empapada contra su pene.

—Dime qué es lo que quieres.

Nunca había jugado a hablar sucio, pero la idea, lejos de avergonzarla, le entusiasmó. Estaba demasiado excitada para dejarse asaltar por el pudor.

—Quiero que me metas tu polla hasta dentro y me taladres el...

No pudo acabar. La boca de él estaba sobre la suya, sus dedos apartaban el encaje y se zambulló en ella sin pensárselo. La embistió con violencia varias veces antes de obligarse a bajar el ritmo.

—Fuerte, no pares.

No fue tanto la orden como la desesperación que había en ella la que le hizo olvidar cualquier intención de hacerlo dudar. La fijó contra su cuerpo y la penetró con fuerza, en una cadencia implacable, hasta que la sintió retorcerse contra él, hasta que los músculos internos de ella lo estrujaron con tanta fuerza que lo vaciaron, al tiempo que gritaba más fuerte que ella.

La mordió en el hombro al hacerlo.

Cuando recuperó la conciencia la soltó, dejando que se sostuviera sola, y la sintió temblar de pies a cabeza. Saber que había disfrutado tanto como él lo llenó de masculina satisfacción. Le soltó las esposas, las dejó sobre la mesilla de la entrada y la tomó en brazos, directos a la ducha. Estaban empapados, olían a sudor y a sexo del bueno.

—No hemos usado condón —comentó Aitana.

No era una acusación, solo la constatación de un hecho del que ambos eran responsables.

—He perdido la cabeza como un adolescente, siempre lo uso. —A Aitana le encantó escucharlo—. Me hago revisiones cada seis meses, por el trabajo. Tratamos con gente de todo tipo, ya sabes...

—Estoy limpia —le tranquilizó.

—¿Riesgo de embarazo?

—Pastilla.

Tenía ovarios poliquísticos así que, al acabar la relación con Carlos, había seguido tomándola. Y también ella se hacía analíticas periódicas, dado su trabajo.

Entraron en el baño, abrió Alberto el grifo y, ya en la ducha, se enjabonaron, se acariciaron y se

lo tomaron con más calma. Aitana se permitió al fin probar su sabor bajo el chorro caliente del agua —fantasía que nunca había llevado a cabo porque su ex huía del agua templada, el muy capullo— y lo hicieron despacio, de espaldas, ella apoyada en la pared de la ducha. Fue lento, tortuoso e igual de bueno que el anterior.

Después se aclararon y se metieron en la cama, apenas secos, bromeando sobre las estadísticas de los accidentes en el cuarto de baño.

Capítulo 7

—¿Lograré convencerte para que te quedes a dormir, Aitana?

Acababan de meterse en la cama después de la ducha, estaba demasiado relajada para pensar, aunque no tenía intención de comprometerse a nada.

—No lo sé. Quizá consigas que me duerma y no tenga que tomar una decisión al respecto.

Notó en la tensión del cuerpo de Alberto que no le había gustado la respuesta.

—Ya. Me esforzaré, pues.

Le pasó el pulgar por la espalda y le besó la nuca, abrazándola sin agobiarla.

—Hmm, así vas por buen camino.

A pesar de estar sosegada no tenía sueño. Después de tan increíble sexo su mente estaba demasiado activa, recordando cada momento, para poder caer rendida entre las sábanas y dormir.

—¿Vives con tus padres? —escuchó a su espalda.

¿¡Qué!?, gritó su cabeza, incrédula. Amagó una carcajada.

—¿Vas a interrogarme?

—Solo sé de ti que te llamas Aitana. —No se justificaba, pero iba a preguntar de todas formas.

Así que aceptaba el juego, sonrió satisfecha.

—Vivo sola, pero acabo de llegar a Valencia después de casi diez años fuera.

—Fuera, ¿dónde?

No le daría el gusto de contestarle a todo. Sería su casa, pero no estaban en Jefatura y no se dejaría mangonear.

—Trabajando. Mi piso está todavía a medias.

Lo que no era del todo falso, aunque llamar piso a su ático de más de cien metros y otros tantos de terraza era, tal vez, un poco desatinado. Aun así, faltaba colgar tres o cuatro cuadros, comprar plantas, algún cojín... iría haciéndolo a ratos: era un hogar para siempre, no tenía prisa.

—¿Tan a medias como para no recibir visitas?

Para visitas de hombres siempre estará a medias, quiso contestarle. No le gustaba que invadieran su espacio. Menos aún cuando todavía no lo había personalizado del todo. Esas visitas podían merodear después, y sin aviso, para colmo de males. No le apetecía recibir sorpresas ni aunque vinieran envueltas en flores.

—Me gusta tu casa —le replicó con irreverencia.

Recibió a cambio de su bravuconada una palmada en el trasero. Firme, pero no dolorosa. Recordó haber admitido alguna más mientras la penetraba en la ducha y sonrió como una gata que ha descubierto un bol de nata. Mientras le excitara y no le hiciera daño...

—¿También te gusta mi coche?

En ese caso no necesitaba ser tan críptica.

—Tengo un coche llamativo, fue un regalo. A muchos les gusta mirarlo, a algunos les gusta rayarlo.

—Muy llamativo, pues. —No preguntó la marca ya que ella no había querido darla; imaginó un descapotable; tal vez un mercedes pequeño—. ¿Un regalo?

—No de un marido.

—¿Un novio de mucho tiempo, pues? No te tenses. —Y le acarició el pelo con afecto—. Eres tú quien ha hablado de otros hombres.

—Cierto —idiota, idiota por pensar en Carlos—. Aunque lo hubo —le concedió.

Alberto no sabía a qué estaban jugando, pero quería saber más de ella, quería saberlo todo. Y que no le preguntara de vuelta le fastidiaba. Pero no le hablaría de él, no le contaría nada que no quisiera saber por más que su orgullo se lamentase. No sabía si le concedía tiempo o es que estaba convencido de tenerlo.

—¿Voy a tener que arrancarte una confesión?

—¿Serías tan exhaustivo como con los grilletes? —Otra nalgada fue la respuesta—. Carlos, arquitecto, ocho años juntos. Un imbécil.

—¿Te dejó o le dejaste?

—¿Importa, acaso?

—Importa más cuando te dejan.

—¿Habla la experiencia?

No supo si le esquivaba o quería saberlo; aun así respondió.

—Nunca he tenido una relación importante.

La satisfizo. Ridículo siendo que ella había tenido una y que eso significaba, además, que le gustaba ir de flor en flor. Ella no tenía complejo ni intención de ser una margarita en su jardín.

—Pero sí te has enamorado. —No pudo evitar ser algo ríspida.

Afirmaba, así que no se molestó en confirmárselo. ¿Quién no se había enamorado alguna vez, después de todo?

—Y tú has regresado.

—Sí —claudicó—. Le dejé y pedí el traslado. ¿Satisfecho?

—¿De que estés aquí? Muy satisfecho. —Como para dejar claro que por «aquí» se refería a ese momento, la apretó contra su cuerpo; estaba comenzando a excitarse de nuevo, lo que la sorprendió. Claro que la semana anterior habían sido tres polvazos—. ¿De las pocas ganas que tienes de hablarme de ti? De eso en absoluto satisfecho —y remarcó, como dando a entender la distancia que ella imponía—: Doctora.

—Tampoco yo sé mucho de ti...

Ahí Alberto tenía que disentir. Rebatió:

—Eso no es cierto... y si no sabes más es porque no quieres. Veamos: sabes dónde vivo y en qué trabajo, mi barrio y mi coche, lo que debería decirte algo de mi economía. Has estado en mi casa: el otro día abriste mi nevera, una cien por cien de soltero...

—Y deportista.

—Y deportista. —Fruta, bebida isotónica y, sobre todo, nada graso—. ¿Haces deporte también tú?

—¿El sexo cuenta?

Otra palmada en el trasero.

—Has visto las fotos de mi casa, también...

—No me he fijado.

—Aitana, vas a acabar con el culo como un tomate de rojo —le advirtió, divertido—. Todas las fotografías son de mi familia en ocasiones especiales. Ninguna mujer: solo una, algo mayor pero preciosa, y se parece bastante a mí, por lo que habrás deducido que es mi madre. ¿Qué más? Has visto mi baño y no hay nada femenino en él, ni colonias, ni enseres de higiene... ni una mísera goma del pelo.

—Lo que me hace saber que no has llevado el pelo largo. ¡Vale, vale! —frenó su mano.

Un nacional no llevaba el pelo largo; cuestión de uniformidad.

—Nada femenino, hemos quedado.

—El mobiliario tampoco lo es.

Negros, marrones y algún naranja; buen gusto, calidad media.

—¿Lo que implica...?

—Que esta casa la has montado tú solo sin contar con una pareja. Y dada la antigüedad de la finca, entiendo que debes de haber estado aquí unos...

—Desde que tú te fuiste a...

La retó.

—Salamanca —confesó con fastidio.

—¿Ves cuánto sabes de mí, Sherlock?

Se echó a reír sin poder remediarlo.

—Si eres tan deductivo, no te dejaré entrar nunca en mi casa.

Estuvieron callados otro poco.

—¿Vas a decirme tu especialidad en Medicina?, ¿o ni siquiera eso podré conocer?

Sabía bien qué decir para no mentir. Llevaba años esquivando hablar directamente de su trabajo, evitando preguntas ridículas o, peor, morbosas.

—Anatomía.

—¿Anatomía?

—¿Patológica? —preguntó ella a modo de respuesta, también.

Se rindió. No le sacaría una sola respuesta que no quisiera darle. Chica dura, pensó con orgullo. Aunque era obvio que no quería que se conociesen.

¿Sería porque acababa de salir de una relación? Claro, que no tenía ni idea del tiempo desde la ruptura hasta el traslado, podían ser semanas o meses. Detestaba conjeturar. ¿Sería porque no quería mezclar trabajo y placer?

Porque él sí quería. Por primera vez no le importaba estar con alguien de su ámbito laboral. Entendió a Martín y sus reticencias iniciales con Laura hasta que se lanzó, tanto como entendió que se dejara llevar por lo inevitable llegado el momento.

Aquella mujer, Aitana Mendoza, le gustaba. Más que eso: le intrigaba, le excitaba y quería más. Solo el tiempo diría cuánto más.

El tiempo y ella, si tenía que apostar.

—Anatomía patológica, pues.

—Ajá —después de todo sus «pacientes» tenían anomalías.

—¿Y dirías —le conducía la mano hasta su miembro, henchido, mientras bajaba la voz hasta un susurro— que tengo alguna patología digna de ser estudiada, doctora?

Sentirlo excitado después de dos coitos le encantó. La hizo sentir sexi, poderosa, una diosa del sexo. Como no se había sentido con nadie más.

Aquel hombre sería su perdición.

—Pues no lo sé. Necesitaría un análisis más exhaustivo antes de dar un buen diagnóstico. ¿Me permites? —dijo mientras bajaba las sábanas, reptaba hasta media cama y se colocaba en la otra mitad, la cabeza entre las piernas de él.

—Por favor.

«¡Qué colaborador!», rio para sí.

—Todavía no supliques, aún no tiene mérito. —Lo miró con los ojos ya incandescentes—. Porque créeme que vas a suplicar lo que quieres.

Y bajó la cabeza para rodear un testículo con la boca. De la garganta masculina surgió un gemido, el primero de incontables que terminaron en ruegos muy específicos.

La escuchó a eso de las seis de la mañana, rayando el alba. Se quedó muy quieto mientras la oía salir de la habitación y vestirse en la entrada, donde la ropa había quedado olvidada.

Si no volvía a despedirse... si se iba sin más... no quiso jurarse que no volvería a tocarla, pero que se marchara como una delincuente antes de que amaneciese le pareció grave. Si además no se acercaba a la cama a darle algún tipo de adiós, el que fuera, habría consecuencias.

Estaba dilucidando cuáles cuando la escuchó entrar al dormitorio, descalza.

Se acercó a él, le acarició el cabello y se lo besó.

—¿Qué haré contigo, inspector? —la oyó susurrar.

Y se fue sin hacer ruido.

¿Que qué iba a hacer con él?, le pareció bonito. La pregunta le despertó mucha ternura.

Quizá comenzara a redactar una lista de todo lo que iban a hacer juntos, se animó. Aitana estaba, al parecer, tan atrapada como él en aquello.

«¿Despierta?»

Fue el wasap a Isabel nada más entrar en casa. Si no tenía guardia quitaba la voz a su móvil, así que lo enviaba con el convencimiento de no molestarla.

La respuesta fue una llamada.

—¿Qué tal fue anoche? —La voz, cantarina, pedía detalles.

—¿Habría vuelto a acostarme con él si no fuera fantástico hacerlo?

—¿Ha mejorado? Dime que no o me matarás de celos. —No obtuvo respuesta—. Mierda, estoy verde de envidia. Te odio ahora mismo. Bueno no, pero me caes fatal. ¿En serio?, ¿mejor que cuando lo definiste como una máquina del sexo?

—Ahora es un dios del sexo.

No la odiaba, pero su amiga hacía meses que no tenía una relación decente con nadie. Demasiado trabajo. ¿Era cruel restregarle que nada más llegar ella estuviera ya tirándose al guaperas de la discoteca?

—Mierda, mierda, mierda. Ahora sí te odio.

Rieron ambas. No, estaba contenta por Aitana sin más, como siempre había sido: sin comparaciones.

—¿Qué tal tu noche, Isa?

—¿Estaría respondiendo al teléfono si estuviera exhausta tras una noche de sexo extenuante? —el sarcasmo era evidente—. Déjame que te diga que tu amiga Laura y su novio, Llagaria, son fantásticos. —Había un pero en su tono, uno que no tardó en llegar—. El tal Moreno, en cambio, es un capullo.

Le sorprendió la vehemencia de su voz. Parecía que ahí no había bromas.

—¿Qué ocurrió?

—Le hizo un comentario tonto sobre anécdota de fallas...

—¿Lo del coche? ¡Isa!

—Tal vez no fue una buena idea —admitió sin arrepentimiento—, pero me perdonó la vida con la mirada y ya no volvió a hablarme. ¡Ni siquiera me pidió bailar! Y había pocos hombres esa noche. Martín, en cambio, se ocupó de que no estuviera parada. No baila tan mal, solo está aprendiendo. Eso sí es un caballero, no como el otro capullo.

Aitana emitió un chasquido con la lengua.

—Es una lástima, creo recordar que David estaba un rato bien.

—¿Me estás tanteando? —Isa estaba muy molesta, su voz la delataba.

—No, solo te recuerdo que es un rubio de metro ochenta con pedazo de hombros, ojazos, brazos estupendos...

Calló esperando una respuesta.

—Te dejas un culito prieto de infarto —se quejó, fastidiada.

—Así que te gusta...

—Es un capullo.

Volvieron a reír.

—Creí que habíamos vetado esa palabra.

—Llámalo capullo, llámalo imbécil.

—Bueno, imagino que coincidiréis más a menudo, así que supongo que acabaréis gustándoos.

—¿Qué?, ¿por qué?

—Porque es amigo de Alberto y salen juntos los fines de semana. —Isa entendió—. Y porque tú gustas a todo el mundo.

—No quiero gustarle.

—Y yo creo que la dama protesta demasiado.

Hamlet era la obra fetiche de Aitana para parafrasear.

—Dejemos el tema. ¿Así que ha aceptado el rol de solo sábados? Porque si vamos a seguir coincidiendo en discotecas es que no vais a quedar de forma expresa.

—Eso parece.

—¿Solo sábados noche? ¿Domingos no?

Aitana se dio cuenta de que no le había dado su número móvil y se arrepintió. Él no la llamaría sin su permiso. ¡Mierda!

—Tiempo al tiempo.

—Uno a la semana es triste.

—¿Cuántos pegas tú? —se defendió, muerta de la risa.

—Yo no tengo amante recién estrenado.

—Todavía —bostezó, agotada—. Dale tiempo al subinspector y me lo cuentas...

—Anda, métete en la cama, que estás muerta, y déjame dormir. Eso si la envidia me lo permite.

—Piensa en polis y tendrás dulces sueños, Isa.

Le colgó sin responder; mejor eso que enviarla a tomar por donde amargaban los pepinos.

¡Pues sí que le había dado duro con el tal Moreno!

Capítulo 8

Tres semanas después...

—¿Cuándo piensas avanzar en la relación con la forense?

La pregunta de David Moreno, a bocajarro, casi consiguió amargarle el bocadillo. Lo dejó en el plato y miró a su alrededor para asegurarse de que ninguno de los policías que también bajaban allí a tomar café le hubiese escuchado.

—¿Disculpa? —No logró sonar enfadado, muy a su pesar.

—No nos gusta hablar del curro durante el almuerzo si no es estrictamente necesario —se justificó el subinspector, aunque si Ríos estaba molesto no parecía preocuparle—, así que he pensado que podríamos hablar de ti.

—De mi vida amorosa, querrás decir. —Lo miró escéptico, casi malhumorado.

—Amorosa, sexual... —Se encogió de hombros el que trabajaba en Científica—. Eso es lo que te estoy preguntando, vaya.

—Así, rollo marujeo. No de los rumores de la nueva comisaría Gama en la calle Brasil mientras nosotros nos morimos de asco entre Jefatura y Zapadores...

—Eso es curro.

—Ni del Valencia siquiera —terminó su parrafada, algo estupefacto.

Ellos no solían hablar de asuntos personales, o no así, sin previo aviso, sin que el afectado sacara el tema a relucir.

—El Valencia entrará en UEFA este año, no en Champions, y eso si el Vila-Real no nos jode. Ese tema me deprime. —Recibió una mirada comprensiva, respondió aguijoneando—. ¿Qué?, ¿la doctora Mendoza te deprime a ti? Pues no has conocido a su amiguita...

—¿Quieres que hablemos de Isabel Cifuentes? —contraatacó.

Aquello, al menos, libraría a Alberto de una conversación que no sabía ni por dónde empezar. David hizo una mueca.

—Si de verdad puedo elegir, lo que quiero es que hagas algo que impida que tenga que ver a esa pelirroja cada sábado y ponerle buena cara.

—Por eso no tienes que preocuparte: no le pones buena cara.

—Pero la sigo viendo —su voz sonó frustrada—. Aparece en cada social como una bruja no invocada.

—¿Bruja o hechicera? Porque Isa está buena.

—Es insufrible.

Al menos tenía la decencia de no negarlo: la amiga de Aitana tenía un cuerpazo y unos ojos verdes enormes.

—No has cruzado diez frases con ella para ser tan tajante en tu opinión.

—No es necesario, para esas cosas tengo instinto.

—Mira, Moreno —cambió el tono para hacerle saber que ahora hablaba en serio—, si lo mío con la forense funciona, Laura y Martín y ella y yo quedaremos con frecuencia a bailar. Tú vienes desde hace años, somos grandes colegas, pero no pediré a Aitana que vete a su mejor amiga por ti cuando ambos podéis decidir que sois adultos y comportaros como tales.

David no quería comentar nada de la dichosa médico que se mostraba tan belicosa con él, todo porque hizo un comentario ridículo —porque pensado después, tampoco fue tan ofensivo— sobre el CNP. Así que regresó al tema inicial, a la extraña relación del inspector y la forense.

—Llegado el caso, seguro que esa bruja y yo alcanzamos una tregua. La cuestión es si crees que lo vuestro prosperará.

Alberto resopló, molesto con la situación, no con su compañero.

—No lo sé, pero ha pasado más de un mes desde que la conocí —no era necesario especificar que se acostó con ella esa misma noche— y esto no tiene visos de avanzar. Y lo peor es que dudo mucho de que haya una razón real para tanto distanciamiento. No me gustaría pensar que está jugando conmigo...

—Dile que quieres más. No, no me pongas cara de alucine, dile que quieres algo más que ser su polvo de sábado noche.

—¿Consejos en materia de romance, Moreno? Y ella también es el mío —replicó, molesto porque le hiciera parecer el consolador de Aitana—. Mi polvo de los sábados, quiero decir.

—No osaría hacer de consejero sentimental de nadie; cargo con un fracaso demasiado estrepitoso. —Era muy duro consigo mismo cuando se refería a lo que le ocurrió con Raquel.

El de Científica había pasado por una relación larga y difícil con una mujer. Empezó como un rollo, pero se prolongó tres años y se complicó en muchos momentos. Al final salió escaldado y decidido a darse un respiro —en el amor, nunca en el sexo— y, después, buscar a la mujer de su vida y estabilizarse a nivel emocional. El descanso duraba ya año y medio.

—Pues mira, en estos momentos creo que no me vendría mal una segunda opinión, seas o no un desastre. A fin de cuentas estás allí cuando coincidimos.

—¿Coincidís?—bromeó, antes de permitirse dar sus impresiones con tiento—. Yo también tengo la sensación de que la doctora Mendoza se lo ha tomado como una especie de juego y es una lástima, porque parece una mujer a tener muy en cuenta. No, no me mires así, como si vieras en mí a un rival. Aunque me gustara, que me gusta pero nada más, ella solo tiene ojos para ti. Sí, no pongas esa cara, no se ha fijado en otro hombre desde que te conoció. Llega a Asúcar, te busca y se acabó: solo existes tú. Bailáis un rato, os tomáis una copa, otro bailecito y a casa. Se le han

acercado otros y se ha limitado a ignorarlos.

—Lo sé.

—Quizá no sea un juego en el sentido de poco serio, tal vez la situación le resulte morbosa. O prefiera separar de manera muy firme el trabajo del placer. Como te digo, solo parece interesada en ti.

—Sí, lo está, pero solo sé que es mía los sábados. El resto de la semana podría estar liada con un futbolista, de ahí tanto secretismo. Uno de élite que se concentra antes del partido o juega fuera. O quizá no un futbolista profesional pero sí alguien que por razones laborales no estuviera en casa el sábado noche.

—No le des tantas vueltas; con que sea alguien a quien no le guste bailar pero confie en ella es suficiente.

Aquello no fueron palabras de ánimo, precisamente.

—¿La ves capaz de algo así?

—Parece una persona íntegra. Pero, como te digo, mi instinto con las mujeres es desastroso.

—Excepto con la doctora Cifuentes —no pudo evitar apostillar; que se frustraran ambos, al menos—. Con ella estás convencido de acertar en tu veredicto de bruja de aquelarre.

Moreno no quería entrar; hablaban de Ríos, no de él.

—¿Sigue sin darte su número?

—Sí.

—Pues este finde tienes guarida sábado tarde y domingo mañana. No te verá cuando te busque. Tal vez eso la espabile.

Era muy consciente de que ese fin de semana no la vería y le fastidiaba muchísimo no poder hacer nada al respecto aunque, en efecto, quizá le viniera bien no estar tan convencida de tenerlo siempre que lo deseara.

No sabía cómo abordarla. No se quedaba a dormir, iban siempre a su casa y seguían jugando a los desconocidos. Era incapaz de aproximarse a ella y no quería presionar demasiado.

Como dijera su compañero, Aitana era una mujer de las que valían la pena.

—Tal vez podría dejárselo caer; lo de la guardia. Acercarme a la Ciudad de la Justicia a por algún informe y comentárselo, a ver cómo reacciona. Cuando dije, el primer lunes, que iría el sábado a la disco apareció... tal vez...

—No tienes una razón de peso para ir, nos envía los informes por mail.

Cierto.

—Algo se me ocurrirá. Además, podría ser la autopsia de otro forense, no necesariamente una suya.

Lo que era difícil en extremo pues Aitana llevaba todos sus casos. Y Ríos no creía en las casualidades.

—Suerte con ello, te será complicado engañarla. Ahora, coñas aparte, hazlo y a ver si mueve ficha y avanzáis. Por mi parte, te aseguro que su amiga se convertirá en una bruja soportable si a ti

te va bien con la doctora Mendoza.

Demasiadas confesiones personales para un almuerzo, decidieron justo cuando la conversación y el bocadillo coincidían en su fin.

—¿Café? Los pido. —Levantó la mano al camarero, quien asintió; los conocía y sabía cómo los tomaban—. ¿Qué me dices de la alineación de anoche de Celades?

El Valencia CF había pasado la eliminación de la Copa del Rey frente a un grande, así que la conversación fluyó alegre.

Ríos llamó a la puerta del despacho de la doctora Mendoza —se recordó que Aitana era la mujer con la que bailaba y la forense aquella con la que trabajaba—, esperó el escueto «adelante» y entró.

La encontró frente al ordenador con un termo que contendría a saber qué en la mano, a punto de beber. Ni idea de qué mejunjes metían las mujeres en frascos para llevárselos al trabajo; alcohol seguro que no.

Ella detuvo el gesto al reconocerlo, renunció a dar un sorbo y le pidió con la mano que dijera lo que fuera. Su actitud no era muy alentadora.

La miró con calma: no llevaba la bata y sí un suéter de cuello ancho que resbalaba por los hombros enseñando las cintas de encaje de su sujetador. Adivinó unos vaqueros. Sabía que debajo de aquella especie de saco blanco solía llevar tejanos y unos zapatos de calidad, con el maquillaje justo, siempre muy natural. Nada que ver con la sofisticada mujer de los sábados. Y vislumbró en uno de los hombros una zona más oscura. Le costó disimular su satisfacción.

Solo la había visto arreglada en una vista, fue llamada a declarar en una instrucción, y lo hizo con un traje de chaqueta sin duda caro y sofisticado. Pretendía parecer profesional pero algo en su seriedad hizo que Alberto se excitase; quizá ser consciente de que era el único que sabía que, bajo tanta seriedad y pericia laboral, ardía una mujer apasionada que podía gemir y hundirle las uñas en la espalda. Hubiera dado el sueldo de un mes por quitarle el traje, arrancarle la camisa tan bien planchada, soltarle el moño bajo y follársela allí mismo, en la sala.

Volvió al presente, dejando sus fantasías para otro momento.

—Buenos días, doctora —la saludó.

—Inspector.

No le preguntó qué quería. Si bien cada noche de pasión era más caliente, cada conversación de trabajo se estaba tornando más fría.

Al final Llagaria iba a tener razón e iba a resultar que Ríos no sabía nada de mujeres. Entre nada y menos, para ser exactos.

—He venido por el informe del cuerpo hallado en el incendio.

Aquel cadáver había dado muchos problemas a Aitana y la había hecho pasar más de diez horas

en la morgue. Calcinada la víctima, había tenido que aplicarse en los huesos y la poca carne que restó para demostrar que el hombre recibió varias heridas de arma blanca antes de que las llamas lo consumiesen.

El resto era cosa de Homicidios.

—Lo tienes en tu buzón de correo —respondió lacónica.

—Supongo, ahora que lo dices. —Se encogió de hombros sin darle importancia—. No termino de acostumbrarme a que los envíes por email. Es más eficiente, más cómodo y aun así eres la única que lo hace.

Como piropo era una mierda, reconoció el inspector para sí. No había sido su intención halagarla, en menos de una semana ya se había dado cuenta de que no la ablandaría con buenas palabras.

—Si quieres copia del original, puedo imprimírtelo. El Amazonas no te lo agradecerá, pero...

A pesar de la ironía, su voz sonaba divertida, lo que consideró buena señal.

—No, no será necesario. Ya te he dicho que pasaba por delante de los juzgados y he parado. Antiguas costumbres.

—Ajá.

Ella no volvió a su teclado; se limitaba a mirarlo, esperando que dijera lo que fuera que le había hecho aparecer por su despacho sin necesidad alguna.

—Este finde tengo guardia; sábado tarde, domingo mañana —soltó de improviso.

Estaba harto de medirse, se dio cuenta. Que calculase ella las distancias. La vio levantar una ceja, gesto sin duda impostado.

—¿Y?

—Dado que el destino quiere que la pepa te traiga a ti mis casos, te lo hago saber.

Aitana valoró sus siguientes palabras. Estuvo tanto tiempo callada que temió que él se marchara sin decidirse ella a decir nada a tiempo. Al final le replicó con un mensaje idéntico.

—Yo tengo guardia el próximo sábado. Veinticuatro horas.

O sea, calcularon los dos al unísono, que no iban a verse hasta tres sábados más tarde; o no como amantes.

El móvil los sacó de sus pensamientos.

—¿Eso es el puto «Cara al sol»? —preguntó él, alucinado.

A Aitana le alivió que no le gustaran los clásicos fascistas.

—Me lo puso Isa y no sé quitarlo —se quejó, avergonzada, quitándole la voz.

—¿Suena cada vez que te llaman?

«No me extraña que no des tu número a nadie», quiso soltarle, pero estaba demasiado azorada con la melodía de la falange y se apiadó de ella, dejándolo pasar.

—No, solo con mi ex —le explicó de corrido.

El tono volvió a sonar; le quitó la voz de nuevo.

—Bueno, parece que te estoy molestando.

—¡No, no, por favor! —pidió Aitana, sin pensar.

Lo vio detenerse en la puerta. No quería que se marchara creyendo que tenía asuntos pendientes con Carlos, pero le dio la sensación de que se había excedido al pedirle que se quedara.

—¿Segura? —Y cabeceó hacia el teléfono, ahora callado.

—Sí. Quiero decir, que no lo cojo porque no me da la gana. No, eso suena mal... A lo que me refiero es a que no se lo cojo porque no es el momento. ¡No por ti!, es que no me interesa lo que tenga que decirme. Y eso suena como muy rencoroso. ¡Maldita sea, Ríos, di tú algo!

A pesar de su pésimo discurso, había humor en la forma en la que ella solita saltaba en su propio charco.

—Puedo quitarte el politono, si quieres —se ofreció, tan divertido como ella.

—¿Podrías? —y se lo tendió, desbloqueado—. Creo que la muy cabrona le ha puesto una clave o algo, ¡qué se yo! —Era la primera vez que le escuchaba una palabrota... al menos fuera de la cama—. No me llevo bien con esos trastos. —Señaló el teléfono.

A Alberto le costó menos de un minuto eliminarlo. En el fondo, reconoció, tenía un punto absurdo. Que no se le olvidara contárselo a David para que viera que su bruja pelirroja no carecía de sentido del humor; retorcido, pero lo tenía.

—¿Quieres que te ponga un sonido concreto para que sepas que es él?

—No, gracias. O sí —rectificó al punto—, ¿te importaría? Así no me molesto en buscar el móvil si es Carlos.

—¿Tan mal acabasteis? —preguntó mientras buscaba otro tono, que le mostró y que ella dio por bueno asintiendo—. Vale, te dejo este.

Bloqueó el aparato y se lo devolvió. No se sentó, no se fue.

—No acabamos mal, solo acabamos. —Apartó el teclado, dedicándole toda su atención—. Pero me llama a determinadas horas a modo de control. Quiere saber si estoy trabajando, los fines de semana llama temprano... especula sobre cómo es mi vida ahora que no puede dominarla.

El inspector se puso serio.

—¿Supone su actitud un problema serio?

—No, no. —No quería hacer parecer a Carlos un acosador—. Es solo un pelmazo.

Asintió Ríos.

—Si estás segura...

Tras un silencio incómodo, agradeció el envío informático de la autopsia, se disculpó por las molestias e iba a irse cuando lo interrumpió de nuevo.

—Gracias por quitarme la jodida cancioncilla.

Que supiera que ella, de facha, nada.

—Un placer. —Su tono fue bajo, casi susurrado.

—Eres un hombre de mil recursos.

La mirada que le dedicó Alberto hizo que a Aitana se le estrujara el estómago de deseo. Se le acercó por encima del escritorio. Ella no se movió, expectante, sin saber qué haría. Sintió sus

dedos por la clavícula y la carne se le erizó. La cubrió, hombro y escote, con el suéter, con una sonrisa lobuna en la boca.

—Tenías una marca indiscreta.

Era un mordisco suyo. La forense enrojeció al recordar el momento exacto en que se lo dio, justo cuando se corría, durante de un apasionado orgasmo.

—Como he dicho —ronroneó Aitana sin poder evitarlo—: eres un hombre de mil recursos.

—Y como he dicho yo, un placer. —Una tercera llamada de su ex rompió el momento—. No me importa que esté en Salamanca, ¿estás segura de que no hay peligro con él?

—Convencida.

—De acuerdo.

Y con un gesto se despidió.

Aitana lo alcanzó quince pasos después, en el pasillo. Le ofreció su móvil.

—¿Otra canción insidiosa? —rio.

—Tu número. —La miró sorprendido, sonrisa extinguida por el pasmo—. Y te devuelvo la llamada para que tengas el mío. —Seguía atónito—. Por si este fin de semana necesitas algo o yo el siguiente.

Salió de su asombro, marcó su número y le dio a la tecla de llamada. Su móvil sonó al instante, un tono frecuente, nada raro como en el caso de ella.

—Gracias. Estoy convencidísimo de que te necesitaré en algún momento del fin de semana. — La voz insinuante la hizo enrojecer.

Le devolvió el móvil y se marchó sin mirar atrás. No pretendía hacerse el interesante, solo evitar que viera su gesto de victoria. Acababa de ganar La Liga; ahora a por la Champions.

Entrando en el coche, ya en el *parking*, le sonó el wasap.

«¿El domingo a las seis, en Moon?»

Era ella, desde luego, citándole en la discoteca de salsa más concurrida durante los domingos.

«En mi casa» fue su respuesta. Y no puso en su cama por no excederse, pero era donde pensaba llevarla nada más la atrapara.

Sintiéndose un idiota, puso un emoticono de sonrisa, ese emoji tonto en el que la carita sonríe con los ojos cerrados y las mejillas enrojecidas.

Recibió a cambio un beso. Uno con corazón.

Arrancó y salió de los juzgados silbando.

Aitana canturreaba al mismo tiempo en su despacho.

Capítulo 9

Descansaban en la cama después de una sesión de calientes caricias y palabras ardientes que habían desembocado en un fantástico orgasmo, al que llegaron juntos sosteniéndose la mirada, reconociendo el placer en los ojos del otro.

Aitana reposaba de lado, relajada; Alberto estaba tumbado tras ella, rozándole la espalda con las yemas de los dedos unas veces, besándole la nuca y los hombros otras. Ella le acariciaba con mimo las fuertes pantorrillas con sus delicados pies.

—Todas las guardias de sábado deberían ser como esta —susurró.

Tenía que estar localizada veinticuatro horas, de ocho de la mañana del sábado hasta esa misma hora del domingo, cuando sería otro compañero quien le tomara el relevo. Si hacía seis días habían quedado el domingo por la tarde a iniciativa de ella —era él quien había trabajado durante aquel fin de semana—, esa vez había sido él quien le había pedido verse el sábado, siendo que no tenía obligación de permanecer en la Ciudad de la Justicia. Habían quedado a cenar en su casa, habían cocinado juntos y mantenido una larga sobremesa, contándose divertidas anécdotas sobre trabajo, ampliando su visita a algo más que sexo. Para Alberto había sido otra batalla ganada, aunque hubiera preferido salir a algún restaurante, pero Aitana se había negado sin más explicaciones que un «mejor algo íntimo». Se temía que no quisiera que los vieses juntos, pero después del domingo anterior, que también había sido diferente —vieron una película en casa, bailaron en el comedor varias bachatas y, por supuesto, hicieron el amor varias veces—, no quería correr demasiado.

Algo había cambiado desde que le diera su número de móvil. No en el trabajo, donde, a pesar de tutearse —¡después de mes y medio ya iba siendo hora!—, seguía manteniéndole las distancias; pero sí fuera del horario laboral. Aitana estaba más mimosa, más proclive a bromear, más charlatana... en resumen: la notaba más cercana que nunca. Alberto había dejado de sentir ser solo un polvo para ella.

—No solo las guardias deberían ser así —la corrigió, recorriéndole las cervicales con los labios, una mano apoyada en su pecho, acariciándolo con descuido—. Todos los días deberían ser como hoy.

—Ni una sola llamada en toda la tarde —lo ignoró, no queriendo entrar en aguas profundas; o lo que era lo mismo, su relación—. Aún falta mucho para las ocho de la mañana, pero con suerte

los delincuentes nos harán un favor y se estarán quietecitos.

—Siempre puedes dejar que el médico que acuda al lugar levante el cadáver.

Eso suponiendo que, en caso de que llegara un aviso desde la Sala del 091, se enviara una ambulancia al escenario del crimen.

—Quizá haya ocurrido ya y por eso no me han llamado...

Estiró la mano para coger el teléfono y comprobar que no había mensajes. De paso miró la hora: la una de la madrugada. Había ido a su casa poco antes de las siete; el tiempo se le pasaba volando con él. Le gustaba su compañía y le encantaba que la hiciera reír tan a menudo.

—Deja de mirarlo, te pone tensa.

Cierto, y quería seguir relajada allí, con él a su lado, en la cama, después de una tarde tan íntima.

—Llevo con el cuello rígido toda la semana. Entre el idiota de Rojas, a quien no le negaré la experiencia pero que pretende tutelar cada paso que doy, la cantidad de trabajo que entra y las reuniones informativas que no logro comprender, que ni que nuestros pacientes estuvieran vivos y necesitáramos de sesiones clínicas y que son a todas horas, estoy derrotada. —En su anterior destino se permitía una mejor autogestión del tiempo—. Si pudiera, cambiaría algunas cosas sobre las rutinas de trabajo, del mismo modo que avisaría al Instituto Forense de Salamanca de todo lo que aquí se hace mejor para que pudieran corregirlo. Pero no es mi tarea...

—Deberías dirigir tú el equipo.

No era un lisonja baldía, muchos compañeros de Jefatura preferían que fuera ella quien llevara sus casos dada su eficiencia. Si las dos primeras semanas había habido discordia sobre el hecho de que no leyera los atestados policiales antes de practicar la autopsia y de que no dejara entrar a nadie a su sala, durante el siguiente mes la rapidez, validez y seguridad en sus informes, sumada a la colaboración posterior y las facilidades que ofrecía para reunirse con los inspectores para debatir nuevas opciones a las que solía estar abierta, había supuesto que se convirtiera en la favorita del Cuerpo Nacional de Policía.

Mal que pesara a Alberto, que fuera preciosa había influenciado también a más de un compañero.

—Si me resiento solo con la tensión de una guardia de sábado, como para discutir con todo un equipo de hombres que hacen de su capa un sayo. ¡Que se las apañe Márquez! —Era el jefe e ignoraba cualquier problema salvo que le llegaran quejas del comisario de Homicidios, lo que rara vez ocurría.

—¿No quieres ascender?

No sabía por qué, pero la había imaginado ambiciosa en su carrera.

—Hago lo que me gusta —le explicó, encogiendo el hombro derecho con indiferencia—. Ser jefa significaría más burocracia y menos laboratorio. Cuando Márquez se jubile confío en que las cosas cambien, somos varios los que queremos un nuevo protocolo de trabajo más afín al vuestro. Es cuestión de tiempo.

Había dejado de acariciarle con la planta del pie y ya no recibía las caricias de buen grado, así que Alberto apartó las manos, resignado.

—Si va a ponerte tan rígida, entonces es mejor que no te postules a jefa, en efecto.

Aitana se dio cuenta de que, sin quererlo, se había apartado de él. Acercó su espalda al torso masculino y volvió a acoplarse contra él.

—Lo siento —se disculpó, sincera—. Creo que tu boca estaba, más o menos, en mi cuello —lo incitó a seguir.

Con una risotada, el inspector se apartó del cuerpo femenino.

—¡Alberto! —se quejó al verlo desaparecer.

Regresó con un bote en la mano y se sentó a su lado.

—Huele. —Lo acercó a su pequeña nariz.

—¡Qué pasada! —Volvió a olisquearlo—. ¿Qué es?

Leyó el frasco:

—Sakura: flor de cerezo japonés con leche de arroz. —Rompió el precinto; la había comprado para ella—. Túmbate, anda, y recógete el pelo. —Le dio un lápiz, también.

Se hizo un pequeño gurrño con el cabello, que sujetó con el lapicero de madera, y se tendió boca abajo.

—Deberías poner una toalla o algo similar —le advirtió—, lo mancharemos todo de crema.

—Cariño, la cama está sudada —había suficiencia en su voz; cierto orgullo masculino—. Las cambiaré mañana.

No supo Aitana que le causó más placer, si el estado de las sábanas o que la llamara «cariño». Era la primera vez y le había encantado.

—Así que no quieres mi perfume en tu almohada, ¿eh?

—Adoro sentir tu olor mientras me duermo, tanto que acabo cambiándolas para evitar masturbarme pensando en ti.

El estómago se le encogió de deseo al escucharle. Le maravillaba sentirse tan deseada, como si fuera incapaz de no tocarla cuando estaba cerca. Desde la semana anterior, además, había dejado de ser solo en la cama. En la cocina, en el sofá, mientras cenaban... había estado acariciándola todo el tiempo, dándole pequeños besos o mordisquitos, bromeando.

¡Se encontraba tan a gusto con él!

—Allá vamos —le escuchó decir.

Y sintió sus manos, grandes y suaves para ser las de un hombre, untar su cuello con la suntuosa crema y comenzar un masaje por nuca y hombros.

Se olvidó de la guardia, de que su relación con él, conforme mejoraba, podía complicarse, y se dejó frotar por todo el cuerpo: brazos, manos, piernas, pies —qué placer, por cierto—, para darse la vuelta a su indicación y que continuara por los muslos y los pechos.

No tardó en excitarse al sentir sus manos en las ingles, cada vez más cerca de su centro, tentándola, e intentó incorporarse para alcanzarlo, pero Alberto no se lo permitió: apartó el

frasco, se limpió las manos con la sábana y comenzó a rozarle el montículo de entre sus piernas con los dedos, haciendo pequeños círculos, antes de deslizarlos por el clítoris hasta hacerla gemir.

—Méteme el dedo, por favor —le pidió entre suspiros.

Siempre le hacía sonreír su corrección: incluso en los momentos más calientes pedía las cosas con educación.

—Todavía no...

A Aitana le ponía mucho que la penetrase con los dedos primero, lo sabía, se lo había indicado la primera noche sin reparos.

Bajó la boca donde antes habían estado sus manos y se dedicó a lamerla con suavidad al principio, cada vez con más ímpetu hasta succionar en el centro e introducirle la lengua.

—Alberto... Alberto... ahora. Por favor... no puedo...

Pero no se colocó sobre ella, se limitó a introducir el dedo corazón dentro de ella y a girarlo para friccionarle el punto G mientras succionaba con delicadeza su monte de venus.

El orgasmo fue arrollador. Gritó mientras se frotaba contra su boca, sollozando su nombre.

Cuando estaba ya relajada, él se levantó, fue al baño y le dio al agua fría de la ducha. Volvió poco después para encontrarla somnolienta. Se tendió a su lado.

—Tú no... —protestó, preocupada.

—Prefería verte disfrutar. Me encanta ver cómo te corres, pasas de preciosa a sublime.

¿Sabría él lo bien que le hacían sentir sus palabras?, ¿serían sinceras? Esperaba que sí, a fin de cuentas no podía quitarle las manos de encima y eso tenía que significar algo bueno, ¿no?

Se medio incorporó para acariciarle los pectorales.

—¿Quieres que...?

—Shh, descansa. —La tendió de nuevo con suavidad, besándole la punta de la nariz.

—Podría quedarme dormida para siempre.

—Quédate a dormir para siempre, entonces.

A pesar de que pretendía ser una broma era una invitación directa. La doctora suspiró.

—No quiero discutir, por favor.

—No lo hagamos, entonces —le concedió—. Solo hablemos, ¿de acuerdo? —La sintió asentir contra su cuerpo—. Necesito saberlo porque no entiendo tu actitud... Aitana, ¿hay alguien más?

La cuestión fue hecha con tiento, voz suave y susurrada, neutra, sin delaciones. Era solo eso: una pregunta. Y una justa dado que, en efecto, su comportamiento se basaba en la circunspección más exagerada.

Quizá fue la naturalidad con la que preguntó lo que significó que ella no se ofendiera; no se sintió acusada.

—No.

—No —repitió Alberto, confiando en escuchar algo más que eso.

—No, no hay nadie más. No hay nadie más porque, por un lado, no me gusta acostarme con

varias personas a la vez. Y no hay nadie más porque, por otro, no tengo tiempo material para ello. —Su voz se iba acelerando, así que se obligó a relajarse y a cogerle la mano antes de seguir, más cariñosa—. Y no hay nadie más porque me gusta esto. —Le tocó el pecho y se tocó el suyo, después—. Me gusta lo de «nosotros dos y nadie más».

No sabía qué esperaba escuchar, pero fue mucho más de lo que supuso. Satisfecho, le besó la coronilla.

—A mí también me gusta este «nosotros dos y nadie más». Me encanta, de hecho.

—Entonces, ¿tampoco hay nadie por tu parte?

Le dio una palmada en el trasero con cariño.

—¿Crees que me dejas con fuerzas para alguien que no seas tú? Me dejas seco, exhausto.

La risa de ella no se hizo esperar. La tranquilizó haber aclarado ese punto. No habían hablado de exclusividad, pero tampoco habían vuelto a utilizar preservativo desde la noche en que la ató a la barra de flexiones; que la ató por primera vez, se corrigió, pues habían repetido ya en un par de ocasiones.

—¿Que te dejas seco, dices? Eres un romántico —se burló.

—¿Crees que podría desear a otra mujer más de lo que te deseo a ti? —rectificó, más serio.

Caviló su respuesta, decidiendo ser honesta.

—Espero que no.

—Te lo confirmo: no. Nunca he deseado a una mujer como a ti, así que no necesito buscar a nadie porque contigo tengo todo lo que deseo y más.

A ella le dio miedo hablar de algo más que el plano físico. Poco a poco, se recordó. Estrenaba una vida diferente y no tenía necesidad de correr.

—Nos entendemos bien, ¿verdad? —dijo con voz insinuante, acercándose más a su cuerpo.

El sexo era cada vez mejor, lo que parecía imposible.

—Mucho —ronroneó Alberto.

Restregó su pubis contra el redondo trasero, excitado de nuevo.

Aitana quiso acariciarle la erección, pero le apartó la mano con firmeza. Al parecer la charla no había terminado.

—Entonces, ¿por qué nunca te quedas a dormir cuando vamos a bailar?

«Paso a paso», se dijo Alberto, «pero sin dejar de andar»; y ese día, por la razón que fuera, estaba abierta a una conversación, así que iba a aprovecharlo. Hablaría de los sábados y domingos y, una vez se comportaran como pareja los fines de semana, ya abordaría el tema del trabajo.

—¿Sinceramente? —le inquirió en tono serio ella.

—Por favor.

—No lo sé.

—¡Aitana!

—No, en serio, no te enfades. No es que no haya pensado en ello, ¡claro que lo he hecho!,

¿cómo no iba a reflexionar al respecto? Es que... tengo reparos, creo, aunque no estoy segura de cuáles son. No obstante, acabo de llegar a la ciudad, nueva casa, nuevo trabajo, nueva vida... y tú también eres nuevo. No quiero precipitarme y estropearlo todo.

—Ya... —atajó, escéptico.

Deseaba hacerse entender. Estaban hablando con calma, sin exigencias ni ganas de discutir; hacía años que no tenía una conversación adulta con un hombre y pretendía no fastidiarla ella.

—Lo digo de verdad. Me gusta esto, me encanta. —Era él quien le encantaba, pero no se atrevió a decirlo—. No quiero que el estrés de empezar de cero te haga ver lo peor de mí y me apartes de tu lado —terminó reconociendo.

El inspector quiso decirle que quería conocer lo peor de ella, también, que quería saberlo todo de ella. Pero prefirió no presionarla.

—De acuerdo.

—De acuerdo, ¿en serio? —dudó, incrédula.

Sin poder evitarlo, Ríos soltó una carcajada. Había tanta suspicacia en la voz femenina que se asemejaba a la de un delincuente al que soltaban por falta de pruebas.

—Iremos a tu ritmo. Despacio, si es lo que quieres. Sin embargo, déjame pedirte algo: que avancemos.

—No voy a quedarme a dormir durante una guardia, si te refieres a eso. Si llamaran no tendría...

—No hoy —la tranquilizó—. Ni mañana. Pero parecemos dos amantes clandestinos y tu casa bien podría ser una plantación de marihuana, por lo que sé de ella.

Ahora fue el turno de la forense de echarse a reír.

—Quizá haya sido un poco hermética.

—Tal vez.

Se quedaron en silencio un buen rato, temerosos de estropear el pacto recién firmado.

—Quizá mañana podríamos ir juntos a Moon a bailar; o a Ágora. Me recoges en mi casa... y tal vez podríamos tomar un bocata al salir, si el lunes no vas de mañanas.

—Voy toda la semana de tardes.

—Mañana pues. Te pasaré la ubicación.

Se giró a besarle y a acariciarle y acabó devolviéndole el placer que la forense disfrutara momentos antes. No porque se lo debiera, sino por la delicia de verlo arder por ella, de escucharle decir cuánto la deseaba y de hacerle suplicar por la culminación.

La tarde siguiente se truncó. A mediodía la madre del inspector comenzó a encontrarse mal y la llevaron al hospital. No parecía nada grave, pero dado que —según se enteró ella ese día— presentaba una valvulopatía de base, los cardiólogos decidieron dejarla en observación, al menos,

cuarenta y ocho horas para ver cómo evolucionaba; había ingresado a trescientas cincuenta pulsaciones, con fibrilación auricular, y seguía con taquicardias a pesar de la medicación administrada. Decidió pasar la noche en el hospital de la Nueva Fe con su madre y enviar a su padre a descansar; ya lo relevaría en la mañana.

Supo así Aitana que tenía otros tres hermanos, todos hombres. Él era el segundo; el tercero estaba también en el cuerpo, destinado en Castellón en la Sala del 091; el mayor era profesor de matemáticas, y el pequeño, cocinero.

Aitana se ofreció a cenar con él allí, pero Alberto se negó.

—No quiero dejarla sola en la habitación, Fernando me subirá un bocata antes de irse. Ni quiero que nuestra primera cita sea en la cafetería de La Fe.

Aitana hubiera cenado con él debajo de un puente en aquel momento, tan abatido lo notaba.

—Tal vez cuando mejore podríamos ir al restaurante de tu hermano...

—Estaría bien —se animó.

Solo escucharla le hacía sentir bien, así que estuvieron más de una hora al teléfono contándose naderías.

Cuando colgaron Aitana llamó a Isabel y le pidió que, al día siguiente, se pasara por la habitación 511. Como esperaba, su amiga se mostró muy colaboradora.

—Sé quién está de guardia esta noche en interna: Javi, es un buen colega y un excelente médico —le respondió—. Le pediré que se asegure de que todo va bien y de que tengan a Alberto informado. Y sí, mañana a primera hora me pasaré por allí, antes de que tu chico se marche, a ver qué tal ha ido la noche. Hablaré también con su cardiólogo.

—Gracias, vales un imperio.

—¿Todo bien, Aitana? Te noto preocupada. Seguro que no es nada, pero si quieres puedo llamar y preguntar por el cuadro médico actual.

—No es eso; de verdad que no. Te lo agradezco.

—¿Entonces?

Tenía la sensación estúpida de que ese debía de haber sido el primer día de algo nuevo y que se había estropeado, como si estuvieran gafados. Era estúpido, egoísta, y aun así no podía evitar sentirse decepcionada.

—Tengo ganas de estar con él —le confesó.

Isabel preguntó con tiento:

—¿Se lo has dicho?

—¡Claro que no! Ahora no está para mis tonterías.

—Pues díselo. —Era una aseveración que no admitía negativa alguna—. Le gustará saberlo.

Y colgó sin concederle siquiera el derecho a réplica.

Después de pensarlo mucho y de escribir varios mensajes que borró, finalmente se decidió por algo sincero, sencillo.

«Me encantaría poder pasar la noche contigo, abrazándote».

La respuesta tardó en llegar.

«Te echo de menos. Cada vez más».

Había un corazón justo después. Uno rojo, bien grande.

Tuvo que retener las ganas de decirle que le quería, que fue lo primero que le vino a la mente al ver el enorme corazón rojo latiendo en su pantalla.

No estaba segura de que fuera el momento, se reconvino.

Pero, por extraño que pareciera, de sus sentimientos no dudó.

Capítulo 10

Era miércoles. La madre de Alberto seguiría ingresada hasta el sábado, según Isabel. Mejoraba despacio, pero cada día estaba más fuerte. Había sido un buen susto, tendrían que cambiarle la medicación y reforzarla, plantearse incluso Sintrom, pero al parecer podría volver a hacer su vida normal; con todas las limitaciones anteriores, aunque ninguna nueva. Tardaría algunos meses en sentirse completamente recuperada, pero era lo habitual dada su lesión en la válvula mitral.

Según sabía Aitana, Alberto había dormido en el hospital desde el domingo. Al ir de tardes aquella semana, en cuanto acababa el turno se daba una ducha en Jefatura —lo que solía evitar como la peste, bromeó con ella, por cuestiones que no pensaba explicarle— y se iba a la clínica a sustituir a Fernando, el hermano que daba clases de matemáticas.

El pequeño, que era cocinero, no podría ir hasta el lunes, el día de descanso de su restaurante... pero Juanjo, el tercero, agente en Castellón, había cogido un par de días de permiso e iba a darle el relevo a Alberto. Si el fin de semana la madre volvía a casa, todos regresarían a su vida normal, pues el padre estaría descansado y era un hombre muy capaz.

—¿Qué tal has pasado la noche? —le preguntó Aitana con voz dulce.

Habían estado hablando a diario al menos tres veces, además de los wasaps. En tres días habían pasado de ser un rollito de sábados a parecer una pareja. De hecho se había ofrecido a ir a cenar con él por las noches, pero él había rechazado su propuesta insistiendo en que quería que su primera cena fuera especial, diferente, no en la cafetería de La Fe.

Dentro de ella se acrecentaba el temor a que no quisiera que los vieran juntos. Podía entenderlo, hacía menos de dos meses que se conocían y solo dos semanas antes se habían intercambiado sus números de teléfono. No tenía sentido conocer a nadie de su familia en esas circunstancias, pero le dolía el posible rechazo.

Entendía ahora que él hubiera podido sentirse igual de aislado frente a su hermetismo al principio de conocerse.

Ese fin de semana, o el siguiente si su madre seguía débil, le prepararía una cena en su ático. Prepararía algo exquisito, le encantaba la cocina y había hecho varios cursos, se arreglaría más que nunca, pero en plan seductor, nada demasiado provocativo, y sería la cita de una pareja que se gusta y se está descubriendo, no el encuentro de dos personas que quieren irse a la cama y nada más.

Le invitaría a pasar la noche, incluso.

—Pues la he pasado como las otras noches, el sofá cama es terrible pero al menos las habitaciones son individuales y no tengo que dormir en un sillón con otro paciente y su acompañante, que seguro que roncaría. —Había alegría en su voz, lo que la alegró también a ella. El nuevo hospital estaba mejor habilitado para los acompañantes—. Pero sobre todo mi madre ha descansado. Es la primera noche que duerme del tirón, que no se despierta porque se ahoga.

—Y supongo que lo sabes porque te las has pasado hasta el amanecer con los ojos abiertos — se compadeció.

Ojalá pudiera estar con él, abrazarlo.

—No creas, ocurre que tengo el sueño ligero. Si hace algún ruido me despierto, pero si todo va bien sigo durmiendo como si nada. Al final he descansado bastante.

—Me alegro. —No sabía qué más decirle.

—Esta tarde trabajo y ya no vuelvo al hospital. Juanjo va de mañanas, antes de las siete estará ya en casa de mis padres. No sé cómo habrá quedado con Fernando pero será él quien haga los dos siguientes días, el mayor irá a las horas de las comidas y entre clases. Su instituto está en la Cruz Cubierta de la calle San Vicente, le pillará cerca.

—Me alegro de que vayas a descansar en tu cama, al fin.

Se moría, en realidad, por proponerle que fuera a la suya. Que cogiera cuatro cosas y se fuera a su casa a dejar que ella lo cuidara. Podía pedir el viernes libre, ¿por qué no? Y si les apetecía, podrían salir a bailar el jueves.

—En honor a la verdad, hecho más de menos mi ducha.

—Yo tengo una bañera enorme —se atrevió a decir.

El silencio en la línea se hizo opresivo.

—Entra el doctor. —A Aitana le sonó a pretexto—. Lo hablamos después, ¿de acuerdo?

—Sí, claro. Ya me dices lo que os cuentan...

—Luego te escribo. Un beso.

Y colgó sin esperar respuesta. A ella se le quedó atascado en la garganta un «te quiero».

En el fondo no le sorprendió que casi se le escapara, aunque agradeció que no le hubiera dado oportunidad de confesárselo. No cuando pensaba que acababa de esquivarla y le había dicho que no iba a llamar, sino a escribirle.

Pensó en su relación, en su cabezonería de las primeras veces. Cada vez se le hacía más difícil no quedarse a dormir en su casa y tenía que recordarse más a menudo que quería ir despacio. Las últimas dos semanas había estado buscando razones durante la semana para enviarle wasaps, excusas tontas solo para saber de él. Tanto que hacía diez días que estaba dándole los buenos días y las buenas noches con el emoji de un beso con corazón.

Afortunadamente, también él le escribía en cuanto tenía un momento, aunque solo fuera para saber cómo iba su día. Le encantaba recibir sus mensajes, esperando sus emojis de besos, también. Isa afirmaba morir de envidia, tan enamorada la veía y tan convencida estaba de que

Alberto estaba loco por ella.

Ojalá no se equivocara. Si él no quería algo serio, algo *de verdad*, tenía la impresión de que se le iba a romper el corazón como no le ocurrió con Carlos, que apenas logró magullárselo.

Entradas ya las dos de la tarde avisaron de que venía un nuevo cadáver. Lo traía la pepa, habían calculado la llegada en menos de media hora. Científica había tenido que emplearse a fondo. Sabiendo que, con toda probabilidad, asignarían el caso al inspector Ríos, lo incorporó a sus expedientes aunque fuera tarde. No tenía nada planeado para esa tarde y prefería trabajar a pensar. Estaba saliendo de su despacho cuando Márquez, su jefe, la interceptó en la puerta.

—He visto que vas a hacer la autopsia del cuerpo que llega ahora. —Miró el reloj significativamente, su turno acababa en cuarenta y cinco minutos.

—No me importa la hora, me dirigía a comer algo rápido en la cafetería para poder emplearme a fondo cuando llegue.

—¿Has echado una ojeada al expediente?

—No, no acostumbro a dejarme guiar por las impresiones del CNP, prefiero tener la mente a cero cuando comienzo el examen.

—Creo que deberías mirar este antes de decidirte a quedártelo.

En ese momento llegó Rojas. Por primera vez la miró preocupado y al rostro, no con deseo y a su escote.

—Mendoza, acabo de ver que te han designado el caso que está al llegar... ¿estás segura? No me importa quedarme yo esta tarde a hacerlo.

¿Qué demonios ocurría? No podía ser un familiar suyo, la ley no permitía que practicaran autopsias a parientes de hasta cuarto grado de consanguinidad o segundo de afinidad. Y entre ellos procuraban evitarse a amigos íntimos.

—¿Qué me estoy perdiendo?

—¿No has visto el informe?

—¿El informe?, ¿o el nombre de la víctima? —preguntó nerviosa.

—El informe. —Márquez se lo tendió, era de la vieja escuela, lo imprimía todo.

A pesar de confirmarle que no conocía a la víctima, su cara seguía reflejando preocupación. Ignoró la literatura policial y fue directa a las fotos. El estómago se le revolvió y sintió que las piernas le temblaban. No era el primer caso que llevaba en el que la finada era una mujer con la que algún desalmado se había ensañado, pero nunca había visto algo así... algo tan... tan... ¡maldito cabrón!

—¿Tienen ya al hijo de perra que ha hecho esto? Decidme que no se ha suicidado después, que ira a prisión para que el resto de presos le enseñen que a las mujeres y a los niños se los respeta.

También a los hombres, claro, pero no era a eso a lo que se refería.

En las cárceles existían códigos de honor entre los presos, no era lo mismo haber robado un banco que haber abusado de un niño o apalizado a una mujer. E imponían sus propios castigos, también. Aquel malnacido merecía todo lo que llegaran a hacerle y más.

—No hay nada.

—¿Nada? Una denuncia, una llamada que rastrear, ¿algo útil? —A pesar de que el silencio era una respuesta clara, repitió—: ¿Absolutamente nada? —Los vio negar con pesar.

—Nada de momento, pero es pronto para sacar conclusiones. La policía está trabajando en ello. Imagino que hablarán también con la Local, con la unidad Gama de Valencia, el grupo de atención a los malos tratos, a ver si presentó alguna denuncia allí o pidió asistencia, al menos.

—No importa, ese cabrón habrá dejado rastros suyos por todas partes, entre unos y otros lo encontraremos —terminó con resolución.

—Aitana —la voz de Márquez era suave—, no dudo de tu capacidad, pero eres la única mujer del departamento de Medicina Legal y este apunta a un caso de violencia de género. Y si no, es sin duda un crimen macabro contra una mujer. Insisto: no creo que tu convicción juegue en tu contra, pero no tienes que hacerlo si no quieres. No necesitas pasar un mal trago.

—Somos compañeros —continuó Rojas—, nos ayudamos los unos a los otros. Puedo asistirte, si quieres, o sustituirte incluso. Es tú decisión y la acataremos, pero piénsalo bien, por favor.

Por primera vez le cayó bien y sintió respeto por aquel doctor en concreto. Sin embargo quería aquel caso, quería encontrar al desgraciado de turno. Sería un lujo personal, no un éxito profesional.

—Si estás tan segura como parece, entonces adelante. —Le concedió su jefe—. Te llevará gran parte de la tarde e, imagino, te afectará aunque no lo quieras, como nos afectan a todos en especial los casos de menores. Tómate el día libre mañana, por las horas que sin duda echarás hoy. Y si quieres el viernes, avisa; es más, te lo recomiendo. Haz el informe, vete a casa cuando sea y el lunes a primera hora hablamos un rato. ¿Te parece?

Le emocionó lo indecible sentirse tan arropada por el equipo de forenses. Se sintió por primera vez parte de ellos, como si hubiera encontrado su lugar en el trabajo al igual que lo había hallado ya en el ático, que había convertido en su hogar.

Y como había descubierto, también, su pequeño espacio íntimo y personal entre los brazos de Alberto.

Alberto entró a las tres en punto a trabajar y lo primero que encontró en la mesa fue el caso de la mujer asesinada. Con una palabrota comenzó a leer el expediente de Científica. No habían hallado nada incriminatorio en el descampado donde fue hallada, pero el rocío de la noche anterior jugaba en su contra. Informática forense estaba con el móvil y el ordenador, que habían incautado de su domicilio. Científica había sido muy concienzuda en el registro y estaban con las huellas.

Medicina Legal... soltó otro taco. ¿Por qué tenía que hacer ella la autopsia? Estaría a punto de marcharse cuando llegaron los servicios funerarios, lo podía coger alguien de la tarde, no necesitaba pringarse en un caso tan duro.

Quiso ir a los juzgados a buscarla, pero sabía que no le gustaba que la interrumpieran mientras trabajaba y no estaba seguro de que su visita fuera bien recibida.

En la última semana, desde el sábado en concreto, todo parecía haber cambiado. Eran casi una pareja. Seguía conociendo poco de ella pero Aitana se había comprometido a abrirse y estaba seguro de que si su madre no llega a caer enferma ya sabría dónde vivía y, quién sabía, quizá hubiera subido a su casa.

Quería pasar una noche entera con ella; no, no era eso exactamente: quería que ella deseara pasar toda una noche con él, despertar a su lado.

Se dejó de ensoñaciones, le mandó un correo electrónico confirmándole que era el inspector al cargo del homicidio y que, si era posible, en cuanto pudiera le llamara con las primeras impresiones antes de enviarle el informe.

Tenía un montón de tareas por delante. Reunió a su equipo y comenzaron el trabajo básico de campo: preguntar a los vecinos, a la familia, y esperar que Científica comenzara a volcar buenas noticias en Bincipol.

Sentía ganas de soltar el instrumental, apagar la grabadora y echarse a llorar de pura frustración.

Nada. No había encontrado nada. Tenía la hora aproximada de la muerte, la causa, clasificados los tipos de lesiones... pero no había hallado en el cadáver ni en la ropa ningún cuerpo extraño, ajeno a la víctima.

¿Cómo era posible?

Científica había realizado un trabajo impecable: habían envuelto las manos a conciencia, así como cubierto la zona perineal, para evitar contaminaciones y que cualquier vestigio que hubiera podido quedar bajo las uñas o cualquier residuo de relación sexual —consentida o no— no solo se mantuviera, sino que fuera certera y no pudiera ser rechazada por un tribunal.

Pero no había nada, se repitió, ¡nada!

¿Acaso ella no se defendió? ¿Iba el asesino cubierto con guantes, un mono y un gorro tipo ducha? La imagen le recordó a cómo se vestían ellos mismos para no corromper el escenario de un crimen.

Dejó el cuerpo y regresó a la ropa. Tenía que haber pasado algo por alto.

—Doctora Mendoza —la llamó alguien del equipo—, tal vez debería tomarse un descanso, lleva...

—No necesito descansar —incluso a ella su voz le sonó tan cansada como desesperada—, solo quiero encontrar lo que sea que se dejó el desgraciado en ella. No es posible tocarla y que no

cayera ni un solo pelo en ella.

—¿Quizá era calvo? —preguntó a modo de tentativa uno de los técnicos forenses.

—Debería de estar en un tratamiento de quimioterapia para no tener nada de bello en el cuerpo, y en ese caso estaría demasiado débil para una mujer de su peso y tamaño. ¿Ni una pestaña?, ¿ni vello púbico siendo que hay claras marcas de abusos sexuales? ¡Venga ya!, es ridículo. Ni siquiera hay piel bajo las uñas.

—¿La durmió?

—Estoy a la espera de los resultados de toxicología del laboratorio, pero lo dudo mucho. —Se encogió de hombros.

Ya no sabía qué pensar. ¿Qué sentido tenía dormir a una mujer y violarla para intentar descuartizarla después?

—¿Sabemos algo de la escena del crimen? ¿Quién levantó el cadáver? ¿Restos de sangre, algo?

—Fue en un descampado.

—¡Joder! —gritó, ya frustrada—. No movieron el cuerpo, las livideces cadavéricas no están difuminadas.

En ese momento entró su jefe y la tomó por los hombros.

—Mendoza, es suficiente por hoy. Vete a casa. Llevas casi siete horas con esto, más las siete horas de tu horario. —«¿Tanto tiempo?», se preguntó. Eso explicaría que su mente ya no diera más de sí—. Deja que el compañero de guardia repase tu trabajo. No, tú ya has hecho lo esencial y has descartado muchas cosas, pero a veces cuatro ojos ven lo que no pueden ver dos.

Suspirando, apagó la grabadora, comprobó que todas sus impresiones habían sido taquígrafadas en el ordenador y cerró tal cual el informe; lo aparcó, en realidad.

—Mañana...

—Hasta el lunes no quiero verte. Hoy has doblado turno y el viernes tienes fiesta. Gómez acabará tu informe, envíale lo que tienes tal cual.

—Vale —se resignó, agradecida en el fondo.

Después de todo, se sentía una inútil.

Márquez pidió al equipo que recogiera el instrumental, agradeció a todos el esfuerzo y la acompañó afuera.

—Vete a casa, Aitana.

Sabía que su jefe tenía una hija de su edad, suponía que por eso se preocupaba tanto por ella, porque se la recordaba en cierto modo. En aquel momento lo agradeció muchísimo.

—Voy al despacho a por mi bolso y un par de cosas y me marcho. Prometido —insistió ante la mirada sospechosa de su jefe—. Pero, por favor, mantenedme al tanto.

—Desde luego.

La dejó ir.

Cuando entró en su oficina tenía una visita inesperada: Alberto se levantó nada más verla y su cara reflejó preocupación. Supuso Aitana que debía de estar viendo a una mujer desesperada, que

era como se sentía.

—¿Qué haces aquí?

—No habías respondido a mis correos ni a los wasaps y me preocupé.

—¿Tenéis algo?

—Estamos en ello.

—Yo llevo siete horas y no he conseguido... no he encontrado...

Sin poder remediarlo, se echó a llorar. Antes de que cayera la primera lágrima estaba envuelta en sus brazos. Echó los suyos al cuello del inspector y soltó toda la frustración y la pena que tenía dentro.

No supo cuánto tiempo estuvo así, sollozando abrazada a él. Cuando se tranquilizó se encontró débil, agotada.

—Creo que será mejor que me marche a casa. Márquez me ha dado libre hasta el lunes —dijo con tristeza, como si fuera un castigo a su ineptitud.

—Vamos —le tendió su bolso y la sacó del despacho.

Vio que llevaba una bolsa de deporte. La del hospital, supuso ella. Entraron en el ascensor y ella pulsó el segundo sótano, donde había aparcado.

—Las llaves de tu coche, por favor —le pidió con suavidad, tendiendo la mano.

La forense no estaba acostumbrada a que la trataran como si fuera de cristal, como si no pudiera conducir o llegar sola a casa sin necesidad de custodia. En otro momento tal vez se hubiera ofendido, sin embargo notaba el cuerpo tan cansado que le pesaba y se sentía emocionalmente exhausta. Así que le tendió la tarjeta de arranque sin protestar.

Ríos la tomó sin hacer preguntas, era negra y dorada, sin distintivos de marca.

Se abrieron las puertas del elevador y llegaron al *parking*.

—¿Qué coche es?

—El H2 —respondió, señalando un Hummer negro, enorme.

Alberto levantó las cejas, sorprendido. Ahora entendía que no le gustara salir con el coche por la ciudad. El todoterreno debía costar, por otro lado, lo mismo que su piso en Algirós.

—Tuve un accidente de tráfico hace menos de un año. Fue un golpe tonto pero mis padres se agobiaron mucho ante la idea de que volviera a ocurrir y me lo compraron por sorpresa. Antes llevaba un X5, que tampoco estaba mal y era duro, pero decidieron que este era el más seguro. Había sido de mi madre, el BMW, me refiero —hablaba por inercia, sin medir lo que decía—. Nunca me he comprado un coche propio. Supongo que eso no dice mucho en mi favor.

Al parecer la familia Mendoza tenía dinero, concluyó él.

Le abrió la puerta lateral, la ayudó a sentarse y cogió el bolso y su macuto y los dejó en el asiento de atrás. Dio la vuelta al vehículo hasta la puerta del conductor y se introdujo en el coche.

Se sintió extraño allí dentro, era la derivación de un vehículo militar en versión lujo, un auténtico cochazo.

Metió la tarjeta y el motor rugió. Miró el cambio, automático, comprobó los retrovisores y que

conociera cada mando, desde intermitentes hasta el limpia, y solo entonces metió la marcha y salieron.

—¿Dirección?

—Calle Libreros, ¿la conoces?

—¿Al lado de la Bolsa?

Era una zona céntrica, muy cara. A juego con su coche.

—Justo enfrente, era la casa de mi abuela. —Tenía la cabeza apoyada en la ventanilla y le recordó a una niña desconsolada—. Es zona peatonal, tienes la autorización de entrada en... —No tenía ganas de explicarse, así que activó un botón en el techo y se abrió un pequeño, discreto compartimento—. Aquí —se la dejó en el salpicadero—. Es el número 5.

Hicieron el viaje en silencio. Cuando llegaron al destino detuvo el coche y la miró, interrogante. Aitana volvió a abrir el cajoncito del techo y sacó un mando a distancia. Se abrió la puerta de un garaje.

—Plazas 10 y 11.

—¿Necesitas dos plazas? —se burló con cariño, refiriéndose al tamaño tanque del todoterreno.

—No, son muy amplias —estaba tan cansada que ni siquiera entendió la broma—. Fue una ocasión y lo hicimos por comodidad. Si algún día no vivo sola...

Y calló. Era un tema que no quería abordar.

Alberto aparcó e hizo lo mismo que en los juzgados, pero en sentido contrario. Cogió el petate y su bolso del asiento trasero primero y le abrió después la puerta, ayudándola a bajar. Aitana se cogió a su cintura, apoyándose en él.

Llegaron al ascensor y pulsó el último número. Las puertas se abrieron y el inspector, acostumbrado a evaluarlo todo, pudo ver que había una sola puerta en la planta, así que, según el tamaño de la fachada, la casa debía de ser bastante grande.

Le entregó el bolso y le pidió las llaves. Le abrió la puerta y se quedó en el umbral, indeciso.

—Pasa, por favor —lo invitó Aitana, sin mirar atrás siquiera.

Eso hizo. Y tal como entró dejó su bolsa en el suelo y obvió todo lo que no fuera ella. La cogió en brazos y le preguntó.

—¿El baño? Creo que tenías una bañera enorme que ahora mismo es justo lo que necesitas.

Capítulo 11

La dejó sentada en una silla estilo Luis XIV de metacrilato transparente que había en el cuarto de baño. Se trataba de una sala espaciosa, con una ducha amplia y la bañera situada en un lateral de la estancia, mas no pegada a la pared. Era como una de esas tinas antiguas pero de diseño actual, enorme como ella le dijera esa mañana, y muy sugerente. No sabía por qué, pero le resultó supererótica. Cabían los dos y pensó en todo lo que podrían hacer allí dentro. Pero no esa noche.

La presión era fuerte. El grifo tenía un medidor de temperatura , así que la puso a 38 grados y lo abrió. La bañera comenzó a llenarse con rapidez.

Se quitó los zapatos, los calcetines y la camisa, quedando desnudo de cintura para arriba.

—¿Sales de baño? —le preguntó.

Aitana no contestó, solo señaló una de las puertas del armario. Abrió y encontró montones de cremas, maquillaje, botecitos de cosas que no sabía para qué podrían servir... y un frasco grande con piedrecitas violetas dentro. Lo sacó, miró la etiqueta, comprobó que era, en efecto, lo que buscaba y vertió una cantidad algo exagerada. El olor a lavanda impregnó la habitación.

Después se dedicó a ella. Se arrodilló y le quitó los zapatos y las medias, masajeando con suavidad los pies hasta escucharla gemir de placer. Retiró la chaqueta, le alzó los brazos y le sacó el suéter que llevaba. Aprovechó para quitarle el sujetador y acariciar con mimo las zonas marcadas por la presión. Le pidió que se levantara y le sacó los vaqueros y el tanga a la vez, tirando con seguridad de las prendas.

Dejó para el final los pendientes. Tenía práctica en retirar piercings y otros artilugios a detenidos, no le fue difícil.

Una vez desnuda, la cogió en brazos y la sumergió en la tina. Un ligero suspiro brotó de su garganta al verse cubierta por el agua.

Alberto se colocó tras ella y buscó el champú. No le sorprendió encontrar tres diferentes, así que los abrió y olió, eligió el que más le gustaba y se puso una cantidad generosa en las manos, decidido a lavarle el pelo.

Le encantaba su suave melena negra, tan larga y sedosa. Le masajeó el cuero cabelludo y el cráneo con dedos firmes, intentando extraer de su mente cualquier pensamiento. Un rato después repitió la operación con los geles, escogió uno con olor a jazmín y empapó la esponja con agua y el aromático jabón.

Comenzó por el cuello y los hombros y siguió por los brazos con movimientos circulares. A pesar del cansancio Aitana colaboraba. Todavía detrás, le llenó los pechos de espuma y los frotó con paciencia hasta sentir que comenzaba a excitarse.

Fue ella quien se puso en pie dentro de la tina sin que se lo pidiera, dándole acceso a su espalda y sus nalgas, que Alberto frotó deteniéndose en ambas más tiempo del debido, abandonándolas cuando temió no poder terminar su tarea. Bajó por las piernas y le fue ofrecido primero un pie y después el otro.

Iba a desplazarse cuando Aitana se dio la vuelta. Verla desnuda frente a él, la unión de sus muslos frente a sus ojos, hizo que su ligera erección se tornara firme.

—Eres preciosa —le susurró, bajando la esponja por el ombligo hasta el centro de sus piernas, donde se recreó hasta que ella echó las caderas hacia delante, buscando una mayor fricción. Se apartó entonces él, le lavó el resto del cuerpo y la invitó a sentarse de nuevo a su espalda.

Le aclaró el pelo con las manos, un trabajo precario que habría que terminar en la ducha un poco más tarde, aunque no le importó arrojar pequeños puñados sobre su cabeza. Al cabo de un rato sus manos olvidaron la melena y descendieron hasta sus pezones, que pellizaron y acariciaron. Fue la forense quien le tomó la mano derecha y la sumergió en el agua, llevándola directamente a su clítoris.

El inspector no se hizo de rogar. Acarició la pequeña protuberancia con la presión perfecta, la que había aprendido que le daba más placer. Sin deseos de llevarla al límite, no ese día, bajó un poco más la mano e introdujo dos dedos dentro de ella. Estaba ya más que preparada para él.

—Entra en la bañera conmigo —le pidió con voz ronca.

—Shh, relájate y disfruta —la animó, al tiempo que separaba un poco los dedos que la penetraban, uno de los cuales se concentró en el punto rugoso ubicado en la pared vaginal frontal, y presionó con fuerza mientras con el otro acariciaba la parte de arriba; el pulgar le frotaba el monte de venus.

En menos de un minuto la escuchó gritar y notó cómo sus músculos internos presionaban sus dedos al alcanzar el orgasmo.

Salió de su cuerpo y se dedicó a acariciarle el cuello con delicadeza. No supo cuánto tiempo estuvo así, consagrándose a su piel. Tuvo la impresión de que se estaba quedando dormida así que abrió la ducha y dio al agua caliente, se quitó los pantalones y la ropa interior, volvió a por ella, la tomó en brazos y, dejando un reguero de agua que no les importó a ninguno de los dos, la metió bajo el potente chorro y terminó de aclararla.

La sacó del cubículo cubierto por una mampara transparente, la envolvió en una toalla y volvió a sentarla en la silla. Entró él de nuevo y se dio una agua rápida a baja temperatura, refrescando su libido, que estaba ardiendo.

Salió, tomó él una toalla más pequeña, se quitó la humedad y se dedicó a seguir cuidándola.

—¿Secador?

Lo encontró en el otro lado del armario. Le secó el pelo y se lo cepilló después hasta dejarlo

brillante. Aitana no dejaba de mirarle y de sonreír con ternura, intentando no dejarse vencer por el sueño, como si no quisiera perderse ni un solo instante.

La puso en pie y fue ella quien se puso desodorante y perfume. Cogió la crema corporal, pero Ríos se la quitó de las manos.

—Mi privilegio —ronroneó.

La llevó a la cama en brazos una vez más, apartó la colcha y la sábana de arriba, la tendió sobre la bajera y, como ya hiciera otra vez, le dio un suave masaje.

Poco después, escuchó su respiración regular, baja: el sueño se la había robado.

Buscó en su petate unos calzoncillos limpios, se permitió meter la ropa que llevaba en la lavadora, abrió la nevera y la armariada de la cocina y preparó una cena ligera con lo que encontró.

Dio con una bandeja y regresó cuarenta minutos más tarde, justo después de pasar su ropa a la secadora.

Aprovechó también para darle una vuelta a la casa: estaba amueblada con mucho gusto y piezas de gran calidad; había litografías; pequeñas figuras que, imaginó, serían esculturas exclusivas; un tapiz que escenificaba un cuadro de Miró... La parte lujosa se mezclaba con cojines y mantas de colores cálidos de tiendas *low cost*, con algunas plantas de interior y, sobre todo, con el precioso bonsái que gobernaba la mesa principal. El parqué del suelo parecía de calidad, tanta como el mármol de los baños. Lo que le enamoró, sin embargo, fue la terraza. Había caído ya el sol y la luna apenas iluminaba un espacio enorme en el que se adivinaba una parte cubierta con lo que parecía teka y, bajo esta, una mesa y cuatro sillas del mismo material y almohadones blancos bien acolchados, otra al descubierto con un par de tumbonas a conjunto con los otros muebles de exterior y un montón de plantas con flores en maceteros de madera de estilo rústico.

Desayunar allí los fines de semana debía de ser un lujo al alcance de pocos. Era una zona tranquila, apenas había tráfico y no se escuchaba ningún ruido.

Aitana era una privilegiada con una casa de ensueño.

La despertó el olor a comida. Abrió los ojos para encontrar a Alberto en calzoncillos sobre su cama con una bandeja en la mano. Con una sonrisa le pidió que se apartara un segundo, fue a la barra situada al final del colchón, un estante de madera alto y con patas que parecía una especie de pie de cama, y tiró de él hasta colocarlo a un metro del cabezal, más o menos.

El banco se convirtió así en una mesa ideal para cenar sin tener que salir de la habitación ni hacer equilibrios con las bandejas.

—Es cómodo —apreció él.

—Huele que alimenta —respondió ella.

—He hecho lo que he podido: tengo que advertirte que te he registrado media cocina.

Se encogió de hombros, como si no le importara. En verdad le daba completamente igual.

—Hmm: pan tostado, grisines, *hummus* de dos tipos, un plato con quesos y patés, una ensalada *caprese*, salmón ahumado... De repente estoy famélica.

Cogieron de la bandeja que había quedado sobre la mesilla de noche la botella de agua y un par de vasos, los cubiertos y las servilletas, y comenzaron a rendir cuentas a su ágape privado.

—Tienes una casa preciosa —comentó de pasada Alberto.

—Espera a verla durante el día: la terraza está orientada al oeste y tiene luz solar toda la tarde. Por la mañana, en cambio, es mejor la cocina.

—¿También fue un regalo de tus padres?

No había censura en su tono, solo curiosidad. No la hizo sentirse incómoda ni una niña mimada.

—De mi abuela. Vivió aquí desde que se casó hasta el día de su muerte. Mi madre la reformó y me la quedé yo. Mi hermano se quedó el chalé de la montaña, y mis padres la villa de la playa. — No esperó a que le preguntara—. Mi padre es notario, mi madre registradora. Mis abuelos, los paternos y los maternos, eran afines al régimen. Venían de familias importantes, una con un marquesado que se quedó el hermano mayor de mi madre, la paterna conformada por altos rangos militares. Siempre hemos tenido dinero y propiedades. Mi hermano, de hecho, es también notario y vive mejor que quiere. Yo preferí la Medicina.

—¿Esperaban que te hicieras cirujana o algo así?

Se echó a reír.

—¿Por qué todo el mundo cree que los cirujanos son los médicos más importantes? A los traumatólogos, dentro del gremio, los consideramos casi carpinteros.

Ahora fue él quien soltó una carcajada.

—Debe de ser por la televisión. A nosotros nos llaman detectives.

Se miraron con cariño, de nuevo.

—Mis padres hubieran elegido otra especialidad para mí por dos razones: era más difícil una plaza en el Ministerio de Justicia que en el de Sanidad... —calló, creyendo obvia la segunda.

—¿La otra razón?

—Es sencilla, supongo: no tengo pacientes, trabajo con cadáveres. Muertes violentas muchas veces. Me quieren y les encantaría poder ahorrármelo.

Cerca estuvo de decirle que a él le ocurría lo mismo: que la quería y que le encantaría haberle ahorrado, por ejemplo, el mal trago de aquella tarde.

—Es comprensible —dijo, en cambio.

—Hablando de eso, ¿qué sabéis de...?

—No —la interrumpió—. Estamos cenando y, en cierto modo, de vacaciones. Estoy en tu piso y, por si no lo has notado, en tu cama. Nada de trabajo, por favor.

A punto estuvo de protestar, pero tenía razón: era la primera vez que estaban juntos en su casa, prefería centrarse en él; en ellos.

—¿Los muebles también los eligió tu madre? —cambió de tema Alberto con habilidad, contento

al ver que ella no insistía.

—¿Por? —le preguntó Aitana a su vez, llena de curiosidad.

—No lo sé, tengo la sensación de que son como «muy tú», que reflejan tu personalidad. Me gustan mucho, por si es necesario especificarlo.

La felicidad la inundó. Carlos había detestado su estilo; prefería algo más zen, una casa de revista rollo minimalista en la que no había espacio para nada.

—Son míos, los traje de Salamanca. Los fui comprando poco a poco: anticuarios, tiendas de artesanía... ya sabes.

—Lo cierto es que no, que no tengo ni idea —contestó con naturalidad él.

—A mí también me encanta tu casa —se precipitó a explicarse ella.

Y era cierto, le gustaba más allá de los muebles o, desde luego, de la barra de flexiones. Era un hogar construido con los años y con cariño, con fotos y recuerdos de su vida. Sonrieron de nuevo como dos tontos.

—¿Has terminado de cenar?, ¿segura? He descubierto un tarro con melocotones en almíbar que tienen una pinta estupenda. ¿Te traigo un par?

—No, gracias. Sírvete tú lo que quieras.

El policía apartó el mueble corredero y trepó a la cama.

—¿Puedo servirme todo lo que me apetezca?

Estaba desnuda y supo que su piel, cada milímetro, había enrojecido ante la promesa de su voz.

—Que te aproveche —se atrevió a decir.

Alberto se quitó la única prenda que portaba y se tendió sobre ella sin apoyar su peso, sujetándose sobre los codos. Inició un beso lento que la pasión fue aumentado hasta convertirlo en un intercambio húmedo y caliente.

Le acarició con los labios cada centímetro de desnudez que encontró, le murmuró lo suave que era, lo preciosa que se la veía tan excitada, cuánto le gustaba su cuerpo y cómo disfrutaba al sentir su melena acariciándole la piel mientras se mecían juntos. La agasajó con palabras, besos y las manos hasta que no pudo resistirse más y entró en ella con mimo.

Le hizo el amor despacio, con suavidad, sosteniéndose la mirada ambos hasta alcanzar juntos la cúspide de su placer, que llegó sin prisas y con una intensidad que los arrastró el uno contra el otro hasta unirlos en cuerpo y alma.

—Gracias —susurró Aitana.

Su comentario le arrancó una risotada. Se separó de ella, la besó con delicadeza en la nariz y se apartó del todo, poniéndose de lado para verla mejor.

—Es la primera vez que una mujer me da las gracias por hacerle el amor.

«Hacer el amor» a Aitana le sonó a gloria. Había sido distinto. Todo había comenzado a

cambiar y tenía la sensación de que aquella noche esa metamorfosis había culminado, que comenzaban algo nuevo y mucho mejor.

—Por venir a buscarme al trabajo, por traermme a casa, por bañarme, por hacerme la cena y por hacerme el amor: gracias —repitió.

—Un placer —murmuró él, tímido de repente.

Tanto, que se incorporó y se puso los calzoncillos de nuevo.

—No, por favor —el tono sonó urgente, casi a ruego. Temía que se marchara con hacía siempre ella—. Quédate a dormir.

Iba a decirle que no se iba a ninguna parte pero su petición, por sorpresa y casi suplicada, lo superaron.

—Déjame retirar la bandeja y vuelvo.

Recibió a cambio de su promesa una mirada pícara.

—¿Te quitarás los calzoncillos a la vuelta?

La carcajada reverberó por toda la habitación.

—Aitana, ¿qué voy a hacer contigo?

A ella se le ocurrieron varias cosas, pero prefirió esperar a que regresara. Cuando lo hizo, no obstante, vio que se sentaba al otro lado de la cama, sin desnudarse, y la miraba con seriedad.

—Hubiera preferido que no cogieras ese caso. —No había exigencias en su tono, no había reproches; solo preocupación—. Soy policía y he visto caer a compañeros solo por el hecho de serlo. El subinspector Blas Gámez fue el último, hace dos años, en el caso de un descuartizador. Solo puedo imaginar la frustración que debes de sentir cuando ves a una mujer que ha sido agredida solo por el hecho de serlo, pero detesto que lo tengas que vivir tan de cerca.

—Es mi trabajo —le recordó, la voz abrumada por la emoción.

—Es un trabajo feo.

—También lo es el tuyo.

—Lo sé y sé que es absurdo, pero me encantaría protegerte de toda esa fealdad. Me gustaría hacer un mundo mejor solo para ti.

Para Aitana fue la declaración de amor más bonita que nadie podría decirle nunca. Se incorporó, le tendió la mano, tiró de él y lo obligó a ponerse enfrente, muy cerca. Lo rodeó con brazos y piernas antes de hablar.

—¿Recuerdas que te he dicho que la luz aquí es mejor?, pues lo es por ti. Contigo el sol es más amarillo, el cielo es más azul y la ciudad huele mejor. Ya sé que suena cursi, a un anuncio de cereales o algo así, pero es la verdad. Desde que te conocí, todo es más intenso solo porque tú estás en mi vida.

A Alberto le costó varios segundos reaccionar. La abrazó con fuerza, le apartó un mechón del oído y le susurró:

—Te quiero.

No le dejó contestar, la besó y continuó besándola hasta que sintió ese amor y la intensidad que

le había descrito en su aliento, en sus caricias, en cada parte de su ser.

—Te quiero, Aitana —le repitió, mientras la tumbaba para volver a hacerle el amor.

Epílogo

Menos de un mes más tarde

—Huevos revueltos con semillas de chía, poca pimienta, aguacate y tostadas con mantequilla. El café está recién hecho.

Estaban en la terraza de Aitana, Alberto llevaba dos platos, las tazas humeantes estaban sobre la mesa.

—Me encantan los desayunos de los sábados —sonrió, dándole un beso.

—De los sábados contentos.

—Entonces estás de buen humor desde que te conozco —bromeó ella.

—Si tú lo dices... —no quiso entrar él al trapo.

Los colegas de Homicidios sabían que estaban juntos; también en la Ciudad de la Justicia había quien se lamentaba de que dos de los polis más sexis hubieran caído ya en manos ajenas..., el único consuelo era que se los habían agenciado compañeras y se aseguraban verlos más a menudo.

«Siempre nos quedará Moreno», solían guasearse, pensando en el subinspector.

Lo suyo era algo formal, y aun así no acababan de acoplarse. Entre semana, con horarios distintos en función del turno de Ríos, les era difícil verse, y los fines de semana alternaban una u otra casa pero para él no era suficiente; le suponía, además, un caos de ropa, aseo y comida. No presionaba, trataba de no mostrar su descontento, pero no le gustaba que se hicieran coñas al respecto.

Aitana lo sabía, como sabía también el remedio a ello. ¿Era una locura cuando hacía menos de tres meses que se conocían?

—Faltan las cucharas —se dio cuenta él.

—Espera, no te levantes —le pidió, apoyando la mano en su hombro para evitar que se pusiera en pie, haciéndolo ella—. Ya voy yo.

Entró en la cocina y, con un suspiro, tomó una cucharilla de café y sacó de su bolso, que la noche anterior quedó olvidado sobre el banco de la cocina, el dichoso trasto que había comprado hacía un par de días. Regresó fuera y se lo tendió sin mirarle, metiendo su cuchara en la taza, volteando nerviosa el contenido.

El silencio duraba tanto que acabó por levantar la vista, frenética. El rostro masculino, serio como jamás lo hubiera visto, le ponía delante de los ojos el objeto.

—¿Pretendes que mueva mi café con un cepillo de dientes?

—Es nuevo —se justificó—. Está sin usar.

Su gesto se volvió incrédulo.

—Aitana, mi lengua, y la tuya ya que estamos, han estado en lugares muy interesantes del cuerpo del otro. No me daría asco que...

—¡Ni se te ocurra usar mi cepillo! —protestó, aprensiva.

Sin poder evitarlo, Alberto se echó a reír.

—No lo haré, ahora tengo uno nuevo. Gracias.

La susceptible fue ella, entonces.

—Sabes lo que significa que te dé un cepillo de dientes.

—Significa que no quieres que use el tuyo. Pero nunca lo he hecho, siempre...

—¡Alberto, joder, que te estoy pidiendo que te vengas a vivir conmigo!

Se puso en pie, enfadada. Él fue rápido y la tomó por la cintura, besándola con fiereza.

—Me encanta cuando me pides las cosas con tanto ardor.

—No habré sido romántica, eso te lo dejo a ti que se te da mejor, pero al menos he sido apasionada.

La tomó en brazos.

—Si tan apasionada estás...

No llegó a dar un paso cuando llegó la protesta.

—¡Se va a enfriar el desayuno!

—¿Desayuno o sexo?

—¿Por qué renunciar a uno de los dos? —preguntó Aitana—. Puedo tomarme el desayuno caliente y después tener sexo caliente. ¿O no?

—A tus órdenes. —La bajó al suelo de nuevo—. Pero me sigue faltando una cucharilla.

—Ve tú a buscarla, ahora estás en tu casa.

La respuesta le supuso un nuevo beso, arrasador, planeado para derribarla.

Al final desayunaron frío.

Nota de autora

Sí, lo confieso, he disfrutado cual guarro en charco con esta historia. Hace tiempo que me documento para una novela de otra índole, una que no sé si seré capaz de escribir algún día o si me vendrá demasiado grande, e ir volcando lo que voy aprendiendo en estas novelas cortas, experimentando para tratar de encontrar una voz narrativa que no sé si llegará resulta un placer.

Y si encima vosotras lo disfrutáis y me dais alas... ¡¿qué más puedo pedir?! Bueno, un poli para mí que sepa bailar kizomba, aunque estoy algo vaga últimamente para según qué búsquedas, así que como dice el refrán: «cuidado con lo que deseas», jajaja. Mejor dejo esos buenos deseos para vosotras: eso sí, quien atrape a uno de estos bombonazos que me lo presente... para mi proceso de documentación, desde luego (se admiten fotos).

Ahora en serio: tengo que agradecer a los agentes que me están enseñando tanto sobre el CNP y su funcionamiento, aquellos de cuyo nombre no quiero acordarme, por la confianza que depositan en mí respetando siempre su trabajo y la confidencialidad del cuerpo, dando por sentada mi discreción. No solo me están ayudando, sino que han logrado que respete —y mucho— a la Policía Nacional, un grupo que, reconozco, no era santo de mi devoción.

Que es, más o menos, lo que le pasa a la doctora Isabel Cifuentes de momento... Veremos si el subinspector David Moreno, que por ahora parece un auténtico cretino, es capaz de hacerla cambiar de opinión e incluso, siendo entusiastas, conquistarla.

Nos leemos en la próxima historia de «Enredos con la ley»: *¡Las manos quietas!*

«LAS MANOS QUIETAS»

Enredos con la ley 3

Esto te perdiste de Isabel y David...

Isabel acompañaba a su mejor amiga a la discoteca de salsa más en boga de Valencia en busca de su nuevo ligue. Había tenido que ser ella quien la convenciera, pues la otra tenía reparos en comenzar un lío, aun de fines de semana, con un inspector de Homicidios siendo Aitana forense.

Podía entenderla, ella misma había mantenido una relación con un compañero del hospital — ella era médico internista— y acabó siendo el infierno en la tierra. Pero hacía tiempo que no la veía tan ilusionada, así que allí estaban, en Asúcar un sábado noche, dispuestas a bailar salsa, bachata y kizomba y a dejarse seducir por la música y, quién sabía, quizá por algún hombre interesante. Hacía meses que Isabel no se acostaba con nadie.

Entraron y se acercaron a la barra a pedir una copa cuando una desconocida se acercó a saludarlas; era, al parecer, la jueza Laura Mora, compañera en la Ciudad de la Justicia de la forense. Aitana le había hablado de ella, su novio era también inspector en la Brigada de Estupefacientes y conocía a Alberto, el amante a quien habían ido a buscar. Bueno, en realidad habían acudido para que su amiga se hiciera la encontradiza con él.

—Venid a sentaros con nosotros en la mesa, si nos apretamos, cabremos todos. Por favor, están Llagaria —era su chico— y también han venido Ríos y Moreno. No podéis negaros, ¡son tres contra una!

Le gustó aquella mujer rubia de mirada inteligente y sonrisa sincera, así que cogió su Shirley Temple —Aitana se había negado a beber alcohol aquella noche— y se dejó guiar hasta la mesa más cercana a la pista.

En ella había tres hombres, pero el que llamó su atención fue el rubio. Porque no era rubio, no, era rubísimo. Debía de ser de padres extranjeros, tan claro tenía el cabello. Más larga de lo esperado para un policía, tenía una cabellera espesa, raya al lado y algunas mechas casi blancas, apreciables incluso a pesar de la oscuridad del local. Ningún hombre tenía derecho a tener semejante pelo, con un color tan excepcional y brillante. Ni ninguna mujer si no se tomaba la molestia de pasar horas en la peluquería cada mes, ya que estaba. Ella, que poseía una melena pelirroja y ondulada de la que estaba muy orgullosa y cuidaba con mimo, deseó ser rubia por primera vez en sus treinta y siete años de vida.

Aquel dios nórdico no era Alberto, el rollito de Aitana, porque a él lo conocía. Esperaba de corazón que tampoco fuera el tal Llagaria, la pareja de la magistrada. Es más, esperaba que aquel tío bueno no fuera el novio de nadie. Un cosquilleo de anticipación le recorrió la espina dorsal.

Lo siguiente que apreció fueron sus hombros, bastante anchos sin parecer exagerados. Llevaba un polo negro y destacaba su recia estructura, su espalda ancha, los pectorales marcados sin resultar exagerados.

A continuación, captó su mirada, básicamente porque estaba fija en ella. No podía distinguir el color de sus ojos, supuso que claros, pero sí la intensidad con la que la observaba. El deseo llegó sin avisar, uno potente y muy físico al saber que también él estaba interesado, y mucho, en lo que veía.

Aitana y ella dejaron las copas y los bolsos y se sentaron. Dado que su amiga había ido a buscar a Alberto y los otros dos estaban juntos, le tocó al lado del apuesto desconocido. Cuando se lo presentaron —David de repente le parecía un nombre de lo más sexi— y se acercó a darle dos besos apreció el olor de su cuerpo. A diferencia de muchos de los hombres que bailan, no llevaba un perfume fuerte. Olía a jabón, a limpio, con un deje amaderado pero no de sándalo, sino algo más sutil, ¿cedro, tal vez?; en definitiva, un olor propio y masculino que hizo que se formaran imágenes calientes en su cabeza: ella desnudándolo para acariciarle la piel, saborearla y averiguar así si todo su cuerpo tenía la misma fragancia.

Tras una conversación grupal sobre baile, las otras dos parejas iniciaron charlas más privadas, quedando ellos aislados, el uno para el otro. David cogió su copa y bebió un trago. Al dejarla de nuevo sobre la mesa aprovechó para volver su cuerpo hacia su lado y focalizar en ella toda su atención.

—Diría que te he visto alguna vez por aquí, Isabel...

Le tocaba responder, pero tenía un nudo en el estómago que le atenazaba la garganta. Nunca había sido tímida y era capaz de mantener cualquier tipo de conversación, conocía las normas sociales básicas para ello; y las intrincadas también. Pero los ojos azules de David sobre ella, su virilidad, la hicieron sentirse insegura por primera vez, como una adolescente frente al chico que le gusta y que se acerca a hablar con ella. En resumen, se sentía como una estúpida.

—Es probable, suelo venir algún sábado. No soy mucho de venir a sociales, solo a las clases. Me apunté a bailar porque me gusta, de niña hacía *ballet*. —¿Por qué le había contado lo del *ballet*?, era un bobada y la haría parecer cursi o pija—. Con los años comencé con la salsa y me enganchó. Me encanta el ritmo caribeño, la alegría de sus acordes. Aunque después descubrí la kizomba; bueno primero la bachata, claro, pero después llegó la kizomba y me enamoró; diría que su música tiene alma. —¡Mierda, Isa, deja de hablar de una vez si no vas a poder decir nada interesante!, se recriminó. Pero su lengua iba por libre y estaba desatada—. Es mi baile. La kizomba, quiero decir.

David la miró, evaluándola. Seguro que debió decidir que le faltaba un hervor. Pensó en besarle sin más, evitando así usar la boca para decir más estupideces. Sabía que no se apartaría —si no tenía novia— y así, además del placer, se evitaría todo el tema del tonto. Normalmente lo disfrutaba, pero lo que no resultaba frecuente era sentirse como una imbécil frente a un bombón, ¡ni que ella no estuviera buena, joder!

—Tal vez por eso no hayamos bailado juntos. Si vas más a la pista de kizomba...

—¿No te gusta la kizomba?

Ahora sonaba como una niña caprichosa, como si los Reyes Magos le hubieran dejado una muñeca de regalo cuando ella había pedido un balón. De verdad que la idea de ocupar sus labios en un beso comenzaba a tomar fuerza.

David se acercó a ella para susurrarle sin que ninguno de los presentes pudiera escucharle:

—No es mi fuerte, pero por bailar contigo aprendería *ballet*, si fuera necesario.

Fue lo que dijo. Fue cómo lo dijo. Y fue el hecho de que mientras lo decía le acariciara la cintura con disimulo.

Dio un pequeño salto y perdió los nervios.

—¿En qué me has dicho que trabajas? —improvisó, rayando la histeria.

La voz le salió aguda, y eso, unido al pequeño aspaviento, la convenció de que David se había dado cuenta de que estaba perdiendo su autodomínio; y si era listo también habría visto que le incomodaba en extremo. En efecto, vio en sus ojos un deje de burla con una mezcla de algo que no supo reconocer.

—No te lo he dicho —respondió, tranquilo—, pero soy policía. Como ellos.

Y cabeceó hacia sus compañeros.

—¿En serio? —hizo un gesto divertido.

También él sonrió al ver su mueca.

—¿Te parece divertido?

—No, solo recordaba una anécdota de estas Fallas.

—No te detendrían repartiendo metadona, ¿eh, doctora?

—¡Claro que no! Nunca me han detenido, ni parado con el coche, siquiera. Debo de tener pinta de buena persona.

—Porque no te he encontrado yo... a mí me parece bastante peligrosa —ronroneó, acercándose más.

Nerviosa, sin saber cómo responder a su ligoteo con gracia, continuó con su anécdota.

—La cuestión es que se os coló un coche delante de la Estación del Norte a las dos menos diez el día diecisiete de marzo. ¡Imagínate la que liasteis!

Vio cómo a él no le hacía ninguna gracia su comentario. La miró con seriedad, apartándose para ver mejor su rostro.

—¿Me estás diciendo que un coche se saltó los dispositivos policiales y se coló en plena *masclètà*?

—¡No, claro que no! Quiero decir...

—Desde luego que no. Acoronamos la zona más de dos horas antes precisamente para evitar que pueda ocurrir algo así, que acceda un coche que pudiera llevar explosivos dentro. Un coche bomba.

Lo dijo con una gravedad que la hizo sentirse idiota. Nunca se había planteado por qué cerraban

el centro tan temprano, de pronto no le parecía tan mal no poder acercarse a la calle las Barcas en coche por más que pudiera fastidiarle.

—Claro, sí, normal. Me refería a un coche de los vuestros.

—¿De los nuestros?

—Sí, ya sabes, los que tienen sirenas y pone 091.

—Un zeta.

Así que se llamaban zetas. Otra cosa que no sabía y le tenía que explicar. Empezaba a sentirse tonta.

—Sí, eso. Supongo que debía de ser un zeta. Estaba un poco más arriba de la salida de la estación, en línea recta a la plaza del Ayuntamiento.

—¿Y molestaba?

Isabel volvió a sonreír, al ver que, por fin, la entendía.

—Claro, estaba casi en la entrada de Calvo Sotelo, detrás de la isleta de los semáforos, en pleno gentío, tapando las vistas y no dejando pasar en una zona ya, de por sí, llena de gente dado que faltaban quince minutos para que dieran la autorización de inicio desde el balcón del Ayuntamiento.

—Molestaba —repitió.

Algo en su tono le dijo que el molesto era él.

—Bueno, ya sabes, imagínate el panorama. La plaza llena, la calle que baja también hasta la bandera, gente saliendo de la estación apurando a última hora para escuchar la *masclètà* más lo que salían en la estación de metro de Xàtiva. Sí, fue un poco una locura. Todo el mundo les increpaba.

Ahora sí, la miró como si le faltara un hervor. Y tres primaveras también.

—¿Crees en serio que uno de los nuestros se quedó varado en esa zona a esa hora, sabiendo que la gente no entendería qué hacían allí y, como me confirmas, serían además insultados?

Apenas hubo de pensar la respuesta.

—No, supongo que no.

—Tal vez, solo tal vez, estaban allí a título disuasorio, para evitar algún tipo de violencia.

—¿Durante la *masclètà*?

—En un lugar lleno de gente donde cualquier mujer podría ser acosada por un hombre de manera casi impune, pues si ocurre algo allí dentro es muy complicado encontrar un acceso rápido.

—Vaya, no lo había pensado —dijo en voz baja—. Visto así...

—O tal vez se ubicaron allí por si había una emergencia. Es una buena zona para salir en cualquier dirección aprovechando que en ese momento no hay tráfico rodado.

—También —dijo todavía más bajito, arrepentida.

¿Cómo podía haber sido tan idiota como para no darse cuenta de algo tan básico?

—Una última pregunta —supo que iba a terminar de avergonzarla—: si el coche hubiera sido

de los Bomberos o del SAMU y no uno «de los nuestros», ¿hubieras pensado que se había colado en plena *masclètà* por error y que estaba molestando?

¡Joder!, ella misma era médico y había trabajado unos meses en una UVI móvil. ¿Cómo podía ser tan estúpida como para hacer de menos a uno de los cuerpos de emergencia del país?

—Creo que, quizá, me he precipitado un poco en mis conclusiones.

David no esperaba una disculpa, pero estaba harto de la gente que creía que el CNP vivía para molestar a los ciudadanos, que no valoraba su trabajo y los riesgos que este conllevaba. Para muchos el cuerpo no había evolucionado y seguían siendo unos censores agresivos que abusaban de su posición.

—Creo, entonces, que ya has dicho suficiente, Isabel. ¿Te parece si dejas de hablarme y permites que me tome la copa en silencio? Es sábado noche, no llevo uniforme ni me apetece que me toquen los huevos.

—De verdad que lo siento, no pensé...

—No, ha quedado claro que no piensas.

Y cogió su copa y se limitó a obviarla. La tensión era tan fuerte que incluso Aitana, desde el otro lado de la mesa, levantó las cejas en muda pregunta. Negó apenas con la cabeza convencida de que, después del cruce de groserías, la sacaría a bailar a modo de tregua y todo quedaría en una metedura de pata; *su* metedura de pata. Pero no lo hizo. Se acabó el refresco en silencio, como si ella no existiera, con calma, ignorando su enfado.

De acuerdo que no había estado acertada, podía aceptar incluso haber sido ofensiva y parecido una idiota. No obstante se había disculpado, merecía una oportunidad de redimirse, al menos.

Diez minutos después, David se levantó y se fue a bailar. ¡Sin ella!

Pudo pedirle Isabel ir a la pista juntos, pero la soberbia, esa que rara vez salía a relucir, estaba en su punto álgido.

El agente pasó toda la noche, o al menos hasta que ella se fue, de pareja en pareja, no repitiendo con ninguna, todas ellas mujeres jóvenes y guapas, sin mirarla ni una sola vez.

¿Que cómo lo supo? Porque no pudo evitar pasar la velada observándolo. Sí, claro que ella bailó e hizo como que disfrutaba muchísimo; no era tan transparente ni tan tonta. Pero por dentro ardía de rabia: un hombre guapo e interesante se había comportado como un obtuso, malinterpretándola hasta el punto de creerse legitimado para ser maleducado con ella, ¡y encima se hacía el ofendido!

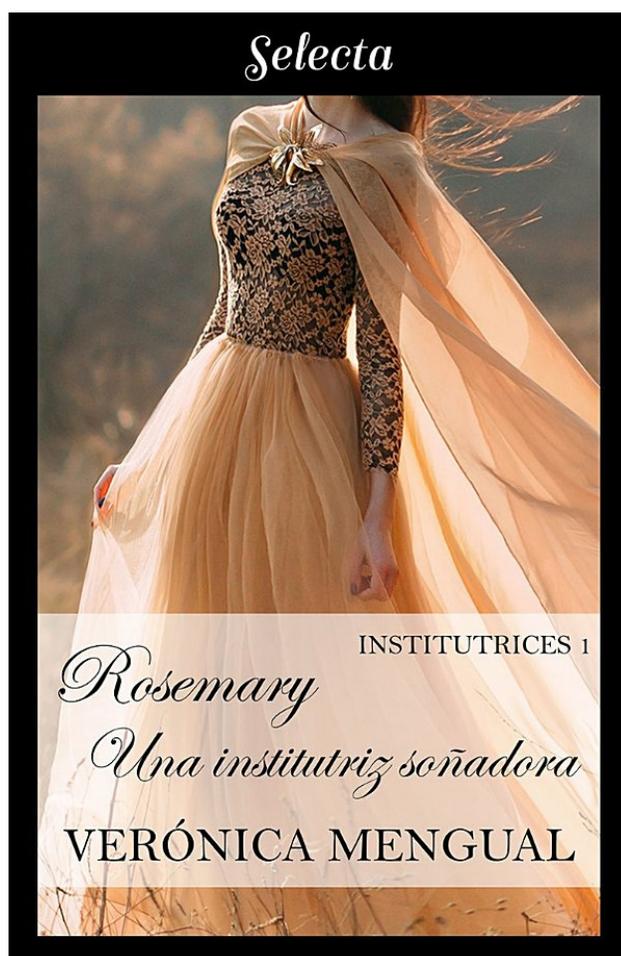
Pues que le dieran al tal David por más bueno que estuviera. Había más peces en el mar, no necesitaba un tiburón blanco.

Lo que no podía saber era que él tenía más experiencia en vigilar sin ser visto y que se fue a casa cinco minutos después que ella, con un cabreo de mil demonios tras verla toda la noche sonriendo a sus parejas de baile. Era la primera vez que una mujer le interesaba, que le interesaba de verdad y no solo como alguien a quien ligarse. Con una sola mirada había decidido que quería conocerla, saberlo todo de ella; que tenía que conquistarla. Y resultaba ser una de esas

convencidas de que el Cuerpo Nacional de Policía era menos importante que los otros servicios de emergencias.

Pues que le dieran a la tal Isabel por más buena que estuviera. Había más peces en el mar, no necesitaba una medusa.

Si te ha gustado
¡Manos arriba!
te recomendamos comenzar a leer
Rosemary
Una institutriz soñadora
de *Verónica Mengual*



Prefacio
Desde el principio

—De acuerdo niñas, esto no puede continuar así. —La directora de la escuela para señoritas Dama Perfecta, Mayra Queen, no sabía qué hacer con las tres chiquillas que tenía delante. Estaban descontroladas.

—No hemos hecho nada malo. Lo prometemos —tomó la palabra la pequeña Rosemary Aldrich, dado que sus compañeras no decían nada, y decidió convertirse en la portavoz de las acusadas.

—Explícame entonces cómo fue que Robertha Thompson terminó mojada en el río —levantó la ceja interrogativa.

Rosemary se tomó dos minutos para analizar la situación. Robertha era de esas niñas que se creía mejor que todas, que siempre andaba molestándolas y haciéndolas sentir mal por el mero hecho de ser sobrina, según ella decía, de un importante noble. Cierto que el grupo de tres no tenía ni idea de quién o quiénes pagaban su estancia en esta escuela a la que habían considerado su hogar. Pero también era verdad que nadie de las allí presentes podría considerarse más que otra, porque ese lugar era su casa y entre sus paredes ellas debían ser como hermanas. De hecho este era el pensamiento de Rosemary; probablemente las dos compañeras que estaban sentadas a su lado en el despacho de la señorita Queen no compartiesen su visión, porque Marianne se aferraba a la realidad más empírica y Philomena siempre se ponía en lo peor.

Justo estaban en esta situación por Philomena. Su amiga no toleraba las injusticias y, según su visión, Robertha iba a encontrar el modo de que las castigasen a las tres por salir sin autorización a dar un paseo en cuanto fuese con el cuento a alguna maestra, de modo que por lo menos se llevaría la reprimenda por algo más severo. Así fue como la malvada Bertha, tal y como las tres se referían a ella, acabó mojada. Rosemary barajó sus opciones y decidió que la verdad no podía ser dicha de esta manera.

—Es muy fácil, señorita Queen. Nosotras estábamos aprendiendo la lección sobre la vida natural que nos había explicado la señorita Percival, sobre el sol, los animales y el agua. Entonces nos cruzamos con Robertha y, sin querer, tropezó y cayó, con tan mala suerte que fue directa al agua.

Esto último no era mentira del todo, porque la chiquilla trató de tirar al río a Philomena y una piedra la hizo perder el equilibrio, y su amiga aprovechó para darle el golpe de gracia y que ella solita se zambullese en el río. Además, le venía muy bien el remojón porque la pobre Bertha estaba muy acalorada, riéndolas por salir de la escuela. Rosemary sospechaba que la malvada Bertha tenía celos de que Marianne se hubiese hecho muy buena amiga del niño de la finca vecina y de ahí que siempre las estuviera persiguiendo para verlo a él. Ese chiquillo era el hijo de un conde y el motivo que llevaba a esa niña remilgada a interesarse por todas y cada una de las hazañas que realizaban las tres amigas.

—No es eso lo que Robertha sostiene, jovencitas. —No era la primera vez que las tres tenían problemas con la otra alumna. Mayra no era boba e intuía que siempre no podía ser culpa de las

tres, no obstante la familia de la que había acabado empapada era muy influyente y en ocasiones la ponía sobre las cuerdas.

—Está bien, señorita, le diré la verdad. Bertha... —Rosemary decidió confesarse.

—Robertha —la corrigió la directora del centro, porque el apelativo no gustaba a la afectada.

—Discúlpeme. Sí, Robertha trató de salvar al vizconde Midleton de una caída y fue por ello que, al tropezar, terminó empapada y él a salvo. —Ponerla como la heroína haría que la malcriada no las contradijese.

—¿Ustedes, señoritas, no piensan decir nada? —Se volteó ligeramente para mirar a las que estaban inocente y sospechosamente calladitas.

—Ha sido como lo ha contado Rosemary —dijo Philomena. Marianne permaneció en silencio pero asintió.

—Volveré a entrevistarme con Robertha y tomaré una decisión al respecto. Sin embargo, no quiero que vuelvan a salir del recinto sin aprobación. Es peligroso que estén solas fuera de estos muros.

—Sí, señorita —contestaron al unísono obedientes.

—Les quedan dos años en esta escuela para ser las perfectas señoritas. Podré colocarlas como damas de compañía o institutrices en una buena familia, incluso las tomaré en atención para ocupar una plaza aquí mismo, solo si son buenas en sus aptitudes.

—Se lo agradecemos —respondió Rosemary.

—Pero, del mismo modo, les advierto que su futuro está en mis manos y no consentiré más riñas ni malos comportamientos o las enviré el día que finalicen su estancia al lugar más recóndito del reino. ¿He sido lo bastante clara?

Las tres tragaron saliva, temerosas porque nunca la habían visto en esta posición tan autoritaria.

—Sí, señorita —respondieron cuando lograron recuperarse del *shock*.

—Recuérdenlo si no quieren acabar trabajando para un ogro del pantano. —Tenía que hacerlas entrar en vereda porque se acercaba el momento en que debían demostrar ser unas grandes señoritas y, en su escuela, todas las chicas que salían de allí, conseguían ser las mejores en etiqueta, comportamiento y nociones aprendidas. Las tres contaban ya con quince años y era el momento de que comprendieran lo que se esperaba de ellas.

De las tres que tenía delante solo le preocupaba una en cuestión, porque tarde o temprano el padre acabaría reclamándola, y que Dios la protegiese cuando todo se supiera. Ese puente lo cruzaría llegado el momento.

Las tres muchachas salieron raudas del despacho de la directora. En la misma puerta sellaron un pacto por el cual comenzarían a comportarse como exigía la señorita Queen. Si ella era la que dispondría su destino, a ella sería a la que contentarían con su buena actitud y predisposición. Ninguna de las tres dudó en que los próximos dos años iban a materializarse en las alumnas más modélicas y ejemplares que alguna vez había habido en la escuela. Todo con el fin de conseguir un buen empleo y no acabar a las órdenes de una dama tirana, o peor, un ogro del pantano, tal y como

había señalado la señorita Queen.

¿Por qué el karma ha decidido castigar a Aitana y convertir al desconocido de una noche de sexo anónimo en el inspector de Homicidios con el que va a tener que trabajar y que le cae fatal? ¿Por qué el destino ha querido que Alberto tenga el mejor sexo de su vida con la forense distante y estirada que acaba de incorporarse al equipo medicina legal? Y sobre todo, ¿por qué diablos están tan obsesionados en repetir aquella noche increíble si, a fin de cuentas, no se soportan?



Aitana, forense de profesión, acaba de regresar a Valencia tras diez años fuera y una relación fallida. Un par de noches antes de comenzar a trabajar, animada por su mejor amiga a la que hace meses que no ve, sale a bailar salsa y termina acostándose con un completo desconocido. A Alberto, inspector de Homicidios, le encanta el baile y, un sábado, siente tal conexión con una mujer a la que nunca ha visto y de la que solo sabe su nombre, que se deja llevar por una madrugada de sexo anónimo.

El lunes siguiente aparece el cadáver de una testigo esencial en uno de sus casos, una muerte fortuita según la autopsia. Convencido de que el informe es incorrecto acude a discutirlo a la nueva forense para descubrir que esta no es otra que la doctora Mendoza, la misteriosa amante que lo tiene obsesionado.

Aitana acaba de llegar, tiene la casa a medio organizar y una vida que levantar y lo que menos le apetece es liarse con un compañero de trabajo que, además, no le cae demasiado bien tras haber dudado de su profesionalidad. Pero la noche que pasaron juntos fue tan increíble que decide acostarse con él por las noches y evitarlo durante el día. El problema es que el inspector Ríos no parece demasiado proclive a aceptar su plan sin más...

Ruth M. Lerga es de Sagunto. Hija de maestros, se aficionó a la lectura gracias a su madre. Lectora voraz y aficionada a las historias de amor, empezó a escribir en 2010, cuando un problema de salud la obligó a permanecer postrada durante muchos meses. El resultado fue *Cuando el corazón perdona*, una novela con la que ganó el Premio Vergara-El Rincón de la Novela Romántica. La serie que comenzó con aquella novela, continuó con *Cuando el amor despierta* y tuvo su conclusión en *Cuando la pasión espera*, todas ellas publicadas en Ediciones B. A ellas hay que sumar *Atados por error* y *Una última temporada*; en esta, Ruth M. Lerga nos deleita con la arrebatadora historia de amor entre dos de los vástagos de Julian y April (*Cuando el amor despierta*) y James y Judith (*Cuando la pasión espera*).

Edición en formato digital: agosto de 2020

© 2020, Ruth M. Lerga

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18399-38-1

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo 1

[1] En salsa, bachata y kizomba se distinguen las clases abiertas, donde va quien quiere a aprender, y los SOCIALES, que son los días en que se va a bailar.

Capítulo 3

[2] Los agentes de la Policía Nacional llaman así a los servicios funerarios que se encargan de recoger el cuerpo y llevarlo al laboratorio forense, una vez tratado por Científica y levantado por la autoridad competente, médico o juez en función del caso.

Índice

¡Manos arriba!

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Epílogo

Nota de autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Ruth M. Lerga

Créditos

Notas